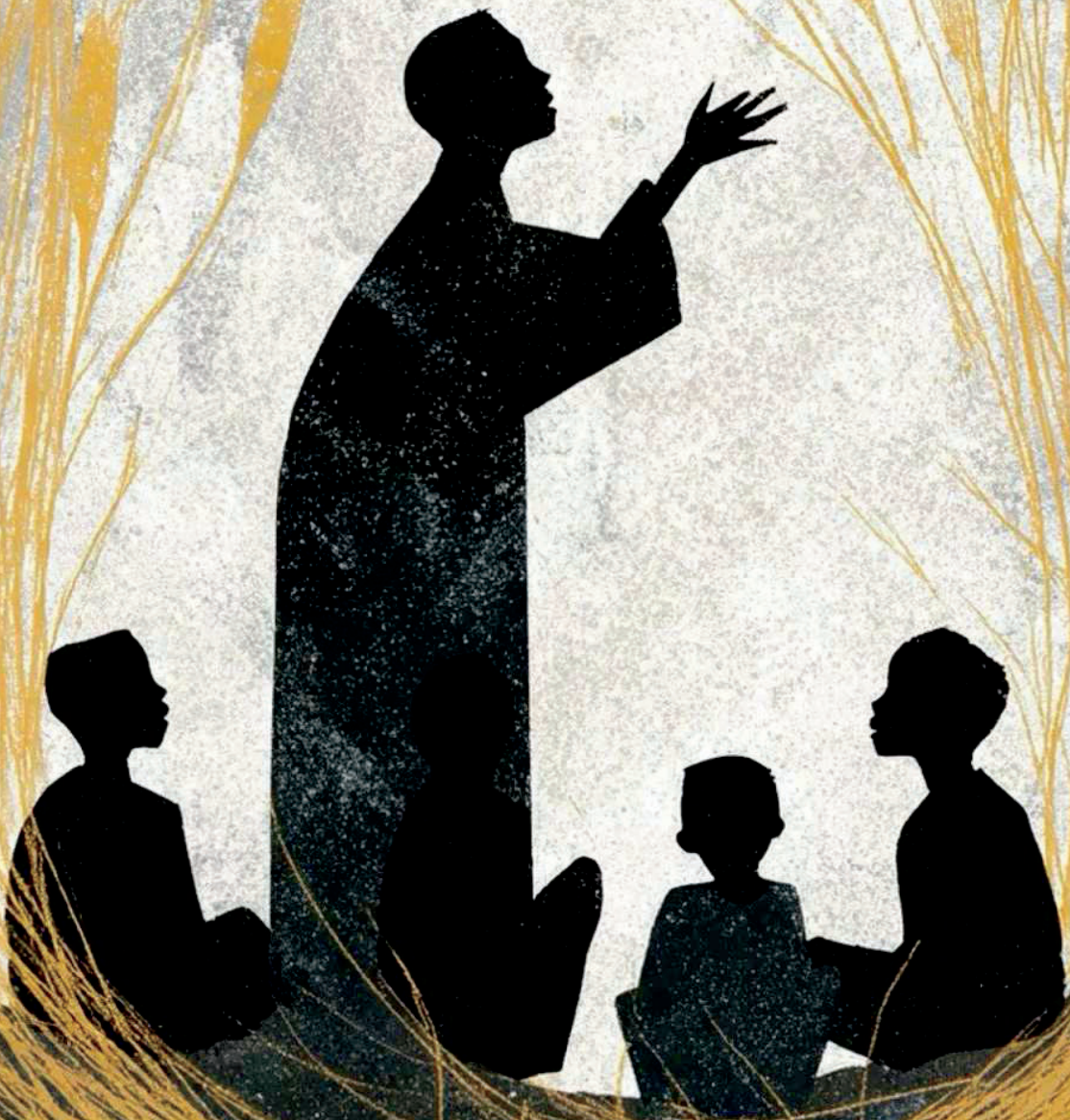


*Ya nos ocuparemos de eso
algún día*



Hno. Bernard Couvillion SC

A algunos hermanos que le habían planteado la cuestión de una Regla, el padre Coindre respondía así:

Las leyes y los reglamentos sólo son perfectos cuando la experiencia acaba demostrándonos lo que convenía haber hecho o evitado. ¿Qué quiere que le escriba? Habría que estar allí para tomar una decisión. Podría darle una Regla que le complicaría aún más las cosas si los artículos fuesen impracticables.

Ya nos ocuparemos de eso algún día.

(Carta XX, 25 de febrero de 1826)

La elaboración de la Regla ha sido un proceso de varios años, en el que han participado muchos hermanos dando lugar a numerosas experiencias, y cuya culminación ha sido la Regla de vida aprobada por la Iglesia en 2007.

Introducción

Reverendo hermano Mark Hilton sc

Durante muchos años, el hermano Bernard Couvillion ha intervenido regularmente en la sesión SIR de Roma, destinada a los hermanos que se preparan para la profesión perpetua.

Su estilo dinámico de enseñanza, su pasión por compartir conocimientos y sus anécdotas personales han desempeñado un papel importante en esta formación. Por ello, hemos querido plasmarlos por escrito con el fin de ofrecer un documento de referencia sobre los antecedentes históricos, teológicos y eclesiológicos de la *Regla* de 2007. Este diálogo —pues se trata, sin duda, de un diálogo con la vida y la experiencia del hermano Bernie— nos ofrece una visión de los fundamentos mismos de la Regla y de su orientación teológica. Nos acompañan en nuestro paso de un modelo a otro, de una teología de la vida religiosa a otra, de una visión de la Iglesia y de nuestro lugar en ella a otra.

Esperamos que este texto nos aporte claridad y alimente nuestros pensamientos, nuestra meditación y reflexión, en un momento en el que buscamos comprender mejor y poner en práctica la *Regla de vida* en la actualidad.

Prólogo

Hermano Bernard Couvillion sc

Hermanos, les presento este comentario sobre la *Regla de vida* de 2007 en respuesta a las reiteradas peticiones del hermano Ferdinand Yao Agbloyoe-Kossivi, director de la sesión de preparación para la profesión perpetua (SIR) de Roma. Con el apoyo del consejo general, el hermano Mark Hilton ha ampliado la difusión de este comentario a todo el Instituto, con la esperanza de que pueda convertirse en un recurso práctico para enriquecer nuestro aprecio por nuestra *Regla de vida* renovada, cuya elaboración ha requerido más de sesenta años. Espero que lo acojan favorablemente.

Dado que mi trayectoria como Hermano del Sagrado Corazón abarca las mismas décadas que el Concilio Vaticano II y el proceso de renovación que le siguió, he titulado este comentario “mi testimonio de primera mano” sobre la transformación de nuestra *Regla de vida* posconciliar. Por supuesto, no soy ni mucho menos el único testigo de primera mano. La revisión integral de las Reglas y Constituciones llevada a cabo entre 1968 y 2007 movilizó a todos los hermanos del instituto. La renovación de la Regla fue el tema principal de nueve capítulos generales consecutivos. Se nutrió del ingenio creativo de cada región, provincia, comunidad local y obra educativa. Se ha dedicado tanta energía a la revisión de nuestra legislación comunitaria que se necesitaría una amplia muestra internacional de testigos presenciales para trazar una crónica fiel de la compleja y audaz transformación inspirada por cuatro generaciones de hermanos.

Me siento incompetente, incluso temerario, ante una época tan intensa. Temo pisotear con mis torpes pasos un terreno delicado. Sin embargo, lo hago con el objetivo de prolongar la alegría, la esperanza y la promesa de un instituto de hermanos de ayer y de hoy, que sembraron a granel, con la esperanza de que las generaciones futuras cosecharan el ciento por uno. El personaje bíblico que nos viene a la mente es Moisés. Él solo bajó de la montaña las tablas del Sinaí en las que el Dios de la gloria había inscrito la regla de vida del pueblo elegido. Nosotros, Hermanos del Sagrado Corazón, nos hemos reunido en comisiones, hemos buscado el consenso, votado, rezado, revisado y, finalmente, hemos llevado nuestras tablas a la colina del Vaticano en respuesta al Dios del amor. ¡No es de extrañar que, con tantos capítulos generales y provinciales, borradores y reuniones, nuestro proceso haya durado veinte años más que el de Moisés!



Primera parte – El Big Bang, 25 de enero de 1959

Acabas de pasar la página y, en lo que se supone que es un comentario sobre la *Regla de vida*, te topas con una representación artística que ilustra un acontecimiento que, según los astrónomos, tuvo lugar hace miles de millones de años. Déjame explicarte antes de que te vayas a buscar otro tema de lectura. Probablemente sabes mejor que yo que la teoría del Big Bang es una explicación científica del nacimiento del universo. Imagínate el universo entero como un punto minúsculo, increíblemente denso y caliente. Luego, hace unos 13.800 millones de años, ese punto sufrió una rápida expansión. Esta expansión creó toda la materia y el espacio que conocemos hoy en día. Es como una semilla minúscula convertida en un árbol enorme, sólo que, en lugar de un árbol, es el universo el que se expande. Los astrónomos explican que el Big Bang no es una explosión en el espacio, sino la rápida expansión del propio espacio. Con el paso del tiempo, el universo se enfrió, lo que permitió la formación de átomos y, finalmente, condujo a la creación de estrellas y galaxias. El universo sigue expandiéndose hoy en día; cada vez es más vasto y más frío.

Quizá te preocupe que una teoría así sea contraria a nuestra fe en Dios Creador, pero los teólogos de la Iglesia suelen considerar que la teoría del Big Bang es compatible con la doctrina católica. Reflexionemos sobre lo siguiente: la doctrina católica sostiene que el universo, creado por Dios, es fundamentalmente ordenado e inteligible, y refleja el Logos divino. Esta visión fomenta la búsqueda del conocimiento científico y refuerza la larga

tradición de apoyo de la Iglesia a la investigación científica. Según la teología católica, Dios no interviene ni altera el proceso de evolución iniciado con el Big Bang. Por el contrario, los católicos consideramos a Dios como la fuente de todo ser, que se rige por sus propias leyes internas y naturales.

Además, la propia teoría del Big Bang fue propuesta por primera vez por Georges Lemaître, sacerdote católico y físico belga. Este hecho subraya aún más que la teoría tiene su origen en el pensamiento católico. Así pues, en general, los teólogos de la Iglesia consideran la teoría del Big Bang como una explicación científica que concuerda con la creencia en un universo creado y ordenado, regido por las leyes naturales establecidas por Dios. Así que no tengáis miedo de seguirme; el Big Bang forma parte del acto creador continuo de Dios, que incluye nuestra Regla de Vida¹.

No te preocupes. El universo que voy a explorar contigo en este comentario no tiene nada que ver con la cosmología científica. Utilizaré el Big Bang como metáfora del impulso divino que acabó por dar origen a la *Regla de vida*, creando para nosotros una esfera celestial en la que encontramos nuestro hogar espiritual. El universo que exploraremos aquí no será el Big Bang cósmico, sino la renovación continua de la *Regla de vida* de los Hermanos del Sagrado Corazón, felizmente aprobada en 2007 mediante un decreto papal². Para empezar con un tono reflexivo, voy a tomar prestadas las palabras de un poeta hebreo³.

*¡Cuánto me hubiera gustado ser testigo del acto de la Creación!
Ver ese conjunto de aguas y cielos,
tenuemente iluminado,
agitarse bajo el aliento del Creador
que atravesaba esas inmensidades
—el aliento que daba vida,
la fuerza detrás de la creación,
agitándose bajo el soplo del Espíritu del Creador —.
Al aliento de ese Creador
vuelvo una y otra vez.*

¹ <https://daylightorigins.com/the-big-bang-theory-and-catholic-doctrine-a-surprising-accord>

² *Regla de vida*, p. 11-12

³ Leann Shamash 2022

Al igual que las primeras líneas de la Biblia, las dos primeras frases del capítulo 1 de la *Regla de vida* hablan de la creación. Mucho más allá de los siete días maravillosos que se narran en el Génesis, el poderoso soplo de Dios⁴ sigue haciendo brotar de la nada dones eternos. En nuestra época, el Espíritu creador de Dios ha inspirado nuestra *Regla de vida*, tanto a través del espíritu y del corazón de los hermanos que redactaron sus artículos como a través del juicio de las autoridades del Vaticano que la aprobaron como «el fuego del Amor redentor, cuya fuente es el Corazón de Cristo»⁵.

Una lectura atenta de nuestra *Regla* nos permite constatar que “espíritu” es la palabra clave y el término que más se repite en su texto. Como dice el poema anterior, “una y otra vez” encontramos en la *Regla* referencias al poder activo y continuo que el Espíritu creador despliega en nosotros y a nuestro alrededor. Más de una veintena de artículos⁶ describen las iniciativas del Espíritu Santo que nos fortifica. En el texto, la letra E mayúscula se utiliza para referirse a las acciones directas del Espíritu Santo. Cuando el texto utiliza la minúscula —“espíritu”—, suele referirse a la energía que nosotros, los hermanos, desplegamos en armonía con el Espíritu.

Incorporar el lenguaje del Espíritu Santo en la *Regla* va más allá de la mera teologización de sus artículos; demuestra que el Espíritu infunde poderosos ideales espirituales en nuestros corazones. Al leer atentamente la *Regla de vida*, por ejemplo, encontramos artículos sobre la llamada vocacional que recibimos del Espíritu y sobre la ayuda que nos brinda para abrazar el misterio pascual. Otros artículos nos aseguran que el Espíritu nos revela las intenciones de Dios y nos colma de dones para que nos pongamos al servicio los unos de los otros. Y mucho más aún. La catequesis de la Iglesia enumera siete dones del Espíritu Santo. ¡El índice temático al final del libro de la *Regla* recoge veintiséis de ellos! El más significativo es probablemente el artículo 114, donde, con el corazón traspasado, Jesús libera al Espíritu Santo como fuente eterna de vida espiritual y sacramental⁷. Más adelante en este comentario, volveremos a beber de esa fuente.

⁴ En hebreo, *Ruach Elohim*

⁵ *Regla de vida*, p 12

⁶ cf. Rdv, índice analítico p.150

⁷ cf. Isaías 12, 2-6. cf. también Rdv artículo 14, 1ª frase.

La aparición sin precedentes del Espíritu Santo en nuestra *Regla* de 2007 resultó desconcertante e incomprensible para muchos hermanos que habían hecho su profesión según el texto pontificio de 1927. En ninguna parte de las reglas o revisiones anteriores del instituto desde 1821 se encuentra la más mínima referencia directa a la obra del Espíritu Santo. Así, en generaciones de textos normativos, el Espíritu estaba ausente. Teníamos buenas razones para quejarnos, al igual que los filipenses, que se sorprendían diciendo: «Ni siquiera hemos oído hablar de que exista un Espíritu Santo»⁸.

¡Pero ya no hay motivo alguno para quejarse! En la actual *Regla de vida*, ¡el Espíritu está omnipresente! Una sorprendente afirmación del artículo 65 aclara los hechos: «la fuerza divina» —y no la nuestra— «opera en cada uno el querer y el hacer»⁹. ¡El soplo creador del Espíritu ejerce en nosotros un poder real y eficaz! Los hermanos que redactaron y editaron el texto de 2007 sintieron y celebraron ese poder. Se sintieron arrastrados por un impulso de conciencia colectiva según el cual nosotros, los mortales, no somos los verdaderos “motores” de la *Regla*. Sus autores han sido testigos de una realidad más profunda: un Big Bang del Espíritu Santo ha generado la *Regla* a través de nosotros y en nosotros, a veces a pesar de nosotros. Durante el largo capítulo general de 1968-1970, los delegados se vieron inmersos en un campo de fuerza sobrenatural del Espíritu. Todos, desde los comités de redacción hasta los delegados con derecho a voto, pasando por los redactores jefe del consejo general, reconocieron que compartían la dignidad de ser los portadores humanos de la energía del Espíritu Santo¹⁰. El Espíritu ha desempeñado un papel tan dominante como fuerza en nuestra *Regla de vida* que a veces pienso que podríamos haberle dado un título más rico: *Regla de vida en el Espíritu*.

En la mitología griega antigua, Prometeo era el Titán al que la literatura europea posterior admiró como una figura crística. Fue torturado por haber robado el fuego que los dioses guardaban celosamente, con el fin de aliviar la opresión que sufría la humanidad. La incursión de Prometeo plantea una pregunta: en nuestra historia, ¿quién introdujo en la *Regla de vida* de 2007 el fuego del Espíritu Santo, ausente hasta entonces de la legislación de nuestro instituto? ¿Quién fue el primero en percibir ese

⁸ Hechos de los apóstoles 19, 2

⁹ Rdv, art. 65 (Filipenses 2, 13)

¹⁰ cf. Rdv, art.2 (2 Pedro 1, 4)

vacío, o en tener un alma lo suficientemente iluminada como para descubrir la verdad de la intercesión del Espíritu? ¿Quién tenía un sexto sentido espiritual lo bastante agudo como para intuir que una fuerza creadora fundamental pasaba desapercibida?

Espíritu Santo, ¿de dónde has venido?

*Desde el corazón del Padre, eternamente verdadero,
soplo de vida, oh divino Paráclito,
desciende ahora con gracia renovada.
En los tranquilos susurros de nuestras almas,
aviva las brasas de la fe,
guíanos a través de las tinieblas desconocidas,
alimenta las llamas desde el trono celestial.
Portador de la verdad, Consolador, Alma gemela, Amigo,
habla en silencio con tu voz interior,
susurra sabiduría para que cesen nuestras dudas,
y extiende la comunión para que nuestros corazones se regocijen.
Espíritu Santo, fuente de luz, bálsamo de paz,
desciende ahora y no nos abandones jamás,
para que nuestros temores cesen para siempre
en el consuelo de tu corazón abierto.*

Invito a cada lector a responder a esta pregunta:

En tu opinión, ¿quién fue el primero en introducir el Espíritu Santo en la *Regla de vida*?

- Quizá estés pensando en Andrés Coindre, cuya *Regla* de 1821 recoge las palabras de Jesús: «He venido a traer fuego a la tierra. ¡Y qué quiero, sino que arda!»¹¹.
- Podrías citar al hermano Policarpo, cuya exhortación recogió el cardenal Rodé en el decreto de aprobación «para continuar propagando en la tierra el fuego del Amor redentor cuya fuente es el Corazón de Cristo»¹².

¹¹ cf. *Regla de vida*, 3ª parte, página del título (antes del artículo 112)

¹² Ibid, p. 12

- Podrías elegir a Juan XXIII, el “Papa bueno”, quien afirmó que la idea del Concilio Vaticano II le había llegado como «una iluminación inesperada... como un rayo de luz celestial».
- También podrías pensar en el hermano Maurice Ratté¹³, quien, en su circular *À l'écoute de l'Esprit*, escribió: «Este proyecto de vivir con el Señor no ha nacido de la carne ni de la sangre, sino del Espíritu Santo, que actúa constantemente en el Pueblo de Dios».

Pues bien, ¿a cuál de estos portadores del Espíritu elegirías?... Piénsalo.

¿No podríamos ponernos de acuerdo en decir “todos”? Aunque la presencia del Espíritu nunca se haya mencionado explícitamente en las *Reglas* anteriores, podemos descubrir su origen en la espiritualidad implícita de nuestro fundador carismático y de aquéllos a quienes tocó el corazón.

Sea como fuere, tenemos buenas razones para rendir homenaje a un santo teólogo ajeno a nuestro instituto que desempeñó un papel singular en la puesta de relieve de la teología del Espíritu Santo en la *Regla de vida* de 2007. Cuando el hermano Maurice Ratté concluyó su larga etapa como director de la formación en Canadá, el consejo provincial le concedió un año de estudios en la Universidad Católica de París. El cardenal Angelo Roncalli, futuro papa Juan XXIII, fue nuncio apostólico en Francia de 1944 a 1953. Cuando el hermano Maurice llegó a París, el nuncio Roncalli ya había creado allí un clima propicio para la investigación y la síntesis teológicas. Los historiadores de la Iglesia consideran que, bajo su continua influencia, París se convirtió en un fértil laboratorio de fermentación teológica que inspiró al futuro papa su visión de un concilio ecuménico. Juan XXIII reunió a los mejores teólogos como expertos para el concilio. En ese contexto, el hermano Maurice dejó que su corazón fuera transformado por algunos de los teólogos más brillantes respaldados por el nuevo papa. Uno de ellos era el influyente eclesiólogo dominico Yves Congar. Antes y durante el Concilio Vaticano II, el amor de Congar por la Iglesia y su influencia en el concilio fueron iguales, si no superiores, a los de cualquier otro teólogo católico.

¹³ Superior general 1970-1982

Mucho antes del Concilio Vaticano II, Congar ejerció una influencia considerable sobre el hermano Maurice, entonces estudiante de teología. Éste llegó a creer en el poder de la intercesión y de la obra del Espíritu Santo en la Iglesia y en cada uno de nosotros. El hermano Maurice llegó a la convicción de que el Espíritu habita en cada ser humano. Gracias a Congar, llegó a creer que esta presencia «es un misterio de deificación que eleva a la humanidad a un nuevo nivel de participación en la vida divina». Esto significa que Yves Congar merece una inmensa parte de nuestra gratitud por la gracia de la aparición del Espíritu en la teología de la Iglesia, en nuestra *Regla de vida* y en la firme convicción del hermano Maurice de que la inspiración divina surge entre nosotros a través de nuestras interacciones humanas, nuestro diálogo y nuestra consulta. El propio teólogo dominico sentía una profunda devoción personal por el Espíritu. En una de sus oraciones publicadas, describe su deseo de ser un instrumento del Espíritu. La oración refleja la humilde aspiración de Congar de dejarse guiar por el Espíritu en su labor teológica y en su vida:

*El Espíritu es aliento. El viento canta entre los árboles.
Me gustaría entonces ser un arpa tocada por el viento
y dejar que el aliento de Dios hiciera vibrar y cantar las cuerdas.
Debo tensar las cuerdas y afinarla
—ésa es la ardua tarea de la búsqueda—
y que el Espíritu las haga sonar después
con un canto claro y melodioso de oración y de vida.*



Influenciado por la fe y la elocuencia de Congar, el papa Juan también desarrolló una profunda devoción por el Espíritu Santo. Al inicio de cada sesión del Concilio Vaticano, pronunciaba esta ferviente oración:

*Estamos ante ti, Espíritu Santo¹⁴,
conscientes de nuestro pecado.
Aunque ya sabemos
que nos reúnes en tu nombre,*

¹⁴ Esta oración, conocida generalmente como *Adsumus, Sancte Spiritus*, se utiliza regularmente en las asambleas sinodales.

*ven a nosotros, quédate con nosotros.
Ilumina nuestros corazones,
Danos la luz y la fuerza
para conocer tu voluntad,
para hacerla nuestra
y encarnarla en nuestras vidas.
Amén».*

El Big Bang que más nos interesa es el que estalló sobre Roma el 25 de enero de 1959. A mis 14 años, egocéntrico como era, no tenía ni idea de que algo importante estaba ocurriendo. Pero fue esa tarde cuando el papa Juan XXIII anunció su decisión de convocar el Concilio Vaticano II. El impacto de su Big Bang acabó llegando a los rincones más recónditos de la Iglesia y dejó huellas luminosas de esperanza en el mundo moderno. Cuarenta y ocho años después, en 2007, sus ráfagas de Espíritu se unieron en nuestro instituto para dar origen a una *Regla de vida* totalmente renovada.

El sorprendente anuncio del Papa sobre un concilio ecuménico pilló a todos por sorpresa, incluido el propio papa Juan. Se percibe el asombro en su voz: «¡Oh, qué espectáculo tan maravilloso si el obispo de Roma extendiera su atención solícita al mundo entero y a toda la Iglesia, de la que tiene a su cargo el gobierno espiritual por la misión divina que le ha sido confiada en la sucesión del apostolado supremo!» El Big Bang que desencadenó fue el siguiente anuncio asombroso ante una asamblea de cardenales residentes en Roma (25 de enero de 1959):

«¡Venerables hermanos y amados hijos! Con un ligero temblor de emoción, pero animados por una humilde determinación, os anunciamos el nombre y la propuesta de un concilio ecuménico para la Iglesia universal. Confiamos en la intercesión de la Madre Inmaculada de Dios. ... Imploramos su oración por un buen comienzo, un buen desarrollo y un feliz desenlace de esta propuesta de una gran obra de iluminación, edificación y felicidad de todos los cristianos, y por una renovada invitación a los fieles de las comunidades separadas, para que también ellos puedan seguirnos amablemente en esta búsqueda de unidad y gracia, a la que aspiran tantas almas en todas las regiones del mundo».

El lenguaje efusivo del papa Juan demuestra hasta qué punto se sentía embargado por una alegría espontánea. Antes de hacer ese audaz anuncio, se regocijaba en el Espíritu y el Espíritu en él. Ya no habría vuelta atrás. Les dijo a los cardenales que la decisión de convocar un concilio era exclusivamente suya y que era definitiva. Como Papa, podría haber promulgado su decreto en cualquier momento y habría sido memorable, pero estaba decidido a proclamarlo en una festividad litúrgica destacada, como muestra de la importancia teológica de su decisión. Tenía previsto hacer este anuncio el 25 de enero, describiendo esta fecha como «la fiesta de san Pablo, el converso de Damasco, que nos acogió aquí en Roma para volver a visitar el lugar de sus recuerdos más sagrados. ¡Qué acogida, tan digna de nuestra familia espiritual!»¹⁵ Al elegir la fiesta de la conversión de Pablo, el nuevo Papa quería que su decisión desencadenara un Big Bang de conversiones múltiples y continuas en la Iglesia y en el corazón de cada cristiano. Podemos hacer aquí una pausa para responder con una oda que celebre los poderosos dones que el Espíritu Santo infundió a san Juan XXIII.

*Roma escuchó una voz llena de esperanza,
la del “Papa Bueno”, de mirada visionaria.
Un llamamiento al cambio y a una nueva luz,
una transformación cósmica, una visión global.
Al igual que el Big Bang, una explosión de luz
sacó de la oscuridad una creación luminosa,
un universo en plena expansión,
poblado de estrellas y galaxias.
Sus palabras, como chispas, encendieron los corazones
hacia la unidad y hacia nuevos y audaces comienzos.*

*Aggiornamento, proclama,
una Iglesia renaciente, indomable.
Con el eco del Big Bang en su voz,
nos llamó a todos a tomar una decisión
para abrir las puertas, buscar la verdad,
tender un puente entre lo antiguo y la vibrante juventud.
En ambos, vislumbramos un génesis,
un amanecer de posibilidades.*

¹⁵ Hechos de los apóstoles 9, 1-9

*Desde el polvo cósmico hasta las almas humanas,
una visión de objetivos en expansión.
Alabemos, pues, la chispa del “Papa Bueno”,
que alumbró un camino en la oscuridad,
para que, a la luz de su ejemplo,
encontremos nuestro camino
hacia un futuro unido e iluminado.*

Segunda parte – La conversión de Saulo, 34 d.C.

En la primera parte he sugerido la posibilidad de “enriquecer” el título *Regla de vida* añadiendo las palabras “en el Espíritu”: *Regla de vida en el Espíritu*. Ahora, conmovido por la importancia que el papa Juan concedía al destello cegador que convirtió a Saulo, el perseguidor, en Pablo, el apóstol, voy a utilizar aquí, en la segunda parte, un subtítulo diferente: *Regla de vida para conversiones continuas y múltiples*. Te invito a abordar la segunda parte meditando sobre tres pasajes de las Escrituras que alimentan mi convicción de que el llamamiento universal del Papa a la conversión proviene directamente de la boca de Dios:

Ezequiel 36, 26: «Os daré corazón nuevo, y pondré en vosotros espíritu nuevo dentro de vosotros; y arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne».

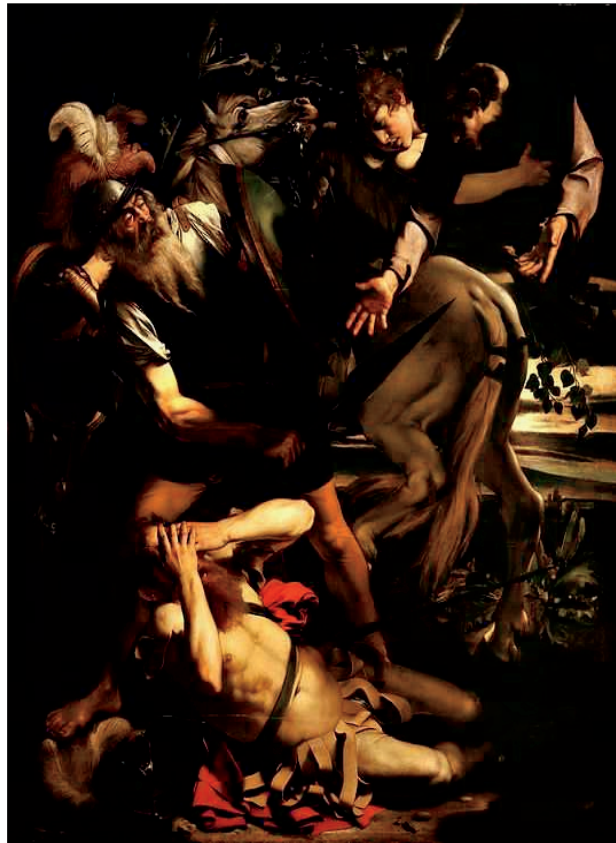
Joel 2, 12-13: «Y ahora -oráculo del Señor- convertíos a mí de todo corazón, con ayuno, con llanto, con lamento. Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios, porque él es clemente y compasivo, tardo a la cólera y rico en amor, y se arrepiente de las amenazas».

Romanos 12, 2: «Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto».

La fiesta de la conversión de Pablo¹⁶ fascinaba al papa Juan. Para él, revestía tal importancia teológica y simbólica que deseaba que resonara

¹⁶ Hechos de los apóstoles 9, 1-18

desde Roma. Consideraba la historia de la conversión de Pablo como el icono central del Concilio Vaticano II. En el cuadro de aquí abajo¹⁷, Caravaggio muestra a Saulo retrocediendo ante el relámpago y cayendo al suelo mientras intenta protegerse el rostro de la luz cegadora. Su uniforme de centurión romano se desgarra, dejándolo desnudo y vulnerable. El grupo de guardias y fariseos perseguidores se da a la fuga. Tras apreciar todo esto, se percibe la extraña presencia de un par de manos anónimas que le brindan un gesto de simpatía. ¿A quién pertenecen? ¿No podríamos interpretarlas como las manos del papa Juan, que nos invitan a ver en la escena de Damasco un símbolo de la auténtica conversión?

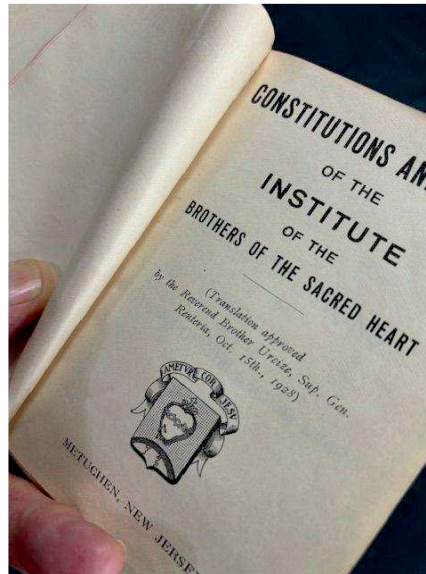
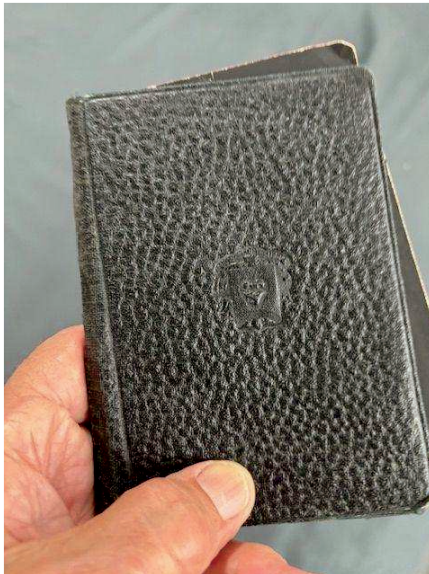


¹⁷ Ver <https://un-aligned.org/global-issues/the-conversion-of-st-paul-by-caravaggio-a-masterpiece-of-dramatic-intensity-and-transformative-power/> o también <https://www.britannica.com/topic/The-Conversion-of-St-Paul-painting-by-Caravaggio>

*Caravaggio capta ese momento crucial,
el eje en torno al cual gira la historia.
Su lienzo vibra de tensión,
como si la propia realidad se esforzara
por adaptarse a esa irrupción de lo divino.
Nos mantenemos, como peregrinos, al lado de Pablo,
compartiendo su deslumbrante revelación.
Esta obra maestra confirma una verdad:
la conversión no es un susurro suave,
sino un trueno que remodela las galaxias.
Nos invita a todos
—pecadores, buscadores, escépticos, hermanos—
a recorrer nuestro propio camino de Damasco,
donde la oscuridad y la luz se enfrentan,
y donde la transformación espera
a quienes se atreven a presenciarla y reflexionar sobre ella.*

Tercera parte – Testimonio presencial. Noviciado 1964-65

Cuando nuestra promoción de doce novicios tomó el hábito en 1964, la única *Regla* que conocíamos se parecía a ésta:



La llamábamos “La Regla”, pero en realidad se trataba de dos libros encuadrados juntos bajo el título *Constituciones y Reglas del Instituto*. Incluían 565 artículos constitucionales, principalmente sobre el gobierno, y 271 artículos denominados *Reglas*. La sección de las *Reglas* constaba de dos partes.

La primera explicaba cómo debíamos comportarnos con los demás: alumnos, superiores, padres, compañeros y personas ajenas a la comunidad.

La segunda parte describía detalladamente las numerosas virtudes que debíamos esforzarnos por perfeccionar en nosotros mismos. Tomemos un solo ejemplo. Una virtud en la que se hacía hincapié una y otra vez era la regularidad, es decir, la observancia de las *Reglas*. Cuántas veces advirtió el hermano Gilbert a los novicios a lo largo de sus veintiséis años como maestro: «Si guardáis la *Regla*, la *Regla* os guardará a vosotros». Para hacernos una idea del tono de las *Reglas* de 1927, veamos estos tres artículos sobre la virtud de la regularidad:

Los medios para alcanzar el fin del Instituto (parte) ...

103. *En comunidad, el primer medio de santificación es la Regla, y un religioso no progresa en la virtud sino en la medida de su fidelidad en observarla.*
104. *Uno de los primeros deberes del Hermano Director y de cuantos desempeñan cargos es hacer observar todas las prescripciones de la Regla. Por lo tanto, es necesario que los Hermanos Directores: 1. Acostumbren a los Hermanos a la puntualidad, es decir, a dejarlo todo al primer toque para acudir a los ejercicios de comunidad o a donde llame la obediencia; 2. Hagan empezar que los ejercicios a la hora señalada; 3. Den importancia a las cosas pequeñas y avisen a los Hermanos cuando falten a ellas.*
106. *Cuando los Hermanos quebranten algún punto importante de las Reglas, manifestarán su falta al Hermano Director y le pedirán una penitencia.*

Siendo novicios, estudiábamos la *Regla* como escolares, turnándonos para recorrer las filas de la clase, cada uno leyendo un artículo en voz alta y escuchando los comentarios autoritarios del maestro, que quería

asegurarse de que entendiéramos las exigencias de nuestra nueva vida como hermanos.

Aunque el libro contenía numerosos artículos dedicados específicamente a los votos y a la forma de practicarlos, no lo utilizábamos como fuente principal para el estudio de las virtudes y los votos de los tres consejos evangélicos: pobreza, castidad y obediencia. Habíamos recibido un texto más sistemático titulado *Catecismo de los votos de los Hermanos del Sagrado Corazón*, que también utilizaba un enfoque en forma de preguntas y respuestas. Las respuestas correctas eran citas de normas extraídas del *Código de Derecho Canónico* de 1917.

Redactado en latín, nuestro catecismo había sido traducido al francés por uno de nuestros hermanos de Francia, y posteriormente al inglés por los hermanos Isidoro y Mauricio, sucesivos provinciales de Estados Unidos. Nuestra provincia había adoptado el catecismo. Las autoridades vaticanas de la época lo elogiaban encarecidamente. Nosotros, los novicios, además de utilizarlo como manual, teníamos la tarea de pasárselo a los novicios de otras comunidades religiosas, para quienes se había convertido en un clásico. Tenía una gran demanda. Nuestro noviciado enviaba paquetes enteros de estos libros y recibía por correo numerosas solicitudes de noviciados de comunidades femeninas y masculinas de todo el mundo anglófono. Las revistas de formación se hacían eco de su éxito mundial. Nos enorgullecía que nuestro catecismo de los votos contribuyera a dar a conocer y a ganarse el respeto de los Hermanos del Sagrado Corazón por parte de las comunidades religiosas de todo el mundo, así como de las autoridades de la Congregación para los Religiosos del Vaticano.

Como novicios que nos iniciábamos en la vida religiosa, ignorábamos que el *Código de Derecho Canónico* de 1917, en el que se basaba nuestro catecismo, iba a ser objeto de una profunda reforma. Los teólogos habían declarado obsoleto dicho código y el papa Juan XXIII había puesto en marcha su sustitución. Uno de los problemas espinosos era que el código de 1917 calificaba oficialmente la vida religiosa como “estado de perfección”. A la luz de los documentos del Concilio Vaticano II, esta nomenclatura planteaba dos problemas importantes: contradecía la llamada universal a la santidad lanzada por el concilio a los laicos y privaba al bautismo de su primacía.

En el complejo clima de transición que reinaba en el Vaticano, el hermano Hubert Bonnette realizó una visita provincial a nuestro noviciado. Con franqueza, se valió de las estimulantes circulares del reverendo hermano Jules para liberarnos del desafortunado modelo egocéntrico del estado de perfección que se nos enseñaba a vivir y a amar. En Roma, el hermano Jules, de acuerdo con los canonistas del Vaticano, comenzó a definir un nuevo modelo: «La vida religiosa es una consagración arraigada en la consagración del bautismo» (Circular 3, 3). Al igual que los superiores generales de otras congregaciones, reivindicaba un paradigma más humilde y más teológico: *La vida consagrada*, que más tarde se convertiría en la terminología estándar del *Código de Derecho Canónico* posconciliar del papa Juan. Dada la seguridad con la que nosotros, los institutos religiosos, habíamos enarbolado durante décadas la bandera del estado de perfección, los religiosos nos habíamos arrogado, en cierto modo, el puesto de piloto espiritual, lanzándonos a una carrera en la que habíamos dejado atrás a los laicos y al clero diocesano. Por el camino, habíamos desarrollado un complejo de superioridad. En nuestra mente, los laicos eran católicos de segunda categoría.

Para purificarnos del paradigma orgulloso y ya obsoleto del “estado de perfección”, el reverendo hermano Jules redactó circulares sobre el Concilio Vaticano II a favor de cambiar nuestra denominación oficial en la Iglesia, prefiriendo la expresión *Vida consagrada*. «Nosotros, los religiosos», escribía, «somos personas consagradas en la Iglesia». Su razonamiento era el siguiente: Dios es el protagonista. Dios nos consagra. Dios nos colma de sus gracias y nos une a todas las personas bautizadas en la vida divina de la Trinidad. El paradigma de *la vida consagrada*, en vez de calificarnos con orgullo de “perfectos”, nos dio una lección de humildad. Independientemente de lo que seamos, nos recordaba, lo somos únicamente por la gracia de la iniciativa de Dios, y no por derecho.

El hermano Hubert comenzó su visita con una charla explicándonos la ingeniosa depuración de la teología de la *Vida Consagrada* llevada a cabo por el superior general. Pero no había venido únicamente para darnos una lección de teología. Como buen organizador siempre pragmático, no dejó de aprovechar su visita para anunciar dos decisiones concretas que nos pidió aceptar con espíritu de obediencia. Según dijo, el objetivo de estas dos decisiones era ayudarnos a pasar de la búsqueda de la perfección a la

adopción del espíritu más humilde del Concilio Vaticano II. No nos esperábamos estas decisiones; ambas nos dejaron consternados.

En primer lugar, anunció que el *Catecismo de los votos de los Hermanos del Sagrado Corazón*, basado en el antiguo *Código de Derecho Canónico*, ya no se utilizaría como manual de noviciado ni se vendería a otras comunidades. Explicando que estaba totalmente obsoleto, pidió al personal del noviciado que lo retirara del mercado y lo dejara caer en desuso. Tuvimos que desaprender ciertas cosas sobre la teología de los votos. Por ejemplo, aprendimos que ya no podíamos decir que nos consagrábamos a Dios. Más bien, aprendimos que es Dios quien nos consagra. Además, de acuerdo con el paradigma de la *Vida Consagrada* promovido por nuestro superior general, respaldado por un voto unánime del capítulo general, los nombres religiosos que los provinciales del instituto habían asignado a los novicios fueron revocados con efecto inmediato. A partir de ese momento, todos los novicios del instituto retomaron los nombres que figuraban en sus actas de bautismo.

Cuarta parte – ¡Jubileo! Aprobación pontificia 1927

Anteriormente, al describir nuestro catecismo “superventas”, he destacado el atractivo del prestigio internacional que este manual aportaba a nuestro instituto, ya que gozar de una mayor visibilidad dentro de la Iglesia fue una motivación importante en la historia de nuestra *Regla*. Los agradables sentimientos de reconocimiento de los que disfrutábamos como novicios gracias a nuestro famoso catecismo, existían a mayor escala: el consejo general sentía un profundo deseo de aumentar el prestigio de nuestro instituto dentro de la Iglesia universal.

Todas las congregaciones como la nuestra fueron, en sus inicios, institutos diocesanos. Es cierto que gozábamos de un reconocimiento real por parte de los obispos de las diócesis en las que dirigíamos escuelas. Sin embargo, tras expandirnos a numerosas diócesis nuevas y desarrollar una amplia red internacional, nuestro instituto aspiraba a convertirse en un miembro plenamente reconocido de la Iglesia. Todos, desde el superior general hasta los miembros más humildes, aspirábamos a ser apreciados, gobernados y protegidos por la Santa Sede. El consejo general se movilizó para presentar nuestra candidatura con el fin de convertirnos en un instituto de derecho pontificio.

Para poder disfrutar de este privilegio, necesitábamos unas reglas y unas constituciones aprobadas oficialmente según las normas papales. El primer avance decisivo tuvo lugar durante el jubileo de 1900. El reverendo hermano Norbert solicitó y obtuvo el decreto oficial necesario para iniciar el proceso. Sin embargo, las cosas se alargaron. Las normas y los cánones de la Iglesia atravesaban un largo período de agitación. Cada vez que solicitábamos un nuevo paso, los consultores del Vaticano encontraban algo que faltaba en nuestras constituciones o en sus criterios de aprobación. Además, por parte del Vaticano, la reescritura del derecho canónico era una empresa increíblemente compleja y, por desgracia, a menudo política. La distancia que nos separaba de la Santa Sede también obstaculizaba nuestra eficacia; nuestra casa general se encontraba alternativamente en España y en Francia. Los viajes suponían un obstáculo. Años de laboriosas negociaciones por correo convencieron finalmente a nuestra administración general de que debía instalarse en territorio romano. El consejo general creó una oficina especial cerca del Vaticano para mantener un diálogo directo y continuo con las autoridades vaticanas.

Tras resolver una serie de malentendidos burocráticos, resultó que la única forma de cumplir los requisitos para obtener el estatus pontificio era dedicar todo el capítulo general de 1925 al complejo proceso de aprobación. Esto significaba aceptar una legislación sin precedentes, e incluso inconstitucional, para institutos como el nuestro. El reverendo hermano Urcize tuvo que retirarse, abandonar la presidencia del capítulo general y ceder sus poderes a un canonista benedictino designado por el Vaticano para ponerse al frente y presidir tanto los trabajos del capítulo como la validación de sus decisiones. Nuestro instituto se vio obligado a derogar toda su legislación vigente y a someterse a la imposición de nuevas constituciones por parte del Vaticano. Innumerables prácticas monásticas, que nunca habían sido contempladas por nuestro fundador ni por los capítulos generales anteriores, fueron impuestas en los artículos de nuestras constituciones. Tuvimos que “traspasar el negocio” al Vaticano para obtener la aprobación pontificia.

Para salir del punto muerto, el papa Pío XI estampó finalmente su sello oficial sobre un conjunto de constituciones y normas pontificias de nueva imposición, el 7 de febrero de 1927. El manuscrito original, conservado en los archivos de la Sagrada Congregación para los Religiosos, concedía a

cada hermano profeso el derecho a añadir tras su firma las iniciales S.C., que son la abreviatura de nuestro título oficial inscrito en el Anuario Pontificio: *Fratres a Sacratissimo Corde Jesu* [Hermanos del Sacratísimo Corazón de Jesús].

El reverendo hermano Urcize se hizo eco del decreto de aprobación, conseguido con tanto esfuerzo, proclamando un día de gloria y acción de gracias en una circular repleta de signos de exclamación, sin escatimar en hipérboles: «¡Qué voy a escribir sobre nuestras Constituciones, si ya están escritas! Ábranlas y, tras imprimir en ellas sus labios purificados por la fe, la obediencia y el amor, entréguese a ellas como al alma de su madre». Y exigió su estricta observancia: «Cuanto más escrupulosa es, en una comunidad, la fidelidad a las Constituciones, más reside en ella el Espíritu de Dios y derrama abundantemente sus gracias»¹⁸. Hizo un llamamiento a un auténtico “culto” de fidelidad a las constituciones consagradas por la bendición de la Iglesia¹⁹. ¡La traducción al inglés de la palabra francesa “culte” es *worship* (adoración)! El reverendo hermano llamó a celebrar debidamente en cada comunidad local una hora santa y a ofrecer misas solemnes de acción de gracias. Exhortó al instituto a orar y a proclamar, según las palabras de san Pablo: «Hemos combatido la buena batalla, hemos terminado la carrera, hemos guardado la fe. Ahora nos espera la corona de justicia que nos ha sido reservada».

Quinta parte – Testimonio presencial Renovación de los votos temporales 1965-1969

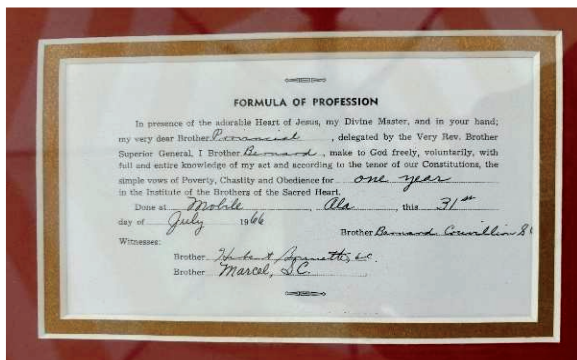
Ese día tan esperado del Jubileo tuvo lugar hace un siglo. Evidentemente, no puedo pretender haber sido testigo de las festividades relacionadas con la aprobación pontificia, ni de los sentimientos de orgullo y fervor que animaban las elocuentes palabras del hermano Urcize. Solo he hojeado su voluminoso tratado basado en la Regla de 1927, *Sur les chemins de la perfection*. Sin embargo, puedo certificar que soy un auténtico testigo de todos los aspectos de este libro negro que materializó su sueño de alcanzar el estatus pontificio. Como todos los hermanos profesos de aquella época, estudié la *Regla* del hermano Urcize, memoricé los pasajes obligatorios, la estudié con atención cada día del noviciado y la metí en mi equipaje

¹⁸ Hermano Urcize, *Sur les chemins de la perfection* (1954), p 101-105

¹⁹ Ver *Superiores generales, 1952-1988*, p 59

para el escolasticado. Todavía conservo un ejemplar. Para celebrar la renovación anual de mi profesión temporal basada en la *Regla* del hermano Urcize, me aprendí de memoria la fórmula del voto de 1927 impresa en el artículo 41:

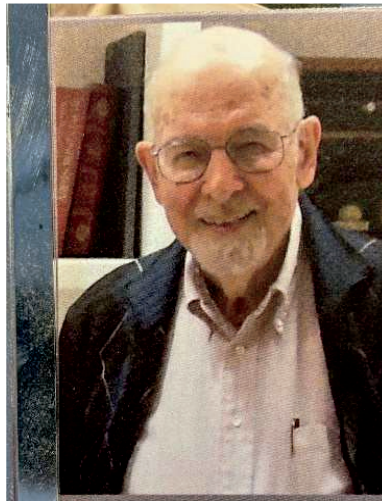
«Yo, Hermano Bernard Couvillion, hago ante Dios, libre y voluntariamente, con pleno y completo conocimiento de causa y de acuerdo con el contenido de nuestras Constituciones [de 1927], los votos simples de pobreza, castidad y obediencia... en el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón».



Guardo con mucho cariño una copia enmarcada del certificado que firmé cuando renové mis votos por primera vez. Lo tengo colgado en una pared de mi habitación.

También tengo colgada otra foto: la del obituario del hermano Marcel Rivière, director del escolasticado del Sagrado Corazón en Mobile, Alabama, entre 1964 y 1968, antes de formar parte durante mucho tiempo del consejo general.

Nuestra promoción de novicios pronunció sus primeros votos el 15 de agosto de 1965 en Belvidere, Nueva Jersey. Justo después, fue Marcel quien nos acogió como escolásticos de primer año en Mobile. Allí pasaría yo los tres años más importantes de mi vida. Más allá de su papel como director de escolásticos, Marcel se convirtió en mi mentor, mi modelo, mi apoyo y mi referencia para mi formación en el espíritu del Concilio Vaticano II y en la *Regla de vida*.



En la década de 1960, nuestro programa en el noviciado se concebía como una misteriosa caja negra. Debido a una política y a un código intuitivo de silencio, la comunicación entre el director de los escolásticos y el maestro de novicios era inexistente. En consecuencia, no tenían ningún plan común para informarnos sobre los avances o los resultados del Concilio Vaticano II. Cuando nosotros, la nueva promoción de “primer año”, deshicimos las maletas y colgamos nuestras sotanas en las perchas que cubrían las paredes de la sala común del escolasticado, el único conocimiento que teníamos del Vaticano II nos lo había transmitido el hermano Hubert durante su visita provincial, cuando abolió los nombres religiosos que habíamos recibido. Poco importaba nuestro posible apego a esos nombres. Nos habíamos esforzado por quererlos, pues simbolizaban nuestra ruptura con nuestra familia y con el mundo. ¿Cuál fue nuestra reacción cuando perdimos nuestros nombres de novicios? «Seducidos y abandonados», ironizó un compañero de clase malicioso, en un lugar donde estaba seguro de que sólo nosotros lo oiríamos. Respondimos con discretos asentimientos de cabeza, mordiéndonos los labios.

Al llegar al escolasticado, Marcel comprendió intuitivamente que el vacío que sentíamos respecto al Concilio Vaticano II nos había puesto en desventaja. Envidiábamos a los escolásticos mayores, que habían seguido su desarrollo con entusiasmo. Al habernos quedado al margen, teníamos mucho terreno que recuperar. Para nosotros, el hermano Marcel fue el hombre adecuado en el momento adecuado. Además de tener un carácter alegre, sabía escuchar muy bien. De hecho, escuchaba mejor de lo que hablaba. Nos tomó bajo su protección como a sus nuevos polluelos, para ponernos al nivel de los treinta y cinco escolásticos mayores y más al tanto del Concilio. Siendo así muy jovencitos, conocimos a Marcel en un período tumultuoso de guerra y protestas en Estados Unidos. Las notas del estribillo profético de Bob Dylan resonaban en los campus de todo el país: *The Times They Are A-Changin'*. El día de nuestros primeros votos en Nueva Jersey, los Beatles llegaban a Nueva York para dar un concierto de rock frenético que colapsó el aeropuerto, desde donde, a la mañana siguiente, teníamos que coger el vuelo a Mobile. Nuestro escolasticado no se libró de los cambios culturales. La vecina casa de estudios de los jesuitas, tampoco. Se trataba de una residencia de tres plantas llena de estudiantes de filosofía que habían pronunciado sus votos temporales.

Un dinámico equipo de sacerdotes jesuitas nos servía de capellanes y directores espirituales. Se esforzaban por despertar el entusiasmo por los cambios sin precedentes que el Concilio Vaticano II había introducido en sus clases de teología, así como en nuestra misa diaria, que ya no era —¡a Dios gracias! —un murmullo de respuestas y cantos en latín. Entre tantas vocaciones religiosas jóvenes, y sumergidos en dos programas de formación religiosa en el animado campus del Spring Hill College, nosotros, los de primer año, también teníamos la sensación de haber llegado al lugar adecuado en el momento adecuado. Nuestra generación universitaria se vio situada entre dos controversias históricas en la Iglesia, en la encrucijada entre el Vaticano I y el Vaticano II. El primero había reforzado la autoridad de la Iglesia al proclamar la infalibilidad papal. El segundo, al que el papa Juan había invitado a teólogos silenciados durante el pontificado anterior, ensalzaba «la gloriosa libertad de los hijos de Dios».

Sexta parte – La “voz pasiva” divina

Si abrieras al azar la *Regla* de 1927 por cualquier página, comprobarías que casi todos los artículos comenzaban con una orden dirigida a los hermanos. He elegido las páginas 31 a 33, artículos 91 a 100:

- Los hermanos se esforzarán por tener un solo corazón y una sola alma...
- Los hermanos nunca se tutearán entre sí...
- Cuidarán asimismo que dicha caridad no se convierta en amistad particular...
- Evitarán con el mayor cuidado todo cuanto pudiera perturbar la paz...
- Soportarán, sin quejarse, los defectos de los hermanos...
- Tendrán atenciones y deferencias especiales para con los hermanos ancianos...
- Los hermanos ancianos se mostrarán bondadosos y atentos para con los jóvenes...
- Los hermanos procurarán sobresalir en las virtudes de mansedumbre y humildad...
- Combatirán el deseo de querer encumbrarse sobre los demás...
- Aceptarán gozosos los empleos más modestos...

Para los hermanos, esa *Regla* de 1927, de principio a fin, parecía una lista interminable de obligaciones y prohibiciones. Toda la responsabilidad recaía directamente sobre nuestros hombros. Si incumplíamos nuestras obligaciones, éstas quedaban sin cumplir. Si hacíamos lo que estaba prohibido, éramos culpables. La *Regla* nos obligaba a confesar nuestras faltas en una reunión semanal llamada “el capítulo de culpa”.

Según el hermano Jean-Claude Éthier, que trabajó con el hermano Maurice en el comité de redacción de la *Regla*, Maurice revolucionó el antiguo sistema de obligaciones y prohibiciones para revelar que es Dios —y no nosotros— quien asume plena y permanentemente la responsabilidad de ser el Primer Animador, la Causa sin causa y el Moderador de la *Regla de vida*.

Maurice, primero como provincial y luego como superior general, no soportaba que los artículos de las *Reglas y Constituciones* se convirtieran en cargas a las que estuviéramos atados, como lo había estado Isaac al leño del holocausto²⁰. Por el contrario, quería que la nueva *Regla de vida* nos recordara que Yahvé, que siempre había tenido previsto liberar a Isaac, también quiere que nos sintamos totalmente libres. Al comienzo del relato del sacrificio de Abraham, Yahvé expresa el amor de Abraham por Isaac: «Toma a tu único hijo, al que amas».

Era la primera vez que se pronunciaba la palabra “amor” en las Escrituras²¹, y brotaba del corazón de Dios. Al igual que Abraham, que por amor desató a Isaac para liberarlo, el hermano Maurice nos liberó del yugo asfixiante de las prescripciones de la antigua *Regla*. Él veía a Dios como un padre que quiere desatar nuestras ataduras, que nos ama como Abraham amaba a su hijo y que confía en que le responderemos libremente.

Para comprender cómo Maurice revolucionó nuestro sistema de normas, echemos un vistazo al índice de la *Regla*. Él es su autor y, por respeto, emplea un lenguaje que los especialistas en las Escrituras denominan “la voz pasiva divina”.

²⁰ Génesis, cap. 22

²¹ [p.17, p.36, p.58, p.8]

«La voz pasiva divina designa una forma de escribir relatos espirituales en la que quien realiza la acción —Dios— se da por sobreentendido, no se menciona explícitamente. Esta forma indirecta de escribir sobre las verdades espirituales describe las iniciativas divinas de Dios sin nombrarlo. Por ejemplo, recordemos la bienaventuranza: «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra».

Se sobreentiende que quien concede la herencia es Dios.

Al estructurar las cuatro partes de la *Regla de vida*, Maurice insiste en emplear la voz pasiva divina en lugar de la voz activa directa, pues considera que nuestros adjetivos para designar a Dios y lo divino —incluso los superlativos como “todopoderoso”, “inexpresable” o “indescriptible”— son terriblemente inadecuados para hacer justicia a la trascendencia inmanente de Dios. El adjetivo preferido por el hermano Maurice para referirse a Dios es “inefable”. Tengamos esto presente y estudiemos línea por línea el índice de la *Regla* para apreciar mejor su estructura y su lenguaje. Fue objeto de debate durante la asamblea del capítulo general, que la aprobó por amplia mayoría. Estructurada de manera que permite la contemplación orante de un tríptico de cuatro paneles, ofrece una síntesis de toda la *Regla de Vida* en unas pocas líneas convincentes. Y el hermano Maurice la utiliza deliberadamente para expresar la inefable voz pasiva divina:

Primera parte: Estamos *reunidos* en la Iglesia, como Instituto y en comunidad.

Segunda parte: Estamos *consagrados* en castidad, pobreza y obediencia.

Tercera parte: Estamos *unidos* en el Corazón de Jesús para la oración y el apostolado.

Cuarta parte: Somos *ayudados a crecer en la plenitud del Amor* mediante la formación continua y el servicio de la autoridad fraterna.

Para ilustrar que la *Regla* no es una pesada lista de preceptos, sino la expresión de la actividad inefable de Dios en nuestro corazón, podemos pasar el índice de la sección pasiva a la activa. Esto nos permite rezarla como una profesión de fe:

- Primera parte:* **Dios nos reúne** en la Iglesia, en el Instituto y en la comunidad local.
- Segunda parte:* **Dios nos consagra** en castidad, pobreza y obediencia.
- Tercera parte:* **Dios sirve a los otros a través de nosotros** en la oración y el apostolado.
- Cuarta parte:* **Dios nos ayuda a crecer hasta la plenitud del Amor** mediante la formación continua y el servicio de la autoridad fraterna.

Tomadas por separado, estas frases son los títulos de las cuatro partes de la *Regla*. Tomadas en conjunto, forman un dosel sagrado sobre la *Regla de vida* completa. Pero, sobre todo, proclaman la imagen que nuestro Instituto tiene de Dios. Al emplear la voz pasiva divina, la *Regla de vida* nos presenta a Dios como un Padre amoroso que se despoja de sí mismo para colmarnos de un amor activo e incesante. Esta imagen de Dios proviene directamente de una de las exhortaciones más elocuentes del padre Andrés²². Presenta rasgos tanto masculinos como femeninos:

«¡Ah, si yo pudiera dirigirme a cada uno de vosotros para que me contaseis vuestros prodigios de misericordia personales, no podríamos dejar de admirar y bendecir con lágrimas la inagotable ternura del Dios de amor que ha salido a vuestro encuentro y os ha llevado en sus brazos! Ciertamente, Él ha sido semejante al padre putativo de Efraín²³, que no se enfada ante los gritos de sus hijos pequeños, sino que los acaricia, los abraza, carga siempre con ellos sin cansarse de su peso cada día más molesto debido al fardo de sus ingratitudes».

Durante mis idas y venidas a Roma entre 1969 y 1982 para trabajar con la Comisión Internacional de los Seis, convocada por el reverendo hermano Maurice con el fin de dar los últimos retoques definitivos a la revisión de la *Regla de vida*, tuve el privilegio en dos ocasiones de quedarme fascinado por los frescos de Miguel Ángel que representan la creación celestial y que adornan el techo de la capilla Sixtina. Deslumbrado, tuve que estirar bien el cuello para contemplar su dinámica cúpula celestial. Quedé admirado ante el Creador incansable que da forma a los

²² André Coindre, *Escritos y documentos*, Vol 5, p 125-126.

²³ Oseas 11:3

espectaculares cuerpos celestes. El famoso panorama de Miguel Ángel representa a un Dios metódico y en constante movimiento. Se lanza, gira, utiliza sus brazos y su musculoso torso para dar piruetas alrededor de las esferas, con los brazos oscilando hacia fuera y luego hacia dentro para agrupar las estrellas en constelaciones y transformar finas volutas en formaciones nubosas sutilmente matizadas.

Quizás te preguntes cuál es la relación entre el Dios intensamente activo de la capilla Sixtina y la imagen de Dios que nos presenta la *Regla*. Dios fue y sigue siendo el artista incansable de nuestra *Regla de vida*. Y Dios actúa eternamente al darnos la fuerza para vivir la hoja de ruta que nos inspiró en el bautismo para llevar nuestra vida consagrada.

En las partes XII a XVII, analizaremos algunas transformaciones cruciales, tanto a nivel personal como institucional, en la vida de nuestros fundadores, a lo largo de tres generaciones de la historia del instituto. Las denominaremos “conversiones institucionales”. El ejemplo de transformación interior y metamorfosis comunitaria que vivieron, en medio de la tensión, siete de nuestros líderes más influyentes, moldeó de manera milagrosa nuestra *Regla de vida* posterior al Concilio Vaticano II. Los efectos acumulados de sus conversiones, frágiles pero iluminadas por la gracia, han resultado ser triunfos del poder divino y de la resiliencia humana.

Séptima parte – Testimonio presencial El Vaticano II en el escolasticado²⁴

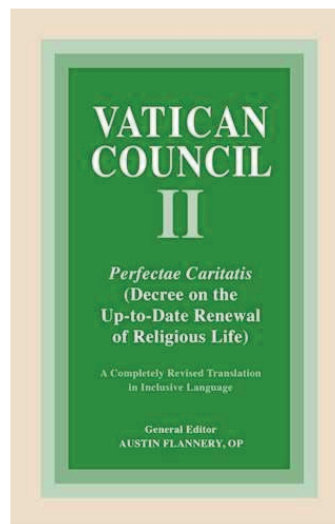
Una semana antes del inicio del semestre de otoño de 1965 en el Spring Hill College, el hermano Marcel reunió a todos los escolásticos de primero, segundo y tercer año, así como a tres hermanos estudiantes africanos. Su intención era aclarar los objetivos de la formación escolástica en el contexto de las repercusiones del Concilio Vaticano II. Se esforzaba por involucrarnos al máximo a nosotros, los recién llegados. Era fiel a nuestras entrevistas individuales mensuales. Yo aprovechaba su disponibilidad para expresarle mi decepción respecto a muchos aspectos de la antigua *Regla*: el paternalismo y la deferencia extrema hacia los superiores; la rutina, el orden de precedencia que creaba una jerarquía de tipo

²⁴ Relato reconstruido a partir de notas personales.

monástico en la que ningún hermano era igual a otro; y las numerosas devociones comunitarias que se parecían más a una recitación apresurada que a una verdadera oración. Durante esas entrevistas individuales, Marcel me animaba a hacer preguntas y me proporcionaba artículos extraídos de la revista *Review for Religious* sobre las esperanzas que albergaba para la renovación del instituto.

Esperaba con impaciencia la primera conferencia de Marcel con todos nosotros. Tenía muchas ganas de saber qué me esperaba en mi primer semestre en la universidad. Él no era un orador nato, así que estructuró sus ideas en dos partes. En primer lugar, expresó su temor de que la rápida evolución de la actualidad relacionada con el Concilio Vaticano II, y las personalidades que dominaban la prensa católica y universitaria, nos incitaran a malgastar nuestras fuerzas empantanándonos en los dieciséis documentos del Concilio Vaticano II. Nos hizo comprender que debíamos centrarnos en los cursos a tiempo completo para obtener nuestro título de profesor. Nos disuadió de prestar demasiada atención a la política y a las controversias de la Iglesia. Lo expresó así: «Seguir las luchas internas entre liberales y conservadores en el seno del concilio puede resultaros interesante a nivel personal, pero eso conduce a disputas. Dejad la política de la Iglesia en manos de vuestros profesores de teología». Subrayó que el único documento del Concilio Vaticano II que estudiaríamos juntos de manera formal, dentro del programa del escolasticado del siguiente semestre, sería éste: *Perfectæ caritatis*.

Tras repartirnos el folleto del decreto, Marcel pasó a la segunda parte de su exposición, que versaba sobre nuestra participación en la revisión de la *Regla* de 1927. Nos presentó los ambiciosos planes del consejo general para redactar una nueva *Regla* con el fin de revitalizar nuestra vida religiosa. Su mensaje fue claro: en *Perfectæ Caritatis*, los padres del Concilio Vaticano II habían abolido la *Regla* de 1927, bajo la cual todos habíamos pronunciado nuestros votos. Esa antigua *Regla* había sido revocada. Había quedado sin efecto. No habría vuelta atrás.



A continuación, el hermano Marcel presentó el tema de estudio de nuestro escolasticado para el semestre de otoño de 1965. Íbamos a contribuir a los esfuerzos del Instituto para sustituir la *Regla* abolida por otra revitalizada. Nos hizo comprender que todos los miembros de todas las congregaciones de la Iglesia estaban llamados a adaptar su *Regla* a los tiempos modernos, con el fin de vivir los votos con mayor convicción y evangelizar mejor el mundo cambiante de hoy. Nuestra participación como escolásticos era crucial, subrayó, debido a nuestra juventud: «Vosotros sois el futuro». A continuación, anunció el plan en dos etapas del consejo general para la renovación de la *Regla*:

1. Cada provincia y distrito enviaría a Roma propuestas para revisar nuestra *Regla* de acuerdo con los documentos del Concilio Vaticano II.
2. Al cabo de unos meses, el superior general convocaría un capítulo general extraordinario en el que cada provincia y distrito presentaría sus propuestas para un nuevo texto de la *Regla*.

Tras reiterar que la Iglesia y el instituto nos ofrecían una oportunidad única para dar forma a la renovación de nuestra *Regla*, Marcel nos exhortó a aprovechar el semestre para leer y asimilar el decreto *Perfectæ Caritatis*. A continuación, nos dividió en grupos de trabajo y nos pidió participar plenamente en ellos. Todos los comités del escolasticado tenían el mismo objetivo: profundizar en el decreto y comprender sus “principios” y sus “prescripciones” para la revisión de las *Reglas*.

Marcel concluyó diciendo: «Nuestros comités se centrarán en los párrafos 1 a 8, destinados a institutos apostólicos como el nuestro». No estudiamos las secciones relativas a las formas especializadas de vida religiosa (véase el anexo A).

Nos sentimos motivados por esta oportunidad de sembrar las semillas del futuro del instituto. Con el apoyo de Marcel y de nuestros compañeros escolásticos, estábamos deseando ponernos manos a la obra. Un grupo de escolásticos comenzó de inmediato a redactar preguntas para el debate y puntos de reflexión con el fin de facilitar el trabajo de nuestros comités. Otros se ofrecieron voluntarios para enviar una crónica mensual para informar a las tres provincias estadounidenses sobre nuestras actividades. Algunos incluso preguntamos si sería posible asistir al próximo capítulo

provincial en el verano de 1968, ya sea como observadores o como portavoces, para transmitir a los delegados con derecho a voto del capítulo las ideas surgidas de nuestros comités de escolásticos.

Octava parte – Testimonio presencial

Capítulo provincial de 1968²⁵

Tras haber trabajado durante tres meses en los comités del escolasticado, estábamos deseando participar activamente en lo que se anunciaba como un capítulo provincial histórico. Cuanto más nos preparábamos, más convencidos estábamos de que comprendíamos bien los principios de *Perfectæ Caritatis* (véase el anexo A) y de que teníamos algo que aportar. Lo que lo hacía aún más atractivo era formar parte de un movimiento internacional a escala de toda la Iglesia. Cada provincia de cada instituto religioso dedicaba sus recursos a «revestirse del hombre nuevo, creado, según Dios, en justicia y santidad, conforme a la verdad» (Ef 4, 24).

El nuevo provincial, el hermano Hubert Bonnette, a quien nosotros, los de primer año, habíamos conocido durante su visita a nuestro noviciado, quería animarnos. Los hermanos jóvenes de toda la provincia confiaban en él. En palabras de uno de ellos: «Era apasionante ser un hermano joven durante su mandato; su nombramiento nos sorprendió gratamente». Los puntos fuertes de Hubert eran el diálogo y el trabajo en equipo. En su primera carta a los hermanos, escribía: «Nunca he sido capaz de trabajar solo. Necesito hablar con los demás, necesito consejos. Hoy más que nunca, necesito consejos. Si no los pido, es porque no sé qué pedir. No me siento capaz de asumir el cargo de provincial, pero creo que todos somos capaces de hacerlo». Los hermanos con más experiencia lo admiraban por su gusto por la consulta, su capacidad de escuchar y su confianza en sus consejos. También era un director escolar muy perspicaz y competente, que daba mucha importancia a la comunicación abierta. Durante la oración de apertura del capítulo provincial, el hermano Hubert nos dio la bienvenida a los escolásticos y expresó un vivo deseo de involucrar a los miembros más jóvenes de la provincia en las deliberaciones —sin derecho a voto, por supuesto—. El simple hecho de estar entre los responsables de la provincia en una reunión de tal envergadura nos hizo sentir importantes.

²⁵ Relato reconstruido a partir de notas personales.

Desde nuestra perspectiva como escolásticos, esperábamos presentar a los delegados nuestras mejores ideas, preguntas y sugerencias sobre el contenido de una *Regla* renovada. Nos halagó que Hubert y los delegados consideraran nuestras reflexiones dignas de interés. Su acogida nos permitió sentirnos vinculados a la provincia. Nos dio confianza y nos ayudó a expresar nuestras esperanzas respecto a la renovación solicitada por el Concilio Vaticano II.

Para resumir la labor de nuestro comité escolar, seleccionamos cinco afirmaciones extraídas de los principios de *Perfectæ Caritatis* que habíamos considerado esenciales para renovar la *Regla*. Creamos un grupo de debate. Su responsable presentó los siguientes pasos:

1. Explicamos por qué habíamos dado prioridad a algunos principios del decreto frente a otros.
2. Invitamos a los delegados del capítulo a que nos hicieran llegar sus comentarios y preguntas sobre nuestras propuestas de cambio.
3. Propusimos una serie de temas y cambios, y pedimos a la curia provincial que los transmitiera a Roma.

Durante una pausa en los trabajos del capítulo, el hermano Hubert nos llamó a nosotros, los escolásticos del grupo de debate, a una mesa en la sala del capítulo. Estaba manteniendo una animada conversación con dos hermanos mayores. Tras invitarnos a unirnos a ellos, el provincial pidió al más mayor que repitiera una pregunta que habían planteado entre ellos antes de nuestra llegada. El hermano que estaba más cerca de Hubert lo miró primero a él y luego nos miró a nosotros.

Tras carraspear un poco, se lanzó a decir: «Vosotros, hermanos jóvenes, nos decís, tal y como está escrito aquí en el párrafo 3, que nuestras *Reglas* y nuestras *Constituciones* han sido suprimidas. ¡Es una palabra fuerte: suprimidas! Además, decís que esta supresión viene del Papa. Esta mañana, en vuestro grupo de debate, se me ocurrió una pregunta, pero se me quedó atascada en la garganta. No pude plantearla en voz alta». Hizo una pausa antes de continuar.

«Esta es nuestra pregunta: ¿qué fallaba en la antigua *Regla*? ¿No se están saltando un paso? ¿Acaso no deberían averiguar primero qué fallaba en la antigua *Regla* antes de intentar corregirla?». Los demás hermanos

mayores asintieron, dejando que la pregunta flotara en el aire en medio de un silencio tenso.

Un segundo hermano mayor tomó la palabra: «Sí, decidnos qué es lo que falla en la antigua *Regla*. La seguimos desde antes de que nacierais y nadie nos ha dicho nunca que planteara problemas».

Hubert intervino en un tono prudente: «Me alegro de que ambas generaciones estén aquí para que podamos dialogar juntos, jóvenes y mayores. En primer lugar, para los de más edad, me gustaría empezar con una observación general. Me parece que todos dramatizan un poco demasiado. Por un lado, las palabras “¿Qué falla?” tienen un tono combativo. Esas palabras ponen a todo el mundo de los nervios. Es como preguntarle a alguien: “¿En qué fallas tú?”. El hermano Hubert continuó: «Durante una mesa redonda sobre *Perfectæ Caritatis* en la que participé con provinciales y miembros de la sociedad de derecho canónico, nunca escuché ni el más mínimo atisbo de crítica a nuestra antigua *Regla*».

Hubert continuó: «Analicemos lo que dice realmente el decreto. Fíjense en el primer párrafo. Dice que nuestra *Regla* debería revisarse para “procurar un mayor bien a la Iglesia” y “encontrar formas de seguir a Cristo con mayor libertad”. Luego, en el párrafo 3, nos pide «adaptar nuestra *Regla* a los decretos del Santo Sínodo». Sería bueno que nos detuviéramos, respiráramos profundamente y escucháramos estas tres frases con el corazón abierto. Hagamos una pausa en silencio para ello».

«Juntos, sin dramas ni juicios, sobre todo durante este capítulo, vamos a mantener conversaciones serias sobre nuestra *Regla*. Éstas son las tres preguntas del decreto a las que debemos responder:

1. ¿Cómo puede nuestra *Regla* mejorar la Iglesia?
2. ¿Cómo puede nuestra *Regla* ayudarnos a actuar con mayor libertad?
3. ¿Cómo podemos adaptar nuestra *Regla* a las enseñanzas del Concilio Vaticano II?»

«Debemos dejar de lado palabras como “bien” y “mal”, “deber” y “no deber”. No sirven de nada para escuchar bien ni para obedecer».

Hubert se dirigió entonces directamente a nosotros, los escolásticos:

«Me gustaría decirles a ustedes, hermanos jóvenes, que, a raíz del Concilio Vaticano II, muchos de nuestros mayores se enfrentan a cambios trascendentales en sus vidas. Al escuchar a algunos de nuestros hermanos más fieles y observantes, he llorado y he pasado por muchos momentos dolorosos a causa de esta tormenta provocada por los cambios en la Iglesia. Los tiempos cambian muy rápidamente, y nosotros, los hermanos, nos vemos obligados a cambiar con ellos. Hay cambios radicales en la vida religiosa, pero también los hay en las escuelas. No he encontrado respuestas fáciles ni decisiones sin estrés».

«Voy a contarles una historia que me enseñó lo que ocurre cuando, por un lado, dramatizamos demasiado nuestros conflictos y, por otro, no escuchamos con atención a nuestros mayores.

Un hermano que ya peinaba canas vino a verme para pedirme consejo. Cuando le entregaron la Regla de 1927 era profeso temporal, con el pelo negro y rizado. Entonces se la llamaba “la nueva *Regla*”. Su maestro de novicios le había hecho comprender que esta nueva *Regla* tenía el peso adicional de la aprobación pontificia. El Papa la había sellado con su anillo. Aquel anciano y fiel hermano miró fijamente a Hubert y declaró sin rodeos: «Hermano provincial, pronuncié mis votos según esta *Regla* aprobada por Su Santidad el papa Pío XI». [Le tendió su libro negro de Reglas]. «Y tengo la intención de conservarla como mi *Regla*. No quiero ni puedo cambiarla por una nueva». Su voz sonaba ahora tajante. «Mi conciencia, tras más de cincuenta años de estricta fidelidad, me impide participar en cualquier proceso ilegítimo destinado a modificar nuestra *Regla*».

Hubo un largo silencio. Hubert nos miró a nosotros, los escolásticos. «Ese hermano era alguien que, a lo largo de los años, se había negado rotundamente a celebrar su aniversario de profesión como lo hacían sus hermanos. Cuando pronunció sus primeros votos, exageró su primer acto de obediencia para convertirlo en un acto de rebeldía. Lo convirtió en un pacto indisoluble consigo mismo. No intenté suplicarle ni convencerlo apelando al voto de obediencia. Percibía en él una seguridad de acero. Lo único que pude decir fue: «Hermano, un dilema tan doloroso debe estar carcomiéndote».

Él respondió: «No. Concerté una cita con el arzobispo. Me dio la razón y me concedió un indulto y su bendición. Me siento en paz». «Sin embargo —concluyó Hubert—, todo lo que me dijo ese hermano y la forma en que lo dijo me hicieron ver que hacía mucho tiempo que no se sentía en paz».

Tras su relato, el hermano Hubert decretó un “descanso para estirar las piernas”. En 1968, ese eufemismo se refería a la necesidad de salir a fumar un cigarrillo. A nuestro regreso, dijo: «Tengo otra historia que contarles. Es menos deprimente. Se trata de mí. ¿Quieren escucharla? Seré breve, porque los delegados volverán en diez minutos para otra sesión del capítulo».

Empezó diciendo: «Durante una de las muchas noches de insomnio que han precedido a este capítulo provincial, cogí un *Annuaire* de una pila que había sobre mi mesita de noche. Debo confesar que no leo mucho el *Annuaire*, salvo para consultar las estadísticas de las provincias. Me llamó la atención el título “Posconciliar” en la necrológica de un hermano recientemente fallecido de otra provincia. Según el artículo, se había formado en la misma época que el hermano del que acabo de hablarles. Se llamaba Luis. Comienza así:

«A la *Regla* de 1927 la llamábamos “la *Regla* negra”; pero para la generación que vivió los años dorados de la aprobación pontificia, se presentaba como la obra de oro por excelencia. El hermano Luis había recibido la misma formación sobre la *Regla* que la mayoría de nosotros de esa generación.

Al principio, como a muchos hermanos, no me gustaba la nueva *Regla de vida*. Cuando salió, tuve la sensación de estar teniendo visiones y de estar soñando, como se suele decir²⁶. De las antiguas *Reglas* que teníamos que aprender de memoria, no quedaba nada, o casi nada. Mi primera reacción fue: “Esta *Regla* no es una *Regla* ni nada que se le parezca”.

Eso fue antes de que me topara con un libro del padre Jean Galot, un jesuita belga que escribió durante y después del Concilio sobre la renovación de la vida religiosa. El libro que me conmovió se titulaba

²⁶ Hechos de los apóstoles 2, 17

Portadores del soplo del Espíritu. Al leerlo, empecé a comprender algo nuevo, de lo que hasta entonces nunca había tomado conciencia: la *Regla* ideal no es un conjunto de preceptos cotidianos que hay que respetar o de tradiciones profundamente arraigadas que hay que seguir, sino que consiste en seguir al Cristo del Evangelio. El libro del padre Galot fue para mí como una luz nueva que me permitió apreciar mejor la excelencia de nuestra nueva *Regla de vida*».

Hubert añadió: «En concreto, era un hermano “de la vieja escuela” que, como muchos de nosotros, tenía dificultades con el lenguaje de la nueva *Regla*. Del mismo modo, como muchos de nosotros, bromeaba al respecto, pero evolucionó del pasado al presente y se propuso el reto de estar abierto al Espíritu. Leyó la *Regla de vida* con el corazón abierto y la mirada puesta en el Evangelio. Supo cómo descender a lo más profundo de sí mismo y reconstruir nuevos conceptos sobre los antiguos».

El hermano Hubert concluyó animándonos a imitar la decisión del hermano Luis: vivir el presente sin una nostalgia excesiva por las normas del pasado. Hubert destacó la importancia de leer los documentos del Concilio y de realizar lecturas espirituales, tal y como hacía el hermano Luis. También prometió publicar listas de esos libros y distribuir cintas de audio para actualizar las bibliotecas con lecturas espirituales en las comunidades locales.

El hermano Xavier Werneth, historiador de la provincia, resumió así el capítulo provincial de 1968:

«Fue un capítulo histórico en muchos sentidos. Una votación general permitió elegir a veinte delegados. Otros veinte, entre ellos los responsables locales, participaron de pleno derecho. También había observadores, tanto jóvenes como mayores. Por lo general, los capítulos provinciales duraban dos o tres días, pero este capítulo especial, marcado por el espíritu de diálogo y consenso del hermano Hubert, duró veinticuatro. Nunca antes un capítulo había sido tan bien preparado por comités de coordinación especiales. El capítulo provincial de 1968 marcó un verdadero punto de inflexión en la historia de la provincia. No sólo legitimó firmemente los cambios del Concilio Vaticano II, sino que invitó a cambios mucho más radicales».

En cuanto al proyecto de *Regla* redactado por el capítulo de Nueva Orleans y enviado al capítulo general extraordinario de 1968, constaba de 31 páginas. Cada uno de sus seis capítulos se dividía en dos partes. En primer lugar, una “declaración ascética” en forma de párrafos ofrecía reflexiones inspiradoras destinadas a dividirse en artículos de la *Regla*. A continuación, se enumeraban una serie de “puntos jurídicos” derivados de la declaración ascética, con la idea de que se convirtieran en artículos de la constitución.

En ese momento, nosotros, los escolásticos de Mobile, dejamos de ser testigos presenciales. Nos contrataron como personal de publicación. El secretario del capítulo nos encargó que mecanografiáramos las distintas revisiones de las declaraciones ascéticas y los puntos jurídicos a medida que iban evolucionando. Ayudamos en fotocopiar, pegar y encuadernar todo; y posteriormente en la distribución de los documentos a los delegados para que los estudiaran en comisión antes de la votación. El capítulo de 1968, de una duración excepcional de casi un mes, llegaba a su fin. Los folletos debían estar perfectos; íbamos a enviarlos a Roma.

Al releer mis apuntes tomados de primera mano sobre la renovación a nivel provincial, me doy cuenta de que fue ambicioso por mi parte basarme en el relato directo de un solo hermano para resumir la evolución de nuestra *Regla* renovada a escala provincial. Mi conocimiento de las demás provincias del instituto era muy limitado. Cada capítulo provincial de 1968 fue una experiencia única que dio lugar a resultados distintos. No obstante, espero que les resulte útil lo que presencié durante el capítulo de la antigua provincia de Nueva Orleans en 1968. Por limitada que sea, quizá mi experiencia les traiga recuerdos, personalidades, conversaciones y anécdotas, si les evoca experiencias, responsables o figuras de sabios que hayan conocido en sus provincias y que hayan desempeñado papeles importantes durante la fase provincial de la renovación de la *Regla*.

Novena parte – Testimonio presencial

Capítulo canadiense de 1968²⁷

En el verano de 1968, el instituto contaba con veintisiete entidades. Algunas eran provincias; otras, distritos. Todas debían cumplir el mismo plazo para convocar a su propio capítulo con el fin de presentar en Roma un proyecto de *Regla* posconciliar. El tiempo apremiaba y el nerviosismo estaba en su punto álgido. El capítulo general extraordinario convocado por el Concilio Vaticano II debía comenzar en noviembre de 1968.

Algunas provincias ya se encontraban muy avanzadas. Por ejemplo, incluso antes del inicio del Concilio Vaticano II, las siete canadienses habían comenzado a redactar su proyecto en el marco de un intenso esfuerzo conjunto que duró seis meses. Bajo la dirección del hermano Maurice Ratté, provincial de Arthabaska, el comité de los siete provinciales canadienses celebró doce sesiones de un día de duración cada una, que culminaron en una reescritura completa de las *Constituciones*. Algunas secciones dieron lugar a seis borradores distintos. Los provinciales habían organizado tres asambleas plenarias de su comité de revisión de las *Reglas*. Este comité, de gran influencia, realizó un esfuerzo concertado para revisar por completo los artículos de las *Constituciones* y concebir principios de carácter motivador, destinados a convertirse en artículos de *Regla* que fueran fieles al espíritu, más allá de la letra, de sus textos recién redactados.

Ya de vuelta en Roma, en el seno del consejo general, el reverendo hermano Josaphat estaba cada vez más preocupado por los comentarios que recibía de los provinciales del instituto. Su mensaje era inequívoco. El hermano Maurice, provincial de Arthabaska y decano de las siete provincias canadienses, escribía lo siguiente al consejo general: «No es que los hermanos no sean capaces de observar la *Regla*, es que la *Regla* ya no se adapta a los hermanos».

El hermano Josaphat, consciente de que se encontraba en un momento decisivo, se sentía desesperado: «Tengo la sensación de que, debido a los tiempos turbulentos que atravesamos, nuestras estructuras tradicionales están a punto de desmoronarse». Escribió una carta especial pidiendo a

²⁷ Resumen redactado por hermanos de las provincias canadienses.

los provinciales realizar un estudio específico de las *Reglas* y las *Constituciones* señalando los elementos que considerasen obsoletos. Esta invitación liberó una energía considerable. Las respuestas de los provinciales que llegaron a Roma eran exhaustivas y reflexivas. Según el hermano Josaphat, la mitad de las provincias y distritos habían realizado el trabajo tal y como él había previsto. «Pero —añadió—, Canadá fue mucho más allá, idemasiado lejos! Querían cambiarlo todo». No estaba dispuesto a aceptar una reforma completa, pero no podía ignorar la oposición de los provinciales a su rígida defensa de la *Regla* de 1927. Por ejemplo, el provincial de Chirac, en Francia, le respondió:

«Se descuidan demasiadas normas porque no se perciben como un medio real para orientar nuestra vida. Las consideramos prescripciones anticuadas, sin conexión vital con nuestro mundo real. No vemos cómo los numerosos problemas cruciales a los que nos enfrentamos podrían resolverse mediante las insignificantes prescripciones que figuran en la *Regla*».

Décima parte – Testimonio presencial

Mi vocación 1959-1960

Hoy recuerdo que, durante los meses previos al impactante anuncio del papa Juan, mantuve correspondencia con el director de vocaciones de la provincia de Nueva Orleans; la última carta se la envié el 13 de enero de 1960. Ingresé en el programa de formación de la provincia de Nueva Orleans el 10 de septiembre de ese mismo año.

Como me iba bien en los estudios y mis dos hermanos mayores no paraban de alabar el colegio de los Hermanos, donde estudiaban, yo quería saber más sobre ellos. La larga trayectoria de la misión de los Hermanos del Sagrado Corazón en Baton Rouge, y su reputación, habían cautivado mi imaginación. Le pedí a mi hermano mayor Paul, que entonces estaba en primero de bachillerato, que me llevara al colegio católico donde los hermanos educaban a los chicos desde la década de 1890.

Un día, al acabar las clases, Paul me llevó hasta allí. A la entrada de la casa de los hermanos, me encontré en medio de un grupo de jóvenes hermanos y alumnos que reían y bromeaban juntos. ¡Qué acogida tan agradable! Yo estaba radiante de alegría. Cuando pregunté si podía ver al director, me

respondieron que estaba ocupado. Alguien dijo que había visto al hermano Hubert en el campo de deportes detrás del edificio escolar. Cuando apareció por la esquina del muro de balonmano, la sorpresa me dejó petrificado. Yo esperaba ver una sotana y un maletín, como en los folletos sobre las vocaciones. Pero el hermano Hubert llevaba una bolsa de golf, una gorra de béisbol negra y naranja de CHS, una camiseta y unos pantalones caqui. Dijo sonriendo: «Intentaba evitar que mis drives acabaran en el foso de arena». Su actitud relajada me dio la impresión de estar ante un tío querido más que ante un director de colegio.

Se quitó la gorra de béisbol, dejando al descubierto su pelo pelirrojo y sus pecas. Se volvió hacia mí, ese niño fácil de distinguir entre el grupo de estudiantes de secundaria, y me dijo poniéndome la mano en el hombro: «¿Quién eres?» Y luego: «¿Cómo te llamas?» Respondí: «Me llamo Bernie». Repitió mi nombre mientras me estrechaba la mano. «Serás nuestro tercer Couvillion aquí», dijo. «¿Dónde está Michael?» Respondí: «Después del colegio, empaqueta las compras por encargo en Food Town». Entonces, el hermano Hubert cruzó la mirada con mi hermano mayor, Paul. «Paul, ¿y tú dónde trabajas?» «En Ray's Automotive Body Shop, en Greenwell Springs Road. Me voy para allá ahora mismo».

Hubert tuvo la última palabra: «Quédate por aquí, Paul. Viendo la velocidad con la que el hermano Laurent y el hermano Virgil se apresuran por ganar la carrera de quién llega primero a misa cada mañana, pronto te necesitaremos para arreglar los coches de los hermanos. ¡Los dos!»

Me cautivó la autenticidad y la amabilidad de los hermanos durante ese primer encuentro en su ambiente. A partir de entonces, empecé a observarlos y a hablar con ellos con más atención en la iglesia parroquial y durante las clases de refuerzo después del colegio. Estaba rodeado de maestros religiosos. Los Hermanos del Sagrado Corazón y las Hermanas de San José de Bourg [más tarde de Medaille] alimentaron mi deseo de convertirme en hermano.

Cuando llegó el momento de presentar mi solicitud oficial para el programa de formación, nuestra directora, la hermana Joseph Donald ²⁸,

²⁸ Nuestra madre le puso ese nombre a su sexto hijo en honor a las Hermanas SSJ de la Escuela del Sagrado Corazón de Baton Rouge, Luisiana.

me dijo que el director de vocaciones de los hermanos le había escrito para decirle que yo necesitaría una carta de recomendación firmada por ella y por el párroco. Cuando me enseñó el sobre con la carta, me sentí bastante incómodo al escuchar de su boca la palabra “párroco”... ¡Monseñor Gauci! Unas semanas antes había pasado por las clases de cuarto para darnos una charla sobre las vocaciones y reclutar seminaristas. Al comienzo del curso escolar, había venido a ejercer cierta presión —con insinuaciones culpabilizadoras— sobre los chicos de la clase para que se apuntaran como monaguillos. Para mí, eso era impensable. No me veía en el altar, vestido con una túnica almidonada, sosteniendo la patena de la comunión o memorizando respuestas en latín que no podía ni pronunciar ni entender. Sobre todo, no quería convertirme en alguien como Michael Hoff, a quien mis compañeros de clase y yo considerábamos el “enchufado” de los profesores. Desde que monseñor Gauci lo había nombrado jefe de los monaguillos con elogios públicos, se había vuelto aún más rígido, piadoso y repulsivo de lo que ya era. Para que monseñor Gauci firmara mi formulario de recomendación, la hermana Joseph Donald me sacó de clase y me indicó la casa parroquial, frente al gran patio empedrado de la escuela. Crucé Main Street y subí los escalones hasta llegar ante un magnífico timbre de cobre. Llamé y oí resonar el carillón en el interior. Pasó una eternidad antes de que oyera los pasos del ama de llaves cruzando el suelo de terrazo.

Me abrió y me dijo: «Ha llamado la hermana. Monseñor le espera». Tras un breve trayecto siguiéndole los pasos, llegué ante una puerta con un cristal esmerilado. Una placa de cobre anunciaba: Rt. Rev. Mons. Paul Gauci. El ama de llaves llamó a la puerta. Una voz con acento extranjero respondió: «Pase, joven». El ama de llaves abrió de par en par la puerta y me hizo señas para que entrara. Mientras se alejaba haciendo mucho ruido, observé el despacho de Monseñor. Me sentía muy pequeño en aquel entorno: sillones altos de cuero, muebles de madera tallada. El párroco estaba de pie detrás de su gran escritorio, vestido con una sotana con forro violeta, junto a estanterías casi dos veces más altas que yo, rodeado de los gigantescos retratos enmarcados de sus predecesores.

No sabía qué hacer. Nunca había hablado directamente con Monseñor, ni siquiera a través de la reja del confesionario. Unos años después de nuestra primera confesión y nuestra primera comunión, el párroco había sido ascendido al rango de monseñor. Aquel día, los alumnos habían

formado un elegante desfile en el patio del colegio, seguido de una procesión que se dirigía a la iglesia del Sagrado Corazón. Una escolta policial, con las luces de emergencia encendidas, bloqueaba el tráfico en Main Street. Los Caballeros de Colón, con las espadas en alto, las capas y las plumas de avestruz al viento, formaban una guardia de honor para que el clero, ataviado con sus ornamentos litúrgicos dorados, cruzara la calle. El papa Pío XII había enviado a un cardenal dignatario para representarlo. Al final de la procesión, cuatro miembros de la junta parroquial lo flanqueaban, sosteniendo los varales de un dosel para proteger del sol al cardenal.

Las hermanas nos habían preparado minuciosamente para este acontecimiento único, impartiendo lecciones sobre la jerarquía católica, los colores simbólicos y las insignias. Concedían especial importancia al forro morado de la sotana y al sombrero que distinguía a un sacerdote elevado al rango de monseñor.

En el despacho del párroco, con la mirada fija en las enormes fotos de ese desfile que colgaban detrás de su sillón, me sentía minúsculo. Estaba sentado en una silla demasiado majestuosa para mí y me esforzaba por no arrugar el formulario que debía entregarle para que lo firmara. Lo dejé sobre el escritorio del párroco con la esperanza de que hiciera rápidamente aquello para lo que había acudido a su despacho. Me sorprendió que, antes de coger el formulario, me hiciera preguntas sobre mi padre. No debería haberme desconcertado, pues sabía que papá era miembro de la junta parroquial. En aquella época, durante las misas dominicales, el párroco necesitaba hombres en cada puerta de entrada para vigilar las urnas de madera con una ranura en la parte superior, por donde cada cabeza de familia introducía su sobre al entrar en la iglesia. Más tarde, también descubrí que cada año, antes del inicio del curso escolar, papá visitaba al párroco para pedirle una exención de las tasas de matrícula. Obrero sindicalizado en una fábrica a orillas del río, tenía ocho hijos a los que alimentar, vestir, enviar a la escuela católica y mantener sanos en una época en la que los médicos sólo hacían visitas a domicilio. Cada mes, también tenía que pagar las facturas del coche y de la casa, las cuotas sindicales y los gastos del seguro.

Al comienzo de mi cuarto curso, el Serra Club²⁹, un grupo católico masculino que fomenta las vocaciones en Estados Unidos, había organizado un concurso de redacción en colaboración con las religiosas que impartían clases de cuarto curso en los distintos colegios católicos de Baton Rouge. La idea era describir los beneficios que podríamos obtener si nos convirtiéramos en hermanos, religiosas o sacerdotes. Con el apoyo del director de vocaciones de los hermanos y las Hermanas de San José, me inscribí en el concurso tras releer los folletos vocacionales de los hermanos. Escribí sobre los hermanos que conocía y sobre mi deseo de enseñar con ellos. Había descrito la forma viril y amistosa en que los hermanos trataban a los alumnos. Sentía que ser hermano me acercaría a Dios sin ser lo que nosotros, los niños, llamábamos “un san José. Me interesaba una vocación activa y no una vocación “eclesiástica”. No sé qué esperaban “los Serras”, ipero gané el concurso! La placa grabada y la mención elogiosa que mi madre tuvo colgadas en la pared hasta su muerte probablemente descansan en paz en los archivos de la provincia. Después de sesenta y cuatro años, me daría demasiada vergüenza releer hoy lo que mi mente inmadura de cuarto de secundaria plasmó en el papel.

Volviendo a monseñor Gauci: mientras él pronunciaba palabras amables sobre mi padre, me preocupaba ver que el formulario sin el cual no podía hacerme hermano seguía intacto sobre su escritorio. Mi ansiedad aumentó cuando, de repente, me llamó por mi nombre. Entonces se lanzó a decir: «Tu director me ha dicho que eres un alumno muy brillante. Eso significa que eres lo suficientemente inteligente como para hacerte sacerdote. Pero esto —levantó el formulario— indica que sólo quieres hacerte hermano. Había pensado que aspirarías a algo más. Uno de tus compañeros, que tiene notas tan excelentes como las tuyas, va a ingresar en el seminario menor en septiembre. ¡Estaría orgulloso de llevaros a los dos allí para poder presentaros como dos brillantes futuros sacerdotes de nuestra parroquia!»

¡Uf! Me dejó sin aliento. Esa insinuación sobre la inferioridad de los hermanos, de la que probablemente había convencido a mi compañero de clase y a otros aspirantes a la vocación, me conmovió profundamente.

²⁹ *Serra Internacional* es el apostolado laico global dentro de la Iglesia Católica dedicado a fomentar y promover las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa consagrada. Bautizada en honor a San Junípero Serra, la organización cuenta con cerca de 1.200 clubes en 46 países.

Nunca antes había percibido esa actitud negativa. Me sorprendí a mí mismo por la rapidez y la firmeza de mi respuesta: «¡Quiero ingresar con los Hermanos del Sagrado Corazón!»

Monseñor no añadió nada más. Firmó el formulario, me dio la mano y me dijo que se lo llevara a la hermana Joseph Donald para que ella se lo enviara al director de vocaciones. No conseguía pensar con claridad. El acento extranjero de Monseñor y la idea de asistir a un seminario con un chico al que nunca había apreciado no se me quitaban de la cabeza. Volví a la escuela a toda prisa.

Subía los altos escalones de la entrada cuando la hermana salió a abrirme la puerta principal. Me miró, me levantó la barbilla con un dedo para mirarme a los ojos y me dijo en tono de broma: «Parece que has visto un fantasma». No sonreí. Ella tomó con delicadeza el formulario firmado por el párroco, lo introdujo en el sobre previsto para tal fin y lo colocó en su buzón de correo con su propia recomendación. Para volver a clase, atravesé los pasillos vacíos y ocupé mi sitio en la clase de la hermana Élise. Mi pupitre estaba cerca de una ventana que me ofrecía una vista de la casa parroquial de ladrillos amarillentos que me hubiera gustado olvidar.

Mucho más tarde, tras mi ingreso en el juniorado, supe que muchos novicios y hermanos tenían cosas que contar sobre lo que habían oído de boca de católicos, miembros del clero e incluso de sus propias familias, comentarios que hoy denomino “el insulto de segunda clase”: «¿Por qué no llegaste hasta el final?» Bajo la apariencia de una broma, se difunde la idea falsa y descabellada de que la vocación de hermano es inferior a la de sacerdote. No intenté responder a la pregunta de un compañero de clase de cuarto curso: ¿por qué alguien querría ser hermano en lugar de sacerdote? Para responder sin resentimiento, durante mis estudios en Roma tuve el tiempo, las herramientas y el impulso necesarios para abordar ese error, por lo que decidí escribir una versión actualizada para adultos de mi redacción sobre la vocación para el Serra Club. La encontraréis en el anexo. Le he puesto como título las palabras de Jesús: «Todos somos hermanos».

Nuestra vocación

*El camino de un hermano, espacio sagrado:
por el trabajo y el servicio
nuestros corazones derraman la gracia
con manos que sanan y palabras que guían.
En la fraternidad de una vida compartida codo con codo,
en la oración y el trabajo, nuestros espíritus se elevan,
en las tareas cotidianas encontramos mucho más:
una vida de amor, de paz, de luz,
en gestos sencillos que brillan con tanta intensidad.
Con una fe tan firme como las altas montañas,
levantamos el mundo y tocamos el cielo.
En la fraternidad encontramos nuestra vocación,
una vida llena de alegría y esperanza para todos.*

Undécima parte – Un guía para la Vida: Bernabé

Hasta ahora, me he expresado principalmente en primera persona, compartiendo relatos, recuerdos y sentimientos personales de aquella época en la que intentaba seguir la llamada del Espíritu para convertirme en Hermano del Sagrado Corazón, en un momento crítico del proceso de renovación de nuestra *Regla*. También he intentado ofreceros mi punto de vista sobre los hermanos que desempeñaron un papel clave con su ardiente respuesta al Big Bang del papa Juan XXIII. En esta undécima parte, mi voz dará paso a la de la Iglesia, que pronunció sus primeras palabras durante la conversión de Pablo en el camino de Damasco y que sigue dirigiéndose directamente a nosotros, Hermanos del Sagrado Corazón, a través de la *Regla de vida*.

Me detengo aquí para plantear una pregunta fundamental: ¿qué es una *Regla de vida*? La Iglesia confirma la respuesta dada en el capítulo I, artículo 4. Califica la *Regla de vida* como «una guía para nuestra unión con Dios y con nuestros hermanos en Cristo». En una palabra, la *Regla* es una guía. El papa Juan, al hacer de la conversión de Saulo el icono determinante del Concilio Vaticano II, quería hacernos comprender que la *Regla de vida* es ante todo una guía hacia la conversión. Volvamos a la emblemática historia de la conversión de Saulo en Pablo. En primer lugar, tiene lugar en una comunidad de creyentes de Damasco, formada por

judíos recién convertidos al “Camino”, como se llamaba entonces al cristianismo. Su terror es enorme cuando Saulo irrumpe en sus casas blandiendo cadenas y órdenes de detención. La mayoría desconfía profundamente de su repentina conversión. Lo ven como un caballo de Troya que, si confían en él, no tardará en reanudar las detenciones que lo llevaron a su ciudad. Los nuevos cristianos de Damasco muestran una desconfianza agresiva ante la autenticidad de esta conversión. Sin embargo, la gracia bautismal del Espíritu Santo actúa: un líder digno de confianza se levanta para convencer a sus compañeros reticentes de que crean en la conversión de Pablo y en el milagro de su vista recuperada. Este líder es Bernabé.

Tengamos en cuenta que, para describir la *Regla*, la Iglesia utiliza la palabra “guía” y no el término compuesto “libro-guía”. La guía que la Iglesia ha validado es mucho más que un libro. Al igual que las Escrituras, nuestra *Regla* es una herencia de sabiduría, fe, oración y talentos destilados por generaciones de hermanos que, desde hace más de dos siglos, dan vida al carisma de Andrés Coindre. Podemos considerar nuestra *Regla* como un guía humano para nosotros, del mismo modo que Bernabé es un guía humano para Pablo, quien no habría podido superar las tormentas de su conversión sin Bernabé, jefe de los ancianos del Camino. Pablo se aferra a Bernabé como a un hermano espiritual y un alma gemela. En los *Hechos de los apóstoles*, decenas de pasajes describen a Bernabé como un compañero indispensable para Pablo en sus pruebas. En los *Hechos* y en sus cartas, Pablo se refiere a Bernabé como alguien que asume numerosas funciones: misionero, apóstol, instrumento del Espíritu, líder creativo, organizador, compañero, benefactor y mediador, especialmente conocido por sus exhortaciones. La *Regla de vida* ha sido redactada con esmero para ser todo eso para nosotros. Pablo se apoya en los dones humanos y espirituales de Bernabé para que le guíen mientras soporta, vive y difunde la buena nueva de su conversión. Del mismo modo, podemos confiar en nuestra *Regla* —fundada en la experiencia humana que la creó— para que nos guíe y nos sostenga en las múltiples conversiones que el Espíritu ha suscitado a lo largo de nuestra fundación y su evolución. En este comentario, examinaremos dos tipos de conversiones: las conversiones fundacionales vividas por nuestros predecesores históricos y las conversiones personales que nos brinda nuestra fidelidad a la *Regla de vida*.

Duodécima parte – Conversión de Saulo en Pablo, 34 d.C.

El papa Juan formuló claramente el objetivo del impulso apasionado que le llevó a convocar el Concilio Vaticano II: llamar a la Iglesia, que entraba en su segundo milenio, a la conversión. Como hemos visto, al anunciar el Concilio el día en que Saulo el perseguidor se convirtió en Pablo el apóstol, quería celebrar el “día fundacional” de la conversión en la Iglesia. Pablo era su piedra angular; los discípulos y compañeros de camino de Bernabé constituían su primera congregación. Las Escrituras parecen indicar que la conversión de Pablo fue instantánea, pero nada más lejos de la realidad. Es cierto que comenzó con un cambio radical; sin embargo, la conversión continua que le siguió fue un proceso dolorosamente lento que marcó toda la vida de Pablo y la de las comunidades cristianas que él fundó:

*En el silencio de la ceguera de Pablo, se alzó un susurro divino,
una llamada fundacional, una chispa nueva.
Él conocía a la Iglesia en su estado embrionario,
como una cuerda primitiva en una sinfonía de Amor, no de Ley.
Desde ese lugar de Gracia,
las iglesias domésticas desplegaron sus alas luminosas.
En una danza de luz, un mundo nuevo cobró vida
El corazón de Pablo latía con fuerza,
maravillado ante aquella visión.
Vio cómo la fe se encendía.
Se unió a la carrera, lideró la lucha:
la conversión del caos en un poema de fe.
Ante la presión del tiempo, un nuevo paradigma.
Con la fe y los discípulos, codo con codo,
vislumbró el plan de Dios,
tan vasto, tan misericordioso, tan majestuoso.*

Podemos afirmar sin dudarle que Pablo fue el prototipo y el “fundador” de la conversión cristiana. Tomaremos el episodio de Damasco como telón de fondo para comprender el carácter central de la conversión en nuestra *Regla de vida*. Pero podemos aprender y comprender muchas cosas al respecto al revivir algunas historias de conversión más cercanas a nuestro instituto. Me gustaría denominar “conversiones institucionales” a las conversiones vividas por nuestros ilustres antepasados. La historia de nuestro instituto está llena de hermanos de alma generosa que se

enfrentaron a grandes adversidades, con un deseo ardiente y una dedicación tenaz a la misión que nos legó nuestro fundador, ese creyente intrépido. En los párrafos siguientes, repasaremos nuestra historia para descubrir lo que significó la conversión para seis de nuestros predecesores. Sus vidas ilustran los cambios y la dinámica de conversión que ha vivido el Instituto, que culminaron con el Big Bang del Concilio Vaticano II, el cual transformó la renovación de nuestra *Regla de vida*.

Decimotercera parte – Conversión fundacional **Andrés Coindre: del púlpito a la prisión, 26 junio 1821**

Andrés Coindre, un joven sacerdote en el caos de la Francia posrevolucionaria, visita las cárceles de Lyon. Se queda atónito al comprobar que allí se encierran a niños de apenas ocho años, reclusos sin distinción junto a delincuentes reincidentes. Utiliza los términos “repugnante” y “perverso” para describir a los hombres encerrados en esas cárceles. El preámbulo minimiza de forma burda la realidad de lo que allí ocurre. Dice que el padre Andrés salvó a unos niños. Pero “salvar” es una palabra demasiado neutra para describir los horrores de los que es testigo. Esa escena sombría y de pesadilla le conmueve el alma y le repugna. A un director de prisión de la época le debemos una descripción gráfica del peligro al que se veían expuestos los niños en las cárceles de entonces, tanto en Lyon como en toda Francia:

««Apenas aparecen en el umbral de su nuevo hogar, la mayoría de los prisioneros adultos ya los devoran con una mirada repugnante y lasciva, y parecen decir a los guardias que intentan separarlos aquellas palabras tan elocuentes de los habitantes de Sodoma a Lot: “¿Dónde están los hombres que han venido a ti esta noche? Tráenoslos para que abusemos de ellos” (Génesis 19, 5). ¡Pobres niños! ¡Ya están condenados a horribles sufrimientos; ya han sido valorados, vendidos, rifados a los dados y marcados con el nombre del comprador o del ganador!»³⁰

La sórdida degradación de la que es testigo en las cárceles de Lyon persigue al padre Coindre y despierta en su corazón una poderosa llamada a la conversión. Entonces toma una decisión que le cambia la vida.

³⁰ cf. L-A. Bellemare, s.c. *Le Pieux-Secours revisité* (Annuaire 2018-2019)

La formación del joven sacerdote en el seminario no le había preparado en absoluto para un trauma semejante. Al finalizar sus estudios, el personal del seminario escribió en su evaluación: «Se ha distinguido no sólo por sus cualidades sacerdotales, sino también por sus notables dotes de orador». Su carrera en el ministerio se perfila a partir de estos comentarios. El cardenal Fesch lo selecciona entre los seminaristas más prometedores para una formación especial en predicación y oratoria. Los vicarios generales y los clérigos de la diócesis quieren reclutarlo para que se convierta en un activo para una sociedad de predicadores que se está creando, con el fin de atraer a los fieles a las iglesias y garantizar el restablecimiento de la coalición prerrevolucionaria entre la Iglesia y la Corona. Una conversión personal impulsa a Andrés a salvar a esos chicos. Pero, por desgracia, esta conversión no cuenta con el apoyo de sus superiores eclesiásticos, que incluso se quejan ante el alcalde de que Andrés malgastó su talento de predicador de primer orden con jóvenes sin futuro.

El proyecto del clero diocesano de incorporarlo a una carrera como predicador es evidente. A esos muchachos se les considera una molestia, una distracción que hay que ignorar. El clero insiste en intentar reclutar a Andrés para que se convierta en miembro de pleno derecho de una congregación de predicadores que se está fundando. Andrés Coindre tiene que tomar una decisión: seguir su sincera conversión y rehabilitar a los niños maltratados, o hacer voto de vivir en una sociedad de misioneros. Su respuesta es un no rotundo a los misioneros. Decide acoger a los muchachos en su corazón. Compra y abre el Pío-Socorro, y luego funda los Hermanos del Sagrado Corazón, en el marco de un audaz plan destinado a crear y dirigir un lugar de refugio para los muchachos que, de otro modo, echarían a perder sus vidas en el infierno sin esperanza de la cárcel. Su suerte le lleva a una conversión movida por la compasión. Abandona inmediatamente la casa de los misioneros para irse a vivir con los hermanos y los chicos a quienes educan, siguiendo su intuición inspirada, que consiste en dar esperanza primero a los jóvenes presos y, después, a los alumnos de las escuelas abandonadas de los pueblos.

Decimocuarta parte – Conversión fundacional

H. Policarpo: de la expansión a la renuncia de sí mismo

Con la esperanza de poder estabilizar el instituto gracias a su carisma como reclutador y maestro de novicios, el hermano Policarpo pone en marcha un programa de noviciado con ocho novicios en el Pío-Socorro, en Lyon, la única propiedad que posee el instituto. Pero la Revolución francesa aún no ha terminado. Resurge con renovada virulencia durante la Revolución de 1830. Los anticlericales avivan las brasas mal apagadas del Terror para sofocar los últimos estertores de la Iglesia de Francia. Los combates se recrudecen en los barrios de los trabajadores de la seda, en los tejados que rodean al Pío-Socorro, donde se alojan los novicios. El ruido de los cañonazos y las balas que rebotan por todo el edificio, mezclados con los gritos y las palabrotas de los anarquistas, obligan a tomar la desastrosa decisión de cerrar el noviciado y enviar a los ocho novicios de vuelta a casa. Durante varios años, no se produce ningún nuevo ingreso.

Esto supone, en sí mismo, una profunda crisis para el hermano Policarpo. Él asume en solitario la responsabilidad de la captación de nuevos miembros y la expansión del instituto. La tarea se complica. El desánimo acecha. Son muchos los hermanos que abandonan, y el hermano Policarpo comprende que el frágil instituto habría perecido de no ser por la presencia de una decena de hermanos animados por una fe y una determinación lo suficientemente fuertes como para seguir adelante. Velar por el crecimiento del instituto se convierte en su principal objetivo. Para él, es una misión personal y la obra de su vida. Gracias a su compromiso inquebrantable y a su sabia dirección tras el desastroso mandato de Vicente Coindre, toma las riendas de una obra que sólo cuenta con sesenta hermanos y una docena de centros. En lugar de dejarse llevar por el desánimo, redobra sus esfuerzos, revitalizando el instituto hasta alcanzar los 400 hermanos y 70 escuelas. Durante este periodo de prosperidad es cuando la energía vital del hermano Policarpo se desplaza de la gestión de la expansión hacia la profundización de la conversión religiosa y la renuncia de los hermanos a sí mismos.

Quizá este cambio se deba a la extrema fragilidad de su salud. En un momento dado, le escribe al hermano Alfonso, que está en América: «Estuve a punto de no poder escribirle nunca más. Acabo de recuperarme

de una enfermedad que me ha tenido al borde de la muerte. Los primeros días del mes pasado empeoré mucho y pensé que me iba al otro mundo, pero nuestro buen Dios me concedió unos días más».

El deterioro de su salud acentúa la renuncia del hermano Policarpo a sí mismo. En las cartas de dirección espiritual que intercambia con los hermanos de la colonia americana, comienza a escribir con creciente convicción sobre la renuncia como conversión para seguir a Cristo: «Veo con gran alegría», escribe al hermano David³¹, «que progresáis en la virtud y la perfección, lo cual me sirve de prueba de vuestra fidelidad a la gracia; me encanta, sobre todo, vuestro avance en la humildad y la superación del amor propio, y me da la más dulce esperanza de que procuréis al Señor mucha gloria... Las dificultades, las preocupaciones y las pérdidas no deben ser un obstáculo para vuestro avance hacia la virtud y la perfección; al contrario, deben contribuir en gran medida a ello, porque a través de todos esos reveses es como se aprende a morir a uno mismo y a vivir únicamente en Dios y para Dios... Todo ello ha sido una serie de lecciones para desprenderse de uno mismo». Al incluirse a sí mismo mediante el uso del pronombre “uno”, el hermano Policarpo propone su propio camino de conversión, marcado por la renuncia a sí mismo, como un itinerario espiritual que espera difundir en la colonia misionera que observa a través de los ojos de Dios. Añade: «Sé por experiencia que las pruebas y las tribulaciones son obra de Dios; pero la Providencia ha querido estampar este sello de desapego sobre nuestra obra de Mobile».

Los hermanos embarcados en el Anna se aprestan a recorrer la última etapa del viaje hacia Mobile y ven cómo la isla francesa de Guadalupe se aleja a sus espaldas. Como todas sus escalas habían tenido lugar en territorio francés y el Anna era un barco francés, ¡en realidad nunca habían abandonado Francia! Al alejarse definitivamente de Guadalupe, último bastión de “la patria”, desprenderse de todo lo que era francés iba a suponer una conversión radical para ellos. Quizás nunca volverían a pisar su patria. Además, dejar atrás la cultura, la lengua y las formas de pensar francesas iba a trastornar sus vidas, exigiéndoles una renuncia total a sí mismos.

³¹ Hermano Policarpo, *Mis queridísimos hermanos*, Cartas XXV, XXX, XXXVII

Tras veinticinco días bajo el calor ecuatorial de Guadalupe, el Anna levanta por fin anclas para emprender la última etapa de su viaje. Los cinco misioneros ven cómo desaparecen en el horizonte los lazos que los unían a su identidad francesa. La primera carta que escriben desde América a sus hermanos mayores en Paradis evoca su vulnerabilidad, su renuncia a sí mismos y su sentimiento de pérdida: «Nos llevaron al orfanato, donde encontramos a veinticinco huérfanos, todos muy pequeños, y ahí fue donde comenzaron nuestras preocupaciones y nuestra confusión. Imaginen, si pueden, nuestra dolorosa situación. Sin saber ni una palabra de inglés, teníamos que guiarlos y ocuparnos de todas sus necesidades. Intentamos comunicarnos con gestos, pero les resultaba incomprensible, ¡excepto a uno o dos de ellos! En lugar de desanimarnos, nos pusimos a trabajar día y noche para aprender inglés. Empezamos a entender algunas palabras aquí y allá, y al cabo de tres meses nos hacíamos entender. ¡Pero qué inglés!»

Decimoquinta parte – Conversión fundacional 1966 **Reverendo hermano Jules – De la autoridad personal a la** **autoridad colegiada**

Al asumir la responsabilidad de revisar la *Regla*, el hermano Jules Ledoux emprendió la colosal tarea de reorganizar y revisar por sí solo las *Constituciones* de 1927. Sus dos objetivos eran conservar tantos artículos como fuese posible de la “Regla negra” y adoptar ciertos términos del Concilio Vaticano II. Su obra de 166 páginas, que remitía minuciosamente a las *Constituciones* existentes, era un triunfo personal al que dio el presuntuoso título de *Revisión de las Constituciones*. Era su síntesis personal. Esperaba que la Sagrada Congregación la aprobase sin demora como nueva ley de nuestro instituto. Sin embargo, en lugar de una carta aprobando su texto, un *motu proprio* sorpresa del papa Pablo VI aterrizaba en su escritorio como una bomba sin detonar.

Este decreto inesperado cerraba la oficina de la Sagrada Congregación encargada de aprobar las *Constituciones*. Establecía nuevas y ambiciosas normas para la renovación de la vida religiosa, insistiendo en que «la tarea de los capítulos generales no se limita a promulgar leyes, sino a infundir a los institutos un nuevo impulso de vida espiritual y apostólica». Además, el decreto del Papa exigía una consulta en la que debían participar todos los hermanos del instituto. También exigía al hermano Jules a convocar

un capítulo general especial expresamente para esta consulta. El decreto del Papa exigía asimismo que los institutos organizaran ensayos experimentales. De hecho, el papa Pablo VI retiró la cinta roja decorativa y el sello papal del libro oficial de nuestras Constituciones pontificias de 1927.

El pasado queda obsoleto; no hay forma de que el hermano Jules y su consejo salven lo insalvable. Se ven obligados a hacer lo que habían evitado con tenacidad: declarar obsoleta la *Regla* de 1927 y convertir radicalmente nuestro instituto al espíritu del Concilio, cuyo impulso lleva la vida religiosa por caminos impredecibles. El hermano Jules sufre enormemente al tener que tirar por la borda su meticulosa obra. Su gran amigo, el hermano Louis-Régis Ross, delegado del capítulo, percibe bien lo que está en juego para el reverendo hermano: «Fue la gran prueba de su mandato como superior general, si no de toda su vida». Al igual que Saulo en el camino de Damasco, Jules ha apostado demasiado por la defensa de la antigua ley. Afortunadamente, aunque desconcertado, el reverendo hermano se resigna a obedecer el exigente decreto del papa Pablo y a admitir que el Señor le llama a una conversión radical.

Gracias a Dios, al igual que Bernabé entabló amistad con el apóstol Pablo tras su conversión, el reverendo hermano Maurice Ratté, primer asistente del hermano Jules, se alía con él para sumarse a la renovación prevista por el Papa. El reverendo hermano y su vicario, tras años de tensión entre ellos, pasan de la desconfianza mutua a la confianza, de la rivalidad a la fraternidad. En el clima transformado por la autoridad del papa Pablo, el reverendo hermano Jules acabó retirando su candidatura para controlar el proceso de revisión de la *Regla*. Confió la dirección de la revisión de la *Regla* al hermano Maurice. Éste fue el primer paso de conversión colegial del hermano Jules. Más allá de eso, Jules entabló vías de comunicación con las autoridades del Vaticano y se comprometió personalmente a asimilar y dominar el mensaje de *Perfectæ Caritatis*, *Lumen Gentium* y *Ecclesiæ Sanctæ*, que hasta entonces había mantenido a distancia.

En circulares dirigidas al instituto, comienza a escribir reflexiones favorables sobre los documentos conciliares y a esforzarse por permitir que los hermanos se adentren plenamente en el pensamiento de la Iglesia. Explica, pero sobre todo exhorta: «Que cada uno rece, medite y estudie por la gloria del Sagrado Corazón, el bien del instituto y el crecimiento

espiritual de cada hermano, incluso de aquéllos que se consagrarán después de nosotros al servicio de Cristo y de su Iglesia». El antiguo superior general, de carácter obstruccionista, pone su brillante mente y su gran corazón al servicio de los documentos que los padres del Concilio Vaticano II habían dirigido a los religiosos. No es una conversión fácil. El hermano Jules se siente abrumado: «Es imposible comprenderlo todo... hay tanto que considerar». Sin embargo, está decidido a ayudar a los hermanos del instituto a comprender mejor el *aggiornamento* del Concilio. Les propone el siguiente resumen, de su propia autoría, con el fin de aclarar las enseñanzas esenciales del Concilio Vaticano II:

- El Derecho canónico ya no utiliza el término “vida religiosa” para describir el estado de vida de una persona que ha pronunciado votos. Pide que nosotros, y las congregaciones como la nuestra, hablemos de “vida consagrada”.
- Nuestra consagración no es algo que hacemos. Se deriva de la consagración recibida como un don total en nuestro bautismo.
- El bautismo es un don de gracia y de fraternidad con Jesús que no merecemos mediante ejercicios espirituales ni buenas obras.
- Nuestra vida consagrada es una respuesta libre y adulta, y no una disciplina, ni algo que iniciamos nosotros, ni algo que nos impone un superior.
- No es nuestra fidelidad lo que nos consagra, sino Jesús quien se une a nosotros.
- La misión que llevamos a cabo se centra en las necesidades de los demás, y no en las nuestras.
- La actitud de la antigua *Regla*, que consistía en hacernos perfectos o agradables a Dios, es intrínsecamente egoísta, opuesta a la apertura apostólica y orante hacia Cristo, hacia la Iglesia y hacia la juventud.

Oración de consagración del hermano Jules Ledoux

Padre celestial, por la gracia de nuestro bautismo, nos has llamado a una vida consagrada, no por nuestra iniciativa ni por nuestros méritos, sino como un don de tu amor y tu gracia infinitos.

Al abrazar esta unción sagrada, que nuestros corazones se llenen de gratitud por la fraternidad que compartimos en Jesús, nuestro

Salvador. Ayúdanos a comprender que nuestra consagración proviene de tu generosidad divina y no de nuestros propios esfuerzos.

Que podamos responder libre y voluntariamente a tu llamada, sabiendo que es gracias a la unión de Jesús con nosotros, y no por nuestra propia fidelidad, por lo que somos consagrados. Guíanos para que centremos nuestra misión en las necesidades de los demás, reflejando tu amor en todo lo que hacemos.

Aparta de nosotros la búsqueda de la perfección por sí misma. Dedícanos, más bien, al apostolado y a la oración por Cristo, la Iglesia y los jóvenes.

Gracias a tu amor sin límites, encontramos nuestra fuerza. En tu misericordia infinita, encontramos nuestra esperanza.

Únenos en tu Espíritu y guíanos por el camino de la conversión del corazón, siempre centrados en tu voluntad, tal y como la revelas a través de nuestra Regla de vida. Te lo pedimos en nombre de Jesús, tu Hijo y nuestro Hermano.

Decimosexta parte – Conversión fundacional

Hermano Maurice Ratté – Del mérito a la gracia

Para comprender la conversión del hermano Maurice, hay que remontarse a las *Constituciones* de 1927. El primer artículo define la naturaleza de nuestra congregación en estos términos: «El Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón es una sociedad de personas que viven bajo una disciplina común reconocida por la Iglesia con el fin de ayudarse mutuamente a alcanzar la felicidad eterna». “Alcanzar” es la palabra que plantea un problema. En este contexto, significa “ganar”.

La *Regla* de 1927 educó a Maurice en la idea de ganarse la salvación por sus propios esfuerzos. Lo mismo puede decirse de todos los que hemos pronunciado nuestros votos según esa *Regla*, que hacía de la adquisición de méritos para ir al cielo nuestra principal motivación para ser virtuosos. En el capítulo 11, sus normas nos exhortaban a regular nuestra conducta y a practicar mortificaciones con el fin de “ganar méritos” para “promover

nuestra salvación”. El enfoque de ganarnos la salvación crea una imagen de Jesús como el secretario de un juez que examina las pruebas para ver si hemos adquirido suficientes méritos para salvarnos. Salvarnos a nosotros mismos es una herejía difundida por Pelagio en la Iglesia primitiva. Fue condenada oficialmente porque socavaba la necesidad de la gracia divina para la salvación. Pero ha persistido en la zona oscura de nuestro corazón cristiano donde reprimimos nuestras angustias.

Una vez nombrado papa, Juan XXIII designó a algunos de los teólogos más prometedores como expertos del Concilio. Durante su año sabático en la Universidad de París, el hermano Maurice se dejó convencer por los teólogos más brillantes que allí se encontraban, convirtiéndose en admirador y discípulo de Maurice Zundel, un sacerdote y teólogo espiritual suizo dotado de una profunda experiencia espiritual. Dirige retiros en universidades y casas religiosas de toda Europa y predica un retiro de Cuaresma para la casa papal y la curia.

Durante sus estudios en París, así como durante el Concilio Vaticano II, el hermano Maurice descubre con fascinación los escritos de Zundel. Queda profundamente conmovido. De ello se deriva una conversión del corazón que le lleva a creer que es Dios quien nos salva, y no nosotros mismos. Se aferra a estas palabras de Zundel: «Ya estamos salvados. Como cristianos bautizados, estamos liberados de toda inquietud respecto a nuestra salvación. No se trata de salvarnos a nosotros mismos». En sus retiros, Zundel exhortaba a convertirse, a dejar de “sobornar” a Dios con nuestros méritos y a depositar toda nuestra confianza en su amor. «Lo hemos envenenado todo —escribía—, al convertir el cristianismo en una religión que consiste en salvarnos a nosotros mismos, haciendo el odioso cálculo de depositar nuestras buenas obras en una cuenta de ahorros para ser recompensados con intereses. ¡Es vil! Debemos amar a Dios por lo que es, amar a Dios para darle un lugar en nuestro interior donde pueda derramar su vida en nosotros, donde pueda mostrarnos su amor. Es imposible hacer un trato a la baja con Él»³². Fue, pues, Maurice Zundel quien sembró las semillas de la conversión de Maurice Ratté, llevándolo a pasar de las tendencias pelagianas de nuestra *Regla* de 1927 a la confianza en el amor salvador de Dios.

³² *Lumen Gentium* par. 40-46. cf. 1 Cor. 7, 31

Las enseñanzas de Zundel fueron claramente confirmadas por *Lumen Gentium*³³, probablemente el documento más influyente del Concilio para los religiosos con votos. Este es el texto pertinente: «Llamados por Dios, no por sus obras, sino por su designio misericordioso, justificados en Jesús, nuestro Señor, los discípulos de Cristo se han convertido verdaderamente, por el bautismo de la fe, en hijos de Dios, partícipes de la naturaleza divina y, por ello mismo, realmente [consagrados]».

Como presidente del comité editorial encargado del capítulo 1 de la nueva *Regla*, el hermano Maurice se encargó de citar *Lumen Gentium* y de que la nueva *Regla* comenzara con el lema de su conversión: Dios es amor.

Oración: En el camino de la Regla de vida con Maurice Ratté

Oh, Sagrado Corazón de Jesús,

Siguiendo el ejemplo del hermano Maurice Ratté, te confiamos nuestros corazones, buscando encarnar tu amor divino en cada etapa de nuestro camino, según la Regla de Vida con el hermano Maurice. Que nuestras vidas den testimonio de tus dones inefables, mientras nos esforzamos por encender el fuego de tu amor en el corazón de todos aquéllos con quienes nos encontramos. Guíanos para que nuestra oración sea una con nuestro ministerio, para que nuestra devoción brille con una llama viva que ilumine el camino hacia tu Sagrado Corazón.

Oh, Divino Maestro,

Inspirados por la conversión del hermano Maurice, permítenos beber de las profundidades de tu sabiduría. Ayúdanos a curar las heridas de los jóvenes —la ignorancia, el abandono, la descristianización, la miseria y la injusticia— con compasión y determinación. Dale al hermano Maurice la fuerza para encontrar la esperanza como una presencia entre nosotros, transformando nuestras pruebas en actos de amor y servicio. Haz de nuestra Regla de Vida una quilla estable para enderezar nuestro camino, profundizar nuestro deseo de ti y hacer de nuestra misión la tuya.

³³ Constitución dogmática sobre la Iglesia, 21 nov. 1964.
Votos a favor 151, en contra 5

Oh, Salvador amoroso,

La vida del hermano Maurice ha sido un faro de tu amor, que ilumina el camino hacia una conversión profunda. Que sepamos escuchar su voz profética, integrando nuestra devoción en nuestra misión apostólica. Al enfrentarnos a los desafíos de nuestro tiempo, recordemos sus palabras: «El amor de Cristo debe pasar por nuestro amor humano, de tal manera que ambos se conviertan en uno solo». Une nuestros corazones al tuyo, para que crezcamos en una confianza inquebrantable en el don de tu salvación.

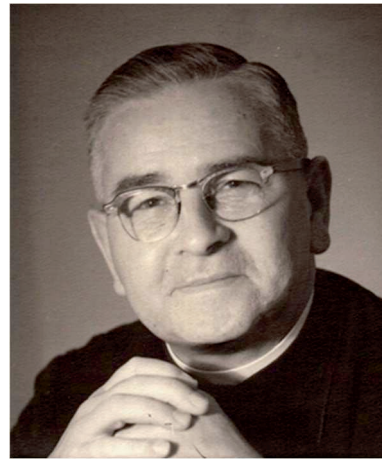
Oh, Luz eterna,

Siguiendo los pasos del hermano Maurice, queremos dedicarnos por completo a tu servicio. Que nuestras vidas reflejen la unión entre la oración y la acción, entre la devoción y el apostolado. Mientras recorremos el camino sagrado a través de la Regla de vida con él a nuestro lado, llénanos de la gracia necesaria para guiar a los demás hacia ti.

**Decimoséptima parte – Conversión fundacional
HH. Maurice y Jules: de la rivalidad a la fraternidad 1970**



Hermano Maurice Ratté



Hermano Jules Ledoux

El hermano Maurice Ratté acudió al capítulo general de 1964 en calidad de provincial de la provincia canadiense de Arthabaska. Llegó a Roma con grandes expectativas respecto a la revisión de la *Regla* en el espíritu de *Lumen Gentium*. Durante los meses anteriores, tomó la iniciativa de

organizar la colaboración de los siete provinciales canadienses para la reescritura completa de la *Regla*, basada en los principios y la teología del Concilio Vaticano II. Como decano de la delegación canadiense, lleva en su equipaje el proyecto canadiense ya terminado, optimista y con la esperanza de que el capítulo general considere este documento como una valiosa contribución a los trabajos de los comités del capítulo.

Al mismo tiempo, con la bendición del Reverendo hermano (Josaphat) y de su consejo, fiel a las tradiciones, el hermano Jules, primer asistente, lleva a cabo de forma independiente su propia revisión de las *Constituciones* basándose en la *Regla* de 1927. Los dos proyectos rivales no podrían ser más dispares en cuanto a contenido, estilo y visión. Para tensar aún más la situación, el capítulo elige rápidamente al hermano Jules como superior general y al hermano Maurice, único recién llegado al consejo, como primer asistente del hermano Jules. Maurice sólo tiene 35 años y, animado por sentimientos similares a los de Simeón en el templo, anhela con fervor el Concilio Vaticano II. Jules es más de una generación mayor; su noviciado transcurrió bajo la dirección del ferviente hermano Lucius Vincent, quien impartía a los novicios una clase diaria de catecismo de 3:30 a 4:30 de la madrugada y les hacía recitar de memoria el catecismo de los votos los domingos por la mañana después de la misa mayor.

El hermano Maurice, recién elegido asistente, se da cuenta rápidamente de que el consejo general al que acaba de incorporarse muestra un escepticismo manifiesto hacia el Concilio. Este consejo también hace gala de una lealtad inquebrantable hacia las *Constituciones* de 1927, tal y como se inculcaron en el noviciado bajo el mandato del hermano Lucius. Tras el inicio de las deliberaciones del capítulo general, presidido por el hermano Jules, Maurice y los delegados canadienses del capítulo comenzaron a sentir cierta frustración. Por una amplia mayoría, todas las propuestas del capítulo a favor de modificaciones de la *Regla* tradicional fueron rechazadas. Sólo se aprobaron las propuestas que mantenían el statu quo.

A la luz del Big Bang del papa Juan, se puede comparar al hermano Jules y su obstinado consejo con los fariseos de Saulo, decididos a eliminar a quienes se oponían a las leyes judías. Por otro lado, el hermano Maurice y los provinciales canadienses recuerdan a los cristianos conversos de Damasco que intentaban escapar del yugo del legalismo judío.

En la historia de nuestro instituto, los delegados del capítulo de 1964, deseosos de una profunda renovación en el espíritu de *Lumen Gentium*, se sienten frustrados por quienes siguen el culto a las “normas sagradas” tradicionales. El aggiornamento del papa Juan XXIII irrumpe a pocos kilómetros de allí, en la basílica de San Pedro, mientras en nuestra sala capitular el consejo general se empeña en sofocar cualquier soplo de aire fresco. La mayoría tradicionalista del capítulo sigue afirmando que modificar la *Regla* de 1927 «atentaría contra el patrimonio sagrado en el que nuestros predecesores invirtieron su vida».

Dado que los dos responsables supremos del capítulo, los hermanos Jules y Maurice, no se ponían de acuerdo sobre cómo debía ser nuestra *Regla* posvaticana, se produjo una parálisis. Los delegados se preguntaban cómo salir de ese punto muerto. En el camino a Damasco, son la voz resonante y la luz cegadora de Jesús las que ponen en fuga a las fuerzas de las leyes fariseas. En el camino hacia la tercera sesión del Concilio Vaticano II, es la muerte prematura del papa Juan, víctima de un cáncer. Sin su autoridad, la apisonadora del Concilio Vaticano II que él manejaba corre el riesgo de desmoronarse. Si en su lugar resultase elegido un papa anticonciliar, era de temer que el impulso y el espíritu reformador del Concilio se viesan gravemente comprometidos. Los riesgos eran elevados. El cardenal Boetto Siri, arzobispo de Génova, uno de los cardenales más jóvenes, se perfilaba desde el principio como uno de los candidatos más destacados para asumir las riendas del papado. Su elección alegraría a los hermanos Josaphat y Jules. Sin embargo, era conocido por sus opiniones conservadoras y ocupaba un puesto influyente en el consejo de presidencia de la asociación de padres conciliares tradicionalistas, junto al arzobispo Marcel Lefebvre —excomulgado en 1988 por haber fomentado un cisma— y al cardenal Ottaviani. Eran voces fuertes las que se alzaban contra la visión y los actos del papa Juan.

Durante el cónclave destinado a elegir al sucesor de Juan, los cardenales, preocupados, se dedicaron más bien a buscar a un cardenal capaz de reconciliar a las facciones rivales. Estaba en juego el resultado de la segunda mitad del concilio. El candidato centrista que se impuso fue Giovanni Battista Montini, de Milán. Su elección satisfaría al hermano Maurice y a los delegados del capítulo canadiense.



Papa Pablo VI

Desde el principio, Montini apoyó con entusiasmo la decisión del papa Juan de convocar un concilio ecuménico; participó activamente en todas las sesiones del concilio y demostró un compromiso inquebrantable con sus objetivos. Además, la visión pastoral que desarrolló como arzobispo de Milán se inscribe en el espíritu del Concilio Vaticano II. Ante todo, cree en la importancia de modernizar el enfoque de la Iglesia para responder a las necesidades de la sociedad contemporánea, al tiempo que se preservan sus doctrinas fundamentales. Como muestra de admiración por todas estas cualidades, el cónclave lo eligió papa en sólo tres votaciones. Tomó el nombre de Pablo VI para indicar que seguiría el camino trazado por Juan, al elegir la conversión de Pablo como icono y modelo pastoral del concilio.

El papa Pablo toma rápidamente medidas para responder a las inquietudes de los detractores del papa Juan. Su elección devuelve el ánimo al hermano Maurice y a los delegados de la sección canadiense. Se dedica con diligencia a la puesta en práctica de las reformas del papa Juan, pero vela por que los cambios se lleven a cabo respetando la tradición, al tiempo que fomenta la renovación. Su experiencia ecuménica le permite promover la unidad y el entendimiento, objetivo principal de su predecesor y amigo.

¿Qué efecto tuvo esta elección en el punto muerto en el que se encontraba entonces nuestro capítulo general de 1964? Los delegados del capítulo,

incluida la mayoría tradicionalista, no dejaron de observar que el papa Pablo lograba conciliar el espíritu progresista del Concilio Vaticano II con la continuidad doctrinal que buscaban los cardenales más conservadores. En cuanto al hermano Jules, se muestra a la altura de las circunstancias al aflojar su férreo control sobre la *Regla* de 1927. Se muestra receptivo a los gestos de reconciliación del papa Pablo, viendo en ellos una conversión personal de su propio estilo de autoridad. Vuelve a dedicar sus energías a convencer a los delegados del capítulo de que se adhieran a la línea moderada del papa. El reverendo hermano Jules también comienza a redactar circulares dirigidas al instituto, en las que respalda la teología del Concilio Vaticano II y exhorta: «Que cada uno rece, medite y estudie por la gloria del Sagrado Corazón, el bien del instituto y el crecimiento espiritual de cada hermano entre nosotros y de aquéllos que se comprometan en el futuro con nosotros al servicio de Cristo y de su Iglesia».

¿Qué ocurrió con su *Revisión de las Constituciones* de 1968, ese documento radical de 166 páginas? Renuncia a ella, transformándola en una circular y pidiendo a los hermanos que «mediten sobre ella a la luz de la llamada de la Iglesia a la renovación y a la conversión». Sobre todo, da muestra de una auténtica conversión en su forma de ejercer la autoridad. El hermano Maurice Ratté explicó más tarde su conversión: «El hermano Jules tenía un carácter autoritario. Sin duda, habría preferido un estilo de autoridad monárquico. Sea como fuere, con absoluta integridad, se ajustó al estilo de autoridad que el capítulo deseaba claramente: un estilo decididamente democrático. Era algo ineludible; no había forma de evitarlo. Pero su gran virtud le permitió replantearse sus posturas personales y encontrar en sí mismo el apoyo necesario para aceptar las decisiones de la mayoría, aunque no pudiera hacerlas suyas al 100%. Todo el mundo percibía sus luchas internas... y su grandeza de espíritu».

En lugar de presentar su propio texto, el hermano Jules constituyó, durante el capítulo de 1968, una comisión permanente integrada por miembros del capítulo sin mandato específico, encargada de redactar un texto de trabajo completamente nuevo que serviría de base para nuestra *Regla* renovada. Deja total libertad a esta comisión para adoptar un método de trabajo abierto. Los delegados se suman a la comisión permanente hasta tal punto que el capítulo acaba aprobando el proyecto de la comisión por 55 votos a favor, 2 en contra y una

abstención. A continuación, la comisión permanente propone un plan de nueve capítulos para estructurar la *Regla*, así como un anteproyecto de texto. Ambos se aprueban sin dificultad. Afortunadamente, la conversión de Jules, al pasar del control personal a la dirección colectiva, se transforma en una gracia de colaboración. Finalmente, por una mayoría abrumadora, la asamblea del capítulo expresa su satisfacción por la labor de la comisión permanente, otorgándole un voto de confianza masivo. Los delegados están ahora dispuestos a hacer suyo, de manera colectiva y unificada, el conjunto del proyecto de redacción. A su juicio, el título de la nueva *Regla* también debe someterse a su propia conversión; las *Reglas* y las *Constituciones* reunidas se llamarán a partir de ahora *Regla de vida*.

En palabras del hermano Maurice, «esta *Regla de vida* actualizada no exigirá tanto una fidelidad a normas y prescripciones que nos dicten cómo actuar, cuanto una fidelidad a vivir la vida religiosa de manera auténtica y significativa, teniendo en cuenta las realidades a las que nos enfrentamos en nuestra tarea de educadores profesionales y miembros consagrados de la Iglesia».

La fecha de la votación final, el 9 de enero de 2007, es histórica. Por un lado, coincide con la festividad del hermano Policarpo, quien sin duda velaba en oración, si no es que se mordía las uñas. Más allá de eso, por la gracia de la conversión conjunta de los hermanos Jules y Maurice a la responsabilidad colectiva, este día merece ser celebrado como una fiesta en todo el instituto para conmemorar el voto abrumador del capítulo general que dio origen a la *Regla de vida* de 2007. Hasta ese día bendito, cada vez que había que establecer normas, constituciones u otros textos legislativos importantes, siempre se consideraba que era prerrogativa del superior general presentar el texto que él mismo había preparado, con la esperanza de que el capítulo general ratificara sus deseos. Hasta la histórica votación de 2007, no existía la responsabilidad colectiva en las decisiones legislativas. La norma era la obediencia sumisa.

Se puede considerar la conversión de los hermanos Jules y Maurice, que pasaron de una obediencia autoritaria a una obediencia fraternal, como un auténtico Big Bang. Este acontecimiento trastocó la pirámide jerárquica, instaurando el principio de la toma de decisiones colegiada en todos los niveles del instituto. Una vez unidas las firmes voluntades de los hermanos Jules y Maurice en un espíritu fraternal, se alcanza un claro

consenso sobre la forma de estructurar la nueva *Regla de vida*. Habrá nueve capítulos sobre la *Regla*, paralelos a nueve capítulos sobre las *Constituciones*. En la asamblea plenaria, cada capítulo de la *Regla* es objeto de una lectura final, con un tiempo reservado para proponer enmiendas. A continuación, cada capítulo se somete a una votación decisiva, primero artículo por artículo y luego en su conjunto. Una vez aprobada la votación sobre la *Regla*, la asamblea pasa a un procedimiento de votación similar para las *Constituciones*. A continuación, la *Regla* y las *Constituciones* se someten a una votación global combinada el 13 de marzo de 1970, con un resultado abrumador de 49 votos a favor y 1 en contra.

Tras esta votación, la asamblea promulga oficialmente el texto de 1970, con efecto inmediato. A continuación, disuelve este capítulo general extraordinario y único. Para los delegados, es como si hubieran corrido una doble maratón. Han soportado dos sesiones distintas, de dos meses de duración cada una, separadas por trece meses agotadores pasados en sus respectivas provincias para poner en práctica estos resultados desconcertantes y hacer frente a los retos imprevistos relacionados con este experimento.

El texto de trabajo constituye una legislación totalmente nueva, en consonancia con el espíritu de aggiornamento que impregna la Iglesia. Finalmente, los delegados, que se habían mostrado profundamente divididos en numerosas cuestiones, lo aprobaron por un período de prueba de seis años. Se compone de normas espirituales y constituciones jurídicas, y el capítulo consideró necesario añadir un tercer nivel de legislación al establecer el principio de directorios provinciales obligatorios, que confieren poderes clave a los capítulos provinciales. Los directorios tienen dos objetivos: aplicar los artículos fundamentales de la *Constitución* y adaptar la *Regla* a las diferentes culturas. El funcionamiento conjunto de las *Constituciones* y los directorios garantizará la coordinación de las tareas, fomentará la corresponsabilidad, la subsidiariedad y la participación activa de todos los hermanos.

Hacia el final previsto del capítulo de 1970, el reverendo hermano Jules, que aún puede optar a un segundo mandato de seis años, presenta su dimisión. Explica a los delegados del capítulo que desea «allanar el

camino para la elección inmediata de una nueva administración general que esté dispuesta a tomar el relevo sin descanso»³⁴. Todos interpretan esta dimisión como la culminación de su conversión a la autoridad colegiada. Al dimitir, deposita toda su confianza en su sucesor —todos piensan en el hermano Maurice, quien, por cierto, es elegido rápidamente superior general—. El hermano Jean-Charles Daigneault es elegido primer asistente. Se establece una administración colegiada y se distribuye a todo el instituto un ejemplar encuadernado de la *Regla de vida*. Con ello, el capítulo general extraordinario exigido por *Ecclesiæ Sanctæ* concluye el 13 de marzo de 1970.

A partir de esa fecha, dos capítulos generales sucesivos se encargaron de mantener el diálogo con la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA) con el fin de obtener el decreto definitivo de aprobación de la Iglesia. Esta aprobación tan esperada se concedió a su debido tiempo, tras un examen exhaustivo por parte de la CIVCSVA. Acogidas con una ovación de alegría por parte de los cincuenta y ocho delegados y los nueve miembros de la administración general, estas últimas formalidades canónicas allanan el camino para la validación administrativa de la *Regla de vida* de 1970.

El siguiente capítulo general, celebrado en 1976, decide no introducir más modificaciones en el texto, pero sigue aplicándolo con firmeza a título experimental. El período de prueba se prolonga hasta los doce años, ya que el instituto necesita vivirlo a tiempo completo y a pleno rendimiento, dando tiempo a los hermanos para que se acostumbren a su nuevo lenguaje y a los nuevos rumbos que hay que tomar. Las provincias también necesitarán tiempo para adaptarse a la dinámica inusual del gobierno colegiado.

Para preparar a los hermanos de las distintas provincias para lo que se perfila como una transición compleja y una inmersión total en el espíritu de la *Regla* renovada, los consejos generales y provinciales organizan retiros comunitarios y sesiones de renovación inspiradas en el texto de 1970. Las provincias experimentan nuevas formas de oración comunitaria y adaptan sus programas de formación. A nivel del instituto, el consejo general elabora un anexo especial para la legislación complementaria que

³⁴ *Superiores generales* 1952-1988, p. 85

no requiere la aprobación del Vaticano y establece normas para las estructuras de gobierno modificadas, así como para los directorios provinciales. El hermano Maurice Ratté y su consejo general son reelegidos y reciben un nuevo mandato para seguir al frente y dirigir el instituto, mientras éste afronta el giro de 90 grados trazado por el capítulo general de 1970. El capítulo de 1976 renueva las políticas y el espíritu vigentes desde 1970.

Decimoctava parte – Conversión fundacional

De las apariciones a la Revelación – Cap. general de 1982

El equipo del CIVCSVA en el Vaticano fijó el calendario de audiencias con vistas a la aprobación de nuestra nueva *Regla de vida* para 1984. Con bastante antelación, el hermano Maurice y su consejo constituyeron una comisión internacional formada por seis hermanos, encargada de preparar un texto de trabajo completo para el capítulo de 1982, con el fin de presentarlo al Vaticano.

El “Comité de los seis”, como se le conocía, dirigido por el hermano René Boucher, secretario general, envió un cuestionario a todo el instituto para recabar una amplia variedad de sugerencias y cuestiones que debían estudiarse. Tras pasar dos años analizando las respuestas recibidas, el hermano Maurice se reunió con el citado comité para definir las prioridades de su trabajo futuro. Le importa especialmente que la *Regla* incluya un capítulo dedicado íntegramente a la espiritualidad del Sagrado Corazón, con normas y constituciones plenamente desarrolladas. Es cierto que el texto de 1970, que ya circula por el instituto, contiene varios artículos sobre el Sagrado Corazón, pero éstos se encuentran dispersos en diferentes capítulos. El hermano Maurice desea una síntesis de todos los artículos sobre el Sagrado Corazón, reunidos en un capítulo especial para que ocupen un lugar preponderante en la *Regla de vida*.

El “Comité de los seis” presenta un anteproyecto para el nuevo capítulo. Inmediatamente se percibe un gran interés espontáneo, no sólo durante las sesiones de trabajo, sino también en los pasillos y en las mesas de debate. Un hermano causa sensación al encerrarse en su habitación toda la noche para redactar su propio proyecto alternativo. Otro redacta una propuesta que hace hincapié en el carácter central de la reparación. Ninguna de las dos es seleccionada. Durante una sesión dedicada a la

presentación de los informes de síntesis de cada comité, se perfilan tres tendencias:

- A. Revitalizar el fervor suscitado por las apariciones de santa Margarita María en nuestra vida de oración personal.
- B. Fomentar una mayor participación en las devociones promovidas por los jesuitas: entronización, primeros viernes, cofradías, Apostolado de la oración...
- C. Incorporar en la *Regla* las enseñanzas de Pío XII sobre el Sagrado Corazón, expuestas en *Haurietis aquas*³⁵.

Tras un animado debate, las propuestas A y B quedan descartadas debido a la importancia de la C.

Con el fin de estudiar *Haurietis aquas*, el “Comité de los seis” organiza un debate sobre los párrafos 4, 93 y 104 de la encíclica, con el objetivo de aclarar el impacto que dichos párrafos pueden tener en el borrador del capítulo dedicado al Sagrado Corazón. En estos tres párrafos de *Haurietis aquas*, la postura del papa Pío es firme en cuanto a la necesidad de introducir una corrección teológica que nos sorprende, al igual que a otros institutos consagrados al Sagrado Corazón. Afirma que las devociones tradicionales al Sagrado Corazón no se basan en las Escrituras. El carácter tajante de su postura significa que nuestros institutos se verán obligados a emprender una conversión profunda.

El Papa explica que esta devoción tradicional tenía su origen en apariciones privadas y no en las fuentes más auténticas de la revelación: las Sagradas Escrituras y la liturgia. Escribió: «Está claro que los fieles deben desarrollar su devoción al Sagrado Corazón a partir de las Sagradas Escrituras y de la liturgia sagrada si desean penetrar en su naturaleza profunda». Utiliza su encíclica como palanca para llevar a los institutos dedicados al Sagrado Corazón a una conversión fundamental, pasando de una devoción popular surgida de apariciones privadas en un convento contemplativo de Francia a la revelación bíblica que se remonta a un milenio atrás, a la profecía mesiánica de Zacarías: «Levantarán los ojos hacia aquel a quien traspasaron³⁶».

³⁵ *Haurietis aquas* (1956)

³⁶ Zacarías 12, 10

El Nuevo Testamento confirma e interpreta la revelación del Antiguo Testamento contenida en la profecía de Zacarías. Pío XII cita el Evangelio según San Juan, 19, 31-36: «Entonces los judíos pidieron a Pilato que les quitaran los cuerpos después de haberles quebrado las piernas. Los soldados fueron, pues, y le quebraron las piernas al primero y luego al otro crucificado con Jesús. Cuando llegaron a Jesús, al ver que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza; y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Esto, en efecto, sucedió para que se cumpliera la Escritura: «Ninguno de sus huesos será quebrantado».

El papa Pío añade: «Para las multitudes que pasaban días enteros escuchando atentamente a Jesús, seguramente no era difícil establecer el vínculo entre su promesa de una fuente de “agua viva” que brotaría de su costado y la sagrada profecía de Zacarías». La incipiente conversión de nuestro instituto hacia una espiritualidad del Corazón de Jesús arraigada en la Escritura exige necesariamente alejarse de las imágenes y símbolos sentimentales vinculados a las apariciones de Paray-le-Monial: Jesús vestido con ropas suntuosas; el corazón abierto rodeado de rayos de luz; y la insignia del Sagrado Corazón, que también sirve de símbolo político para los monárquicos franceses.

Era evidente que una espiritualidad del Sagrado Corazón basada en las Escrituras debía abandonar esas imágenes en favor de las imágenes mesiánicas históricas reveladas en el Evangelio. Para el papa Pío, la imagen bíblica, con mucho la más auténtica, del Sagrado Corazón sobre la que meditar es la del corazón traspasado, anunciada primero por Zacarías y contemplada después en el Gólgota por el apóstol amado Juan y por las dos Marías.

Este “acontecimiento del Sagrado Corazón”, en el que brotan sangre y agua del corazón traspasado por la lanza de un asesino, se convertirá en la revelación de una gracia salvadora que llenará de esperanza y devoción no sólo a los testigos oculares y a los papas, sino también a numerosos poetas y creyentes de la época que vivían en el mundo secular.

El acontecimiento del Sagrado Corazón

*Los criminales infligieron innumerables heridas al cuerpo de Jesús
durante quince horas;
la lanzada —la última de esas abominables barbaridades—
desgarró su corazón, entregado por nuestros pecados,
y de él brotaron agua y sangre en dos chorros benditos.
Aunque la herida abierta es prueba de su muerte,
esta maravillosa llaga, fuente mística de vida,
derrama cada gota de su preciosa sangre
para colmar de gracia a la Iglesia, su cuerpo y su esposa.
Su agua viva purifica el barro de Adán
y los bautizados entran justificados.
El motivo de cada dolor de su pasión es el Amor.
Se entregó por completo, pues, mediante su humillación,
la omnipotencia divina elevó a la humanidad³⁷.*

El capítulo general de 1982 vota finalmente a favor de la confirmación y la promoción de nuestra conversión fundacional, pasando de las apariciones místicas a las fuentes bíblicas, según la voluntad del papa Pío. Ese mismo capítulo general vota también a favor de la inclusión del capítulo 8 en la *Regla de vida*, bajo el título “El Corazón de Jesús”. Su artículo 114, al aludir al testimonio de Juan, refuerza nuestra confianza en las fuentes de nuestra espiritualidad procedentes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Asociado al artículo 14, que cita otra fuente bíblica³⁸, funda nuestra espiritualidad en la contemplación de Cristo, cuyo corazón traspasado es signo y revelación del amor trinitario de Dios hacia nosotros. Tanto en *Haurietis aquas* como más recientemente en *Dilexit nos* del papa Francisco, hay un llamamiento apremiante a profundizar aún más en la conversión bíblica llevada a cabo en nuestra *Regla de vida* por el capítulo general de 1982.

La primera carta de san Juan comienza con el testimonio de un testigo ocular que afirma, ante un círculo cada vez más amplio de discípulos, que de la herida del costado de Jesús brotaron inmediatamente agua y sangre, en un acontecimiento histórico de gracia divina. Los testigos más cercanos

³⁷ cf. Margaret Coats, “The wound in Christ’s side.”

³⁸ Mateo 11, 28-30

se aseguraron de que la proclamación del acontecimiento del Sagrado Corazón fuera un testimonio transmitido a la sucesión interminable de discípulos de Jesús.

Nuestro instituto puede considerarse heredero de las enseñanzas de Juan. Tanto él como la comunidad de Éfeso, donde redactó su Evangelio, conocían personalmente a Policarpo, obispo de Esmirna, quien era cercano a Juan y le había oído predicar en numerosas ocasiones. Policarpo confirmó personalmente la autenticidad histórica del relato de Juan. A su vez, lo transmitió a su discípulo y protegido Ireneo, quien lo llevó a Lyon, donde llegó a ser obispo. Hacia los cuarenta años, el obispo Ireneo citó la proclamación de Juan sobre el acontecimiento del Sagrado Corazón en una carta que escribió antes del año 200. Ireneo confirmó posteriormente el relato de Juan, testigo ocular, en Lyon, donde lo encontramos en las notas de predicación de Andrés Coindre.

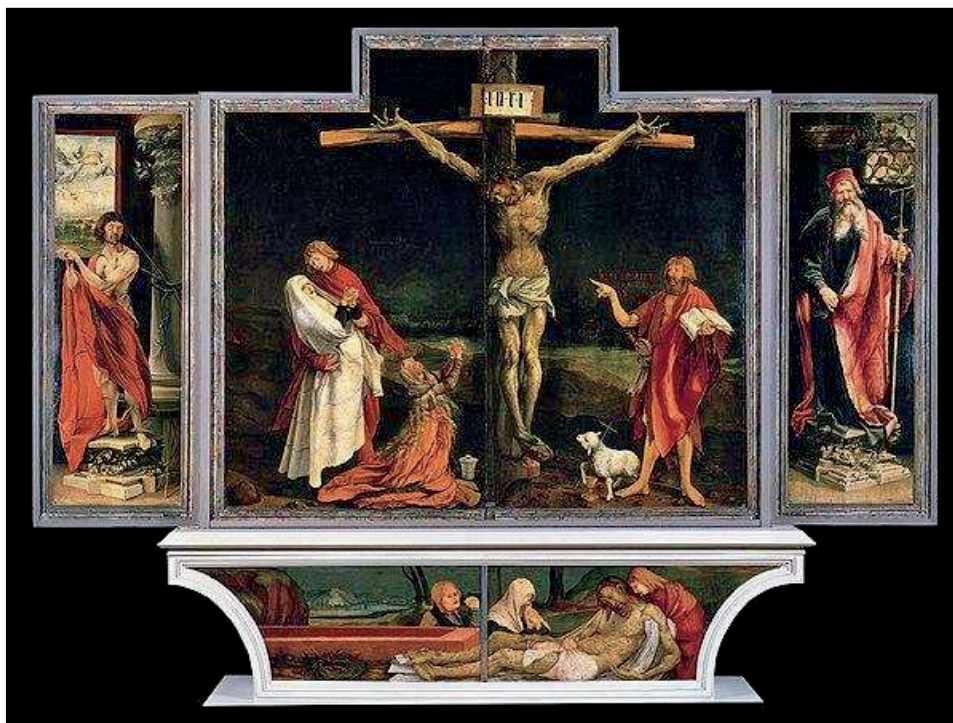
Decimonovena parte – El tríptico de Eisenheim

El borrador inicial de la *Regla* redactado por el hermano Maurice consta de tres partes. Las dos primeras describen la acción de Dios a nuestro favor, mientras que la tercera describe nuestra respuesta. El capítulo consideró oportuno nombrar al hermano Maurice responsable de un comité de redacción general, junto al hermano Jean-Claude Ethier, para armonizar el lenguaje y reforzar la coherencia del texto que, tras numerosas enmiendas votadas en asamblea, presentaba un aspecto inconexo.

Como redactor jefe, el hermano Maurice tuvo la idea de estructurar la *Regla* siguiendo el modelo de un tríptico, una antigua forma de arte sacro compuesta por paneles pintados unidos entre sí mediante bisagras, de modo que se pueden cerrar o abrir para revelar iconos e imágenes sagradas destinadas a inspirar la oración y la conversión de los peregrinos. El panel central de un tríptico suele ser el más grande, flanqueado por paneles pintados más pequeños. Las ilustraciones de los paneles representan escenas o acontecimientos bíblicos importantes, como la Natividad, la Crucifixión y la Resurrección. Hay dos razones que llevaron a Mauricio a elegir los trípticos como guías para leer y orar con nuestra *Regla de vida* renovada: por un lado, atraían a los peregrinos cristianos creyentes a las iglesias y los monasterios; por otra parte, ofrecían lugares

de refugio organizados durante las epidemias de peste. El monasterio de Eisenheim, en Alemania, respondía a estas dos necesidades.

El hermano Maurice percibe una relación entre la adhesión a nuestra nueva *Regla* y el seguimiento de la dinámica espiritual de un tríptico. El tema de la crucifixión del “tríptico” de Eisenheim³⁹ tiene un significado especial para nosotros, ya que, como afirma el capítulo general de 1982, nuestra espiritualidad se deriva de la contemplación del corazón abierto de Jesús en la cruz⁴⁰. Al cerrar este retablo plegando los paneles exteriores hacia dentro, la herida de la lanza en el corazón de Jesús aparece como un icono independiente que invita a la contemplación y a la respuesta que suscita.



³⁹ Denominado, técnicamente hablando, como un políptico.

⁴⁰ cf. artículo 14



En este tríptico, el misterio que representa el artista es el de Jesús despojándose de sí mismo en la cruz por nuestra salvación.

Al comparar la *Regla* con un tríptico, el hermano Maurice nos ofrece una forma de utilizar la gramática visual de los trípticos semejantes a este retablo, como etapas para una lectura espiritual de los capítulos y artículos de la *Regla de vida*.

Las etapas de la oración de la *Regla* se pueden dividir en cuatro partes:

Tríptico /Peregrino	Capítulo o artículo de la <i>Regla</i> / Nosotros, los hermanos
1. El panel superior del tríptico sumerge al peregrino en un misterio de la fe que es un don de la gracia de Dios. El panel central del tríptico de Eisenheim es el punto central de la oración del peregrino: Jesús crucificado por la peste.	1. Elige un capítulo o un artículo de la <i>Regla</i> que describa un don o un misterio de la gracia para situarlo en el centro de nuestra contemplación. Por ejemplo, el capítulo 8; o el acontecimiento del Sagrado Corazón (art. 114).
2. En los paneles inferiores y exteriores, el artista pinta las reacciones de los distintos testigos ante la obra sagrada. En este caso, los testigos son: – Juan el Bautista, que llama a Jesús “Cordero de Dios” ⁴¹ »	2. En los relatos de las conversiones fundacionales descritos anteriormente en las partes 11 a 17, hemos conocido a hermanos que fueron testigos de los dones, las gracias y las iniciativas creativas del Concilio Vaticano II. En este punto, recordamos sus contribuciones para rememorar lo que Dios ha

⁴¹ El título “Cordero de Dios” tiene su origen en Éxodo 12, 1-13. Durante la primera Pascua, en Éxodo, los israelitas recibieron la orden de sacrificar un cordero y untar con su sangre los dinteles de sus puertas para que la última plaga los respetara.

– Nicodemo y las mujeres que ungieron el cuerpo desfigurado de Jesús. – María, Juan y Magdalena, que comparten su dolor, flanqueados a izquierda y derecha por san Sebastián y san Antonio, santos patronos populares a quienes se encomendaban las víctimas de la peste durante las peregrinaciones a santuarios como el de Eisenheim.	realizado a través de ellos en el proceso de renovación de la <i>Regla de vida</i>. Elegimos entre ellos a aquéllos cuyas experiencias nos han inspirado. Elegimos modelos que nos sentimos llamados a imitar en respuesta a los dones inefables de Dios.
3. A través del icono o de la obra maestra sacra, la sensibilidad y la devoción del artista inclinan el corazón del peregrino hacia la oración.	3. Busca las oraciones y los versículos que aparecen en cursiva en este comentario. Recítalos para crear un estado de ánimo propicio para la reflexión, o reza con tus propias palabras.
4. Al contemplar este tríptico, el peregrino se ve invadido por un deseo: «¿Cómo voy a responder a este misterio sagrado?». Medita sobre las reacciones de los testigos representados y, a continuación, elige una respuesta que imitar o poner en práctica.	4. Lee atentamente los artículos de las <i>Constituciones</i> relacionados con el capítulo o los artículos que has examinado en la etapa 1; a partir de ellos, comprométete a dar una respuesta que elijas libremente.

Vigésima parte – Herramientas para una lectura orante de la *Regla de vida*

Gracias al ingenio literario del comité de redacción y a la acertada dirección del hermano Maurice Ratté, varios elementos tipográficos y otros aspectos de la maquetación, aplicados al texto con talento e ingenio, pueden ayudarnos a leer la *Regla de vida* con detalle y en profundidad.

- A. Los artículos de la *Regla* no están redactados en prosa clásica, sino en forma de estrofas poéticas, con el fin de ayudarnos a venerarlos como textos sagrados y a dar gracias a Dios por las extraordinarias gracias que ha derramado sobre nosotros.
- B. Cuando leemos los artículos de la *Regla*, estos nos revelan nuestro ser más profundo y fortalecen nuestra fe interior. Al poner en nuestra boca las palabras “nosotros”, “nuestro” y —en la fórmula de profesión— el “yo” singularmente personal, los artículos de la *Regla* nos ofrecen numerosas ocasiones para formular actos de fe y de deseo profundamente personales, inspirados por el Espíritu Santo.
- C. A diferencia de las *Reglas*, los artículos de las *Constituciones* están redactados en forma de párrafos estándar y objetivos. Su lenguaje es el propio de la toma de decisiones cotidianas. En algunos pasajes, las *Constituciones* emplean expresiones jurídicas para definir las competencias de los superiores y los procedimientos de gobierno. A través del lenguaje constitucional es como la *Regla de vida* establece objetivos y expectativas firmes para el bien común.
- D. En pocas palabras, las *Reglas* describen los múltiples dones que Dios nos concede continuamente y de forma gratuita por medio del Espíritu. Las *Constituciones*, por su parte, formulan nuestras respuestas a los dones de Dios. Estos artículos de respuesta adoptan la forma de compromisos e iniciativas a los que nos adherimos libremente. En lo que respecta a los dones, Dios es de una generosidad desbordante; nosotros nos esforzamos por ser igual de generosos en nuestra respuesta.

Fusionemos ahora la “gramática” en cuatro etapas de los trípticos, que hemos examinado anteriormente, con la estructura de la *Regla de vida*.

- A. También hemos visto que los artículos de la *Regla* y los de las *Constituciones*, dentro de un mismo capítulo, se suceden de forma muy cercana para poner de relieve la interrelación entre don y respuesta. Los artículos de la *Regla* desarrollan una amplia gama de dones inspirados por Dios, mientras que las *Constituciones* describen la forma en que nosotros y nuestro instituto respondemos a esos dones, tanto a nivel personal como comunitario.

- B. Para ayudarnos a distinguir entre los dones por un lado y nuestras respuestas por otro, estos dos tipos de artículos tienen cada uno su propio tipo de letra distintivo: los artículos de la *Regla* se presentan en forma de una serie de estrofas poéticas, cada una con su propio título, para crear una atmósfera de reflexión, asombro, oración e intuición espiritual. Los artículos de las *Constituciones*, por el contrario, están redactados en forma de párrafos explicativos estándar, sin títulos.
- C. Tanto la *Regla* como las *Constituciones* utilizan un lenguaje que se basa en la invitación más que en la coacción. Evitan cuidadosamente emplear órdenes legalistas directas y el modo imperativo. Se evitan palabras como “debería”, “siempre” y “debe” con el fin de eliminar los ultimátum y fomentar las motivaciones positivas. Este enfoque tiene por objeto plasmar, a lo largo de toda la *Regla*, la actitud de mansedumbre y humildad de Jesús (véanse los artículos 12, 14, 34, 121 y 171). Este lenguaje de respeto confiere a nuestra *Regla de vida* una originalidad atractiva en comparación con la mayoría de las *Reglas* de otros institutos que he podido leer. El tono apacible de su texto se debe en gran medida al tacto del hermano Maurice Ratté y a las múltiples conversiones que seguían produciéndose, inspiradas por la Santísima Trinidad, que no cesa de obrar entre nosotros, mientras nuestra *Regla* evolucionaba a lo largo de esos dos años difíciles de nuestro capítulo general extraordinario.

Hagamos una pausa para elevar una oración de bendición a la Santísima Trinidad.

Oración a la Santísima Trinidad

Padre, que vives únicamente en el Hijo, y el Hijo únicamente en el Padre, compartiendo un conocimiento mutuo que se extiende hasta nosotros.

*Tú eres el Dios de la confianza amorosa,
cuyo ser entero se lanza hacia nosotros en unión con el Hijo.
Tu amor divino libera el soplo del Espíritu del Padre hacia el Hijo.
Tu comunicación es total. Es infinita. Es absoluta. Es eterna.*

*Padre celestial,
nos detenemos como hermanos de tu Hijo
para recordar el camino de transformación
que recorriste con nosotros
durante el capítulo general extraordinario de 1968-1970,
que fue un crisol purificador y renovador de nuestra Regla de vida.
Te suplicamos
que nos concedas tu Espíritu de gracia purificadora
cada vez que tomamos la Regla
para encontrar en ella luz, inspiración y comunión.*

*Sostenemos entre nuestras manos esta santa Regla de vida
y te abrimos nuestro corazón.
Examínanos.
Revela y elimina las impurezas
que debilitan nuestro impulso hacia ti y hacia nuestros hermanos.
Por el calor de nuestro deseo y el fuego de tu amor,
conviértenos por medio de esta Regla,
para que salgamos de ella más fieles, más amorosos y más dedicados
a la misión evangelizadora que anima la vida de nuestra Regla.*

*Infúndenos ese mismo Espíritu de sabiduría y valentía
que transformó a los reverendos hermanos Jules y Maurice.
Ayúdanos a hacer nuestras
las múltiples conversiones que nos han legado.
Mientras sigues derramando sobre nosotros
los dones que brotan de nuestra Regla,
suscita en nosotros una respuesta de fraternal cordialidad
y de servicio amoroso hacia los jóvenes,
siguiendo el carisma profético
que encendiste en el corazón de tu siervo,
nuestro padre Andrés Coindre.*

*Con un corazón humilde y obediente,
te pedimos que conviertas nuestra voluntad a esta Regla de Vida,
creada especialmente para nosotros
en el fervor de tu abrazo amoroso.*

Vigesimoprimera parte – Finalización de la *Regla*, 1970-1982

El tríptico de Eisenheim no se completó siguiendo un calendario concreto. ¡Al contrario! Todo comenzó en un monasterio cuyos monjes habían construido un hospicio para atender o dar sepultura a las víctimas de la peste tras un trágico repunte de fallecimientos en la región. Los peregrinos en busca de una curación milagrosa comenzaron a acudir en masa al monasterio y a su hospicio. Los monjes acogían a todos los visitantes, pero sólo podían ofrecerles sus oraciones, su compasión, esperanza y un funeral cristiano. Aunque no existen documentos específicos que hagan referencia a curaciones milagrosas atribuidas directamente a este lugar, el retablo de Eisenheim desempeñó un papel significativo en la curación espiritual y psicológica de los pacientes. En busca de una fuente de consuelo, el abad encargó el magnífico icono central que muestra a Jesús crucificado, representado como si padeciera la peste. Con el paso del tiempo, los monjes recurrieron a otros artistas para que pintaran iconos adicionales.

Más tarde, encargaron a un escultor la realización de unas figuras que representaran el entierro de Jesús. Este último elemento se convirtió en un cuarto panel que servía de soporte a todo el tríptico. Al cabo de varios años, cuando la peste fue remitiendo, el abad mandó desmontar el retablo para volver a montarlo en otro lugar. Esta serie de transformaciones del tríptico sigue las fases finales de la evolución de la *Regla*. El hermano Maurice destaca cinco etapas que considera necesarias para llevar a buen puerto la promesa de la *Regla de vida*. Son éstas:

1. *Experimentación*

El consejo general difunde el texto de 1970 dentro del instituto, acompañándolo de una advertencia: «Esta *Regla* y estas *Constituciones* constituyen nuestra legislación *ad experimentum*, de conformidad con las directrices del Vaticano⁴²». Una resolución del capítulo general, antes de la aprobación definitiva de la *Regla*, había allanado el terreno al estipular que la nueva *Regla* estaría en vigor durante seis años, hasta el próximo capítulo general ordinario. La expresión latina *ad experimentum* significa la adopción de iniciativas sin necesidad de obtener la aprobación previa

⁴² *Ecclesiae sanctae* 3, 6

del Vaticano. Los superiores y sus consejos son libres de autorizar la experimentación durante los años que separan dos capítulos. Al conceder tal libertad, la Santa Sede manifiesta su confianza en los capítulos generales y los consejos. Esta confianza expresa la convicción de los Padres conciliares de que los carismas infundidos por el Espíritu a los fundadores religiosos siguen vivos y activos más allá de la Curia romana. La renovación continuará bajo la influencia directa del Espíritu.

Maurice percibe la confianza del Vaticano como una llamada a la libertad: «La *Regla* de 1970 está impregnada de “la libertad de los hijos de Dios”». Se siente liberado por la proclamación de san Pablo: «Habéis sido llamados a la libertad». Maurice considera la libertad de experimentar la nueva *Regla* y nuevas formas de vivir el carisma de nuestro fundador como «un retorno a los tiempos creativos de nuestra fundación». Esta experimentación encuentra eco en la carta de Andrés Coindre a los primeros hermanos: «Que actúen provisionalmente siguiendo vuestros consejos, y el futuro lo resolverá todo. Que piensen que Dios tardó seis días en crear el mundo y poner orden en el caos; que se necesita tiempo para que una comunidad incipiente pueda asentar todas las bases que le convienen»⁴³.

2. Adopción de un nuevo texto

Una vez que el texto de 1970 llegó a los hermanos de las provincias, los miembros del consejo general, durante su visita por todo el instituto, transmitieron al hermano Maurice algunas reacciones negativas que recibían de los hermanos, como por ejemplo un desconocimiento general de la nueva *Regla*. También reinaba cierta indiferencia y cierta confusión, debidas al carácter teológico y teórico del nuevo texto. En respuesta, el consejo general decide ayudar a los hermanos de todas las edades a familiarizarse con este texto, primero conociéndolo y luego acogéndolo como una gracia de conversión. Para alcanzar este objetivo, en 1973 el consejo general suprimió progresivamente el *Gran noviciado* tradicional para sustituirlo por la *Sesión Espiritual Internacional de Roma* (SSIR), un programa de renovación destinado a ayudar a los hermanos a descubrir las inspiraciones profundas y las líneas generales de la *Regla* tal y como se supone que debe vivirse en las comunidades locales. El hermano

⁴³ André Coindre, *Escritos y documentos*, Vol 1, p 51, Carta I

Maurice se convirtió en su promotor más apasionado, presentando la *Regla* como una fuente inagotable de renovación personal y comunitaria y como una adaptación adecuada de la consagración religiosa a nuestra época.

3. Ajustes organizativos

Gracias al hermano Maurice y a las consultas realizadas en todo el instituto por iniciativa del hermano René Boucher, secretario general, un comité internacional compuesto por seis hermanos nombrados por el consejo general solicitó al capítulo general de 1982 importantes modificaciones organizativas. Las propuestas del “Comité de los seis” son aceptadas en su totalidad por este capítulo, con numerosos resultados positivos. Por ejemplo, los artículos de las *Constituciones* se trasladan justo después de los artículos de la *Regla* para mostrar el vínculo entre ambos. Los artículos sobre la espiritualidad del Sagrado Corazón se agrupan en un capítulo especial titulado “El Corazón de Jesús”. Por último, el capítulo general de 1982 decide añadir una cuarta parte que incluye nuevos capítulos sobre la formación y la gobernanza. La finalización de esta cuarta parte conlleva numerosos retrasos, ya que requiere años de estudio que implican la constitución de una comisión de formación del instituto, así como las adaptaciones exigidas por la Curia romana y por el nuevo Código de Derecho Canónico de 1983.

4. Creación de directorios provinciales

En el instituto se está extendiendo una falta de comprensión sobre la importancia, o incluso la necesidad, de los directorios provinciales, concebidos para otorgar a los capítulos provinciales la facultad de legislar sobre determinadas cuestiones que antes estaban reservadas al consejo general. A nivel provincial y local, algunas disposiciones legislativas importantes se dejan deliberadamente en blanco para otorgar a las instancias inferiores la facultad de tomar determinadas decisiones. Una vez finalizados y aprobados por el consejo general, los directorios provinciales pasan a formar parte integrante y de pleno derecho de la *Regla de vida*.

El hermano Maurice comprendió lo que estaba en juego. En su primera circular administrativa, publicada al mismo tiempo que el texto de 1970,

insistió en que los provinciales publicaran lo antes posible las decisiones relativas al consejo directivo. Enumeró dieciocho artículos de las *Constituciones* que se habían dejado en suspenso en la *Regla de vida* para que la legislación local pudiera ocuparse de ellos. La doble finalidad de la delegación de poderes a los capítulos provinciales es, a la vez, garantizar la subsidiariedad en la toma de decisiones a nivel local y permitir la diversidad cultural. De hecho, la circular del hermano Maurice subraya que la *Regla de Vida* comprende no dos, sino tres niveles de autoridad de igual importancia: las *Reglas*, las *Constituciones* y los *Directorios provinciales*. Sin estos últimos, las *Constituciones* estarían incompletas.

Vigesimal parte – Conclusión

A – Lectura de la *Regla de vida*

Hermano, llegados a este punto del comentario, has sido testigo de una exposición sobre todo el panorama de la renovación de la *Regla de vida*, sus figuras excepcionales, los relatos en tiempo real de testigos presenciales y la espectacular evolución del concilio más trascendental de la historia de la Iglesia. Me has permitido deleitarte con imágenes extraídas de las Escrituras, de los papas modernos y de nuestro excepcional fundador, que encarnaba el celo que imprimió en los orígenes de nuestro instituto. Has demostrado paciencia y tolerancia hacia mis figuras retóricas y mi inclinación por las metáforas extensas, así como hacia algunos relatos tediosos de las deliberaciones del capítulo general. También te has unido a mí en oraciones llenas de esperanza y aspiraciones poéticas para expresar mi confianza en Dios y mis esperanzas para ti.

En este punto, creo que lo que más necesita este comentario por mi parte son métodos y herramientas concretas que tú puedas utilizar para dominar tres habilidades:

1. Leer la *Regla de vida* impregnándote de su espíritu.
2. Vivirla abriéndote a la conversión personal.
3. Rezarla “bebiendo de la alegría de las fuentes de la salvación”.

Con la esperanza de ofrecerte una visión general útil de toda la *Regla de vida*, he elaborado un esquema de sus doce capítulos. Encontrarás este documento en el anexo C y podrás utilizarlo para poner de relieve los vínculos entre las *Reglas* y las *Constituciones*. He utilizado un lenguaje

coloquial y títulos abreviados para condensarlo en doce páginas. Lo considero como un mapa de nuestro corazón. Esto puede ayudarte a percibir sus características individuales, así como las interrelaciones entre sus diferentes partes, en particular entre las *Reglas* y las *Constituciones*.

Las dos palabras más importantes de la *Regla de vida* son “don” y “respuesta”. Mucho antes de que el hermano Maurice Ratté viajara a Roma, solía decir que la diferencia entre las *Reglas* y las *Constituciones* se resume así: las *Reglas* describen los dones sublimes que hemos tenido la suerte de recibir, mientras que las *Constituciones* dan forma a nuestras respuestas personales y comunitarias a esos dones. Los artículos denominados “Reglas” son las revelaciones de un Dios intrépido y creativo que nos colma de dones que parecen demasiado hermosos para ser verdad.

Dios es el iniciador, el protagonista hiperactivo y el poeta de nuestra *Regla*. Para apreciar los dones extravagantes que revela, podríamos, en sentido figurado, tumbarnos boca arriba y contemplar el inmenso cielo estrellado de las bendiciones de Dios: nuestra libertad sobrecogedora, la misericordia y el perdón que nos colman; la constelación bautismal de nuestros atributos divinos; los dones inmerecidos de la salvación y la empatía divina; el carisma y el talante de nuestro fundador; el sufrimiento de Dios a través de él, por él y por nosotros. La convicción más importante a la que debemos aferrarnos cuando nos ponemos a leer la *Regla de vida* es que los preciosos dones de Dios no tienen nada que ver con nuestros esfuerzos o nuestros triunfos.

Los artículos denominados “Constituciones” suelen calificarse de cuestiones jurídicas debido a su carácter legal. En virtud de nuestros votos públicos, recibidos por un delegado del superior general, nos comprometemos ante Dios a vivir según la *Regla de vida*⁴⁴. Nos sometemos a las *Constituciones* no por deber, por disciplina ni por una obligación impuesta por un sentimiento de culpa. Y, desde luego, no para obtener ningún tipo de ventaja. Respondemos a ellas libremente, en un acto de gratitud. Algunos artículos de las *Constituciones* suscitan en lo más profundo de nuestro ser una respuesta muy personal. Otros crean un consenso, una respuesta comunitaria sostenida con amor y fidelidad en la

⁴⁴ Cf. art 65, 106-107.

fraternidad. ¡Qué bueno es que nuestra adhesión agradecida a las *Constituciones* dé lugar a actitudes y expectativas comunitarias compartidas a lo largo de toda la vida!

Una guía para la lectura de los capítulos de la *Regla de vida*

1. Hojea el índice para elegir un capítulo que leer y, a continuación, utiliza el índice de ese capítulo para hacerte una idea del orden y los temas de los artículos que lo componen.
2. Abre la <i>Regla de vida</i> en este capítulo y consulta las páginas dedicadas a las <i>Reglas</i> (éstas se recogen en artículos numerados, con títulos).
3. Lee en silencio los títulos en negrita de cada artículo de la <i>Regla</i> . Mientras lo haces, pon la mano sobre cada título en negrita, como forma de hacerlos tuyos.
4. Toma nota mentalmente de los dones que más te importan.
5. Lea los artículos de las <i>Constituciones</i> que figuran en el mismo capítulo. (Las <i>Constituciones</i> no tienen títulos, sino artículos numerados y tipografías con serifas).
6. Toma nota mentalmente de los artículos de las <i>Constituciones</i> que pones en duda y de aquéllos con los que estás totalmente de acuerdo.
7. Vuelve a la tabla del anexo C. Examina las columnas exteriores (<i>Reglas</i> a la izquierda, <i>Constituciones</i> a la derecha). Identifica qué <i>Constituciones</i> corresponden a cada <i>Regla</i> .
Si deseas ampliar la información, consulta el índice analítico (p. 145) y el índice de referencias (p. 131) para encontrar los temas que deseas profundizar.

Vigesimotercera parte – Conclusión

B – Nuestra conversión personal

A continuación, dos fotografías de excursionistas. El que se encuentra a la altura del mar sólo ve agua ante sí. No puede distinguir lo que hay más allá de su horizonte plano. Su orientación fundamental es la del egocentrismo, el ensimismamiento, o incluso la huida frente a los demás. Su visión del mundo es tan estática como su sombra. Sus sentimientos son indescifrables. Quizás se conforme con el ritmo regular y repetitivo de las olas que rompen, quizás desee abrirse a horizontes invisibles. Nunca lo sabremos, pero la imagen evoca un repliegue sobre sí mismo y una autosuficiencia.



El montañero, con los brazos en alto, tras haber alcanzado una mayor altitud, reacciona con entusiasmo ante el panorama que forman las cadenas montañosas que se perfilan en la lejanía, entre él y el cielo en tonos pastel.

Desde el punto de vista físico, nuestro horizonte es el límite de nuestro campo de visión. Más allá del horizonte se encuentran las cosas que desconocemos y que quizá ni siquiera deseemos conocer. Pero cuando alcanzamos horizontes metafísicos, como el excursionista en la cima de la montaña, el Espíritu nos abre a un mundo de posibilidades humanas y perspectivas espirituales que despiertan nuestro entusiasmo y nuestro ímpetu.

La conversión, tal y como la concibe la *Regla de vida*, no es un reajuste físico, sino metafísico. Nos pone en contacto con una verdad intuitiva que no podemos ver ni tocar físicamente. El Espíritu Santo actúa en nosotros abriéndonos a un amplio abanico de horizontes metafísicos (art. 100). Las conversiones que parecen “encajar” mejor con nosotros o que resuenan con nuestra identidad espiritual profunda nos parecen auténticas. La palabra “auténtico” y su sinónimo “verdadero” aparecen repetidamente en la *Regla* para definir lo que es intrínseco a nuestro carácter y a nuestras aspiraciones interiores.

Del mismo modo que entramos en resonancia interior con lo que constituye la autenticidad de nuestra identidad personal, buscamos vivir exteriormente como un instituto auténtico de hermanos. El ADN espiritual de un auténtico Hermano del Sagrado Corazón —esa intuición profunda a la que el Espíritu quiere convertirnos interior y exteriormente— no es otra cosa que un despojo radical de uno mismo a imitación de Jesús⁴⁵, como expresan los artículos 80, 81 y 154: Desprendimiento de sí mismo:

«La pobreza voluntaria y la dependencia en el uso de los bienes llevan al desprendimiento de sí mismo o pobreza espiritual, a imitación de Cristo, que se despojó hasta la muerte. Esta disposición nos sitúa en la verdad de cara a Dios y a nuestros hermanos».

⁴⁵ Art. 14, 80, 81,

La conversión del egocentrismo a la renuncia de uno mismo es un camino espiritual que sólo puede surgir de la contemplación frecuente del corazón abierto de Jesús, que se despoja de sí mismo en la cruz. Por lo general, esa conversión no se produce de golpe, sino por etapas. Para algunos de nosotros, puede incluir momentos espectaculares, pero para la mayoría se trata de un movimiento continuo y discreto que nos lleva de la fijación en nosotros mismos a una desposesión deliberada. El Espíritu nos ayuda a imitar lo que contemplamos: la desposesión del Corazón traspasado en la cruz.

«Jesús, el Señor»

Jesús, Jesús, que toda la creación se arrodille ante el Señor.

¡En Él vivimos, nos movemos y existimos;

en Él, el Cristo; en Él, el Rey!

Jesús, el Señor.

Aunque era Hijo, no se aferró a la divinidad,

sino que se despojó de sí mismo y se hizo esclavo.

Jesús, el Señor.

Vivió en obediencia a la voluntad de su Padre, aceptando su

muerte, ¡la muerte en un madero!

Jesús, el Señor.⁴⁶ et ⁴⁷

Detengámonos un instante en el artículo 5: «*Nuestra búsqueda del progreso de la caridad por el camino de los consejos evangélicos nos hace signos en la Iglesia y recuerda a todos la exigencia de la conversión del corazón*».

El artículo deja claro a cuál de los dos excursionistas nos presenta la Iglesia como metáfora de nuestra conversión continua. Desde luego, no al caminante solitario, seguro de sí mismo, bloqueado por un callejón sin salida de musgo informe. El artículo 5 se basa en tres fuentes impecables. Una de ellas es una frase extraída de *Lumen Gentium* sobre los testigos que se regocijan por nuestra profesión de votos. La segunda, tomada de los *Hechos de los apóstoles*, cita la aprobación que nos dio «todo el pueblo». La tercera trata la conversión como un mandamiento.

⁴⁶ Roc O'Connor, *Jesus the Lord*

⁴⁷ Filipenses 2, 6-8

En conjunto, estos tres textos de referencia significan que nos esforzamos por elevar la celebración pública de nuestra conversión al rango de compromiso profesional. Nuestros votos son un signo que puede y debe suscitar la admiración de todos los miembros de la Iglesia.

Situado en el primer capítulo de la *Regla*, el artículo 5 es un llamamiento rotundo a proclamar nuestros votos ante nuestros hermanos. Pero no sólo eso: se trata de convertir nuestra búsqueda personal de conversión en un acto público⁴⁸. Este artículo, junto con otros seis repartidos a lo largo de la *Regla de vida*, podrían denominarse “Los siete sacramentos de la conversión personal”.

Describen situaciones concretas de nuestra vida consagrada en las que nos sentimos divididos entre el egocentrismo y la renuncia a nosotros mismos. Las siete situaciones que se mencionan en estos artículos nos alertan sobre un dilema crucial: abrazar la conversión o hundirnos aún más en el egocentrismo.

Éstos son los “siete sacramentos” de la *Regla* que nos animan a una conversión más profunda.

Tomando como referencia los números de los artículos, los identificamos para reflexionar sobre cada uno de ellos, recordando situaciones concretas en las que hemos vivido personalmente un dilema de conversión.

- Artículo 5: Por nuestra vida comunitaria y nuestro deseo de progresar en los cinco amores [cf. artículos 13 a 16], somos en la Iglesia un signo de la necesidad de una conversión del corazón a la amistad cristiana y a la fraternidad universal.
- Artículo 26: Encontramos gracias de conversión en las relaciones con nuestros hermanos y con los demás.
- Artículo 84: La solidaridad que llega al corazón nos llama a formar parte integrante de la vida de los demás, aceptando los cambios en nuestra forma de pensar y actuar como gracias de conversión.
- Artículo 99: La obediencia a la voluntad de Dios en comunión con nuestros hermanos nos conduce a una conversión continua de nuestra voluntad a la suya.

⁴⁸ cf, Índice de referencias p. 133, 5

- Artículo 104: La conversión requiere una fe mayor cuando los caminos del Señor permanecen oscuros y cuando la renuncia a la propia voluntad nos resulta más penosa.
- Artículo 134: Ante el Señor revisamos nuestras vidas de hombres de acción. Descubrimos sus misericordiosas bondades, nos percatamos de lo que espera de nosotros, examinamos nuestra fidelidad a su voluntad y nos arrepentimos ante él de nuestros pecados. De este modo, nos preparamos para encontrarnos con él en el sacramento del perdón.
- Artículo 145: En espíritu de discernimiento y conversión, los hermanos examinan todos los días su conciencia.

NOTA: A excepción de la Eucaristía y de la Liturgia de las Horas, que son oraciones de la Iglesia universal, en ninguna parte de la *Regla de vida* se nos presenta una forma específica de oración como una obligación diaria, con la notable excepción del examen diario. No uno, sino dos artículos distintos de los anteriores —la *Regla* 134 y las *Constituciones* 145— motivan e incluso exhortan a los hermanos a la práctica diaria del examen «en espíritu de discernimiento y conversión». En el presente comentario dedicado a las herramientas y métodos que permiten profundizar en nuestra apreciación de la *Regla* como guía de conversión personal, parece esencial recomendar una renovación de nuestra fidelidad personal a esta forma de oración diaria.

El examen diario

George Aschenbrenner, sj, reconocido director espiritual y formador, recomienda lo que él denomina un examen diario de conciencia como medio para discernir la presencia constante de Dios y la energía que anima nuestro corazón. Subraya que este examen debe ser una herramienta cotidiana e intensiva que nos permita discernir las discretas iniciativas de Dios en nuestras vidas. El padre Aschenbrenner nos recuerda que:

- El examen no es sólo lo que la tradición denominaba un examen de conciencia destinado a evaluar nuestras buenas o malas acciones, sino que sirve para discernir cómo actúa Dios en lo más profundo de nuestra conciencia para impulsarnos a la conversión.

- La espontaneidad y el Espíritu exigen discernimiento para distinguir los impulsos espontáneos que son buenos y provienen de Dios de aquéllos que no lo son.
- La transformación pasa por el amor; el examen nos ayuda a ser más conscientes del amor de Dios y a estar más atentos para dejar que el amor transforme nuestros corazones.
- Debemos estar atentos a la gratitud y a la alegría; la práctica habitual del examen nos sensibiliza el corazón ante la presencia amorosa de Dios en la vida cotidiana, lo que nos lleva a descubrir sorpresas de alegría y agradecimiento.

El examen frecuente de nuestra conciencia interior se lleva a cabo mediante una oración en cinco partes:

1. Gratitude: Empezamos dando gracias a Dios por las bendiciones y las experiencias del día. Reflexionamos sobre los momentos de gracia y expresamos a Dios nuestro agradecimiento por su presencia activa.
2. Petición: Le pedimos al Espíritu Santo que nos guíe y nos ilumine para que podamos ver el día a través de los ojos de Dios. Esto nos ayuda a reconocer tanto los momentos positivos como aquéllos que son motivo de frustración.
3. Relectura: Repasamos los acontecimientos y las interacciones del día para discernir dónde estuvo presente Dios, ya sea directamente o a través de otras personas, y cómo le respondimos. Prestamos especial atención a nuestros estados de ánimo, emociones, pensamientos y relaciones para identificar los momentos en los que nos sentimos cerca de Dios, así como aquéllos en los que quizá nos sentimos alejados de Él.
4. Perdón: Reconocemos los pecados, los rechazos, las heridas o las tensiones que hemos causado. Pedimos perdón y la gracia de Dios, y reflexionamos sobre cómo podríamos responder con mayor generosidad en el futuro.
5. Renovación: Adoptamos propósitos para el día siguiente, pidiendo la gracia de vivir según la voluntad de Dios y planificando medidas concretas para responder mejor a las llamadas de Dios a la conversión.

Oración en común o personal por una conversión personal continua

Padre celestial, tú prometiste por medio del profeta Ezequiel: «Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo; quitaré de vuestro interior el corazón de piedra y os daré un corazón de carne». En tu infinita misericordia, ablanda nuestros corazones para que podamos aceptar las múltiples y continuas conversiones que tú quieres para nosotros.

R/Señor, danos un corazón nuevo y renueva en nosotros tu Espíritu.

Señor Jesús, más allá del ruido que adormece nuestros corazones, sigue susurrándonos tu constante invitación a un camino de conversión interior. Muéstranos cómo aceptar nuestras pruebas y nuestros retos como gracias que nos liberan de todo egocentrismo y de todo individualismo. R/

Espíritu Santo, infúndenos gracia y sabiduría hasta que aceptemos la conversión del corazón que nos ofreces; enséñanos a vivir una conversión permanente para que seamos testimonio de tu poder transformador, que nos permite comprender la voluntad del Padre. R/

Creador amoroso, tú concedes a nuestras comunidades maravillosas diferencias de edad, mentalidad y carácter, y nos dotas de una diversidad de tareas y talentos. Ayúdanos, en nuestras relaciones con nuestros hermanos, a descubrir las gracias de la conversión personal. R/

Jesús, nuestro Salvador, el reino que predicaste en parábolas se basaba en la solidaridad con los marginados y los pecadores. No cesas de llamarnos a acoger a los pobres como parte integrante de nuestra vida. Ayúdanos a aceptar como gracias de conversión los cambios que debemos llevar a cabo para estar presentes junto a los oprimidos. R/

Santo Arcángel, que desconcertaste a la Madre de Jesús al invitarla a un “Fiat” de obediencia, ayúdanos a cambiar nuestra forma de pensar y de actuar cuando la obediencia exige una gran fe y cuando los caminos del Señor son oscuros para nuestro entendimiento humano. Únenos a nuestro Redentor, que fue obediente hasta la muerte. R/

Espíritu Santo, tú que expresas las oraciones inexpressadas de nuestro corazón, fortalece nuestra fidelidad en el examen diario mediante una actitud de discernimiento y conversión, para que podamos encontrar el amor misericordioso de Jesús, nuestro Señor. R/

Vigesimocuarta parte - Conclusión

C- Rezar la *Regla* de corazón a corazón con el Padre

El bautismo es el sacramento irresistible por el cual hemos recibido el don personal de la salvación y el carisma de nuestra fundación. El hecho de que fuéramos bautizados a temprana edad, incapaces de hacer nada por nosotros mismos, demuestra claramente que la salvación es un don incondicional de Dios y no la recompensa de una larga vida de buena conducta. Dios nos salvó entrando en nuestro corazón incluso antes de que pudiéramos hacer nada para merecer la gracia salvadora. Del mismo modo, es significativo que Dios salvara al pueblo elegido bautizándolo en las aguas del Mar Rojo *antes* de que Moisés le diera la Ley, y no como recompensa por haberla observado. Nuestros actuales intentos, como adultos, por dar sentido a nuestras aspiraciones espirituales internas están motivados por los dones incondicionales de Dios en nuestro corazón, concedidos por el bautismo, que nunca deja de transformarnos en otros Cristos.

Todo esto significa que nuestra participación en la naturaleza divina de Dios⁴⁹ es un don puro que impregna todo nuestro ser. La gracia del bautismo nos impulsa a actuar y a ser mejores de lo que somos en todas nuestras actividades: relaciones, trabajo, deberes cívicos, ocio y negocios. El bautismo nos revela cómo nos ve Dios. En una palabra, a través del bautismo, el Padre nos anuncia esta verdad indiscutible: «¡Hijo mío, tienes un corazón sagrado!»

Todos los bautizados han recibido la gracia de carismas particulares —fe, celo, compasión, espíritu de servicio...— que nos permiten ser otros

⁴⁹ *Dilexit nos* 101 «En el Corazón traspasado de Cristo se concentran escritas en carne todas las expresiones de amor de las Escrituras. No es un amor que simplemente se declara, sino que su costado abierto es manantial de vida para los amados, es aquella fuente que sacia la sed de su pueblo. Como enseñaba san Juan Pablo II, «los elementos esenciales de esta devoción pertenecen, de manera permanente, a la espiritualidad propia de la Iglesia a lo largo de toda su historia; pues desde el principio la Iglesia ha dirigido su mirada al Corazón de Cristo traspasado en la cruz».

Cristos. Cuando los hermanos y hermanas de los institutos religiosos y los laicos bautizados trabajan juntos en la misma misión carismática, ponen en práctica su propio carisma al compartir sus dones bautismales en una colaboración comunitaria.

Un bautismo impregnado de carisma es un don espiritual concedido a personas o grupos para la santidad y el crecimiento de la Iglesia. El proceso de descubrir, en su seno, los carismas de nuestro fundador y nuestros propios carismas personales pasa por la oración, la reflexión y la consulta a directores espirituales, con el fin de asumir la orientación espiritual y la misión únicas que Dios llamó a nuestro fundador a difundir a través de nosotros.

Andrés se inspira en los Padres de la Iglesia para afirmar su profunda convicción de que el bautismo nos hace «semejantes a nuestro Jefe divino». Orígenes concibe toda espiritualidad como la plena realización de la unión de Cristo con el alma, que comienza en el bautismo. Enseña que el bautismo transforma nuestra alma en algo “mejor que un alma”, en un espíritu incorruptible a imagen y semejanza de Dios. «El Dios único hace dioses a aquéllos en quienes habita; el Cristo único nos hace a nosotros, sus hermanos y hermanas adoptivos, Cristos; y el Espíritu Santo nos hace espíritus santos⁵⁰». El resultado transformador del bautismo nos hace difícil distinguir dónde termina Dios y dónde empezamos nosotros.

Nuestra *Regla* no tarda en confirmar el fundamento bíblico de la enseñanza de Orígenes: el bautismo nos hace «partícipes de la naturaleza divina⁵¹». El misterio de la presencia de Dios en nosotros significa que participamos de la vida interior de la Trinidad. Se trata de una verdad estimulante que abre perspectivas contemplativas llenas de esperanza.

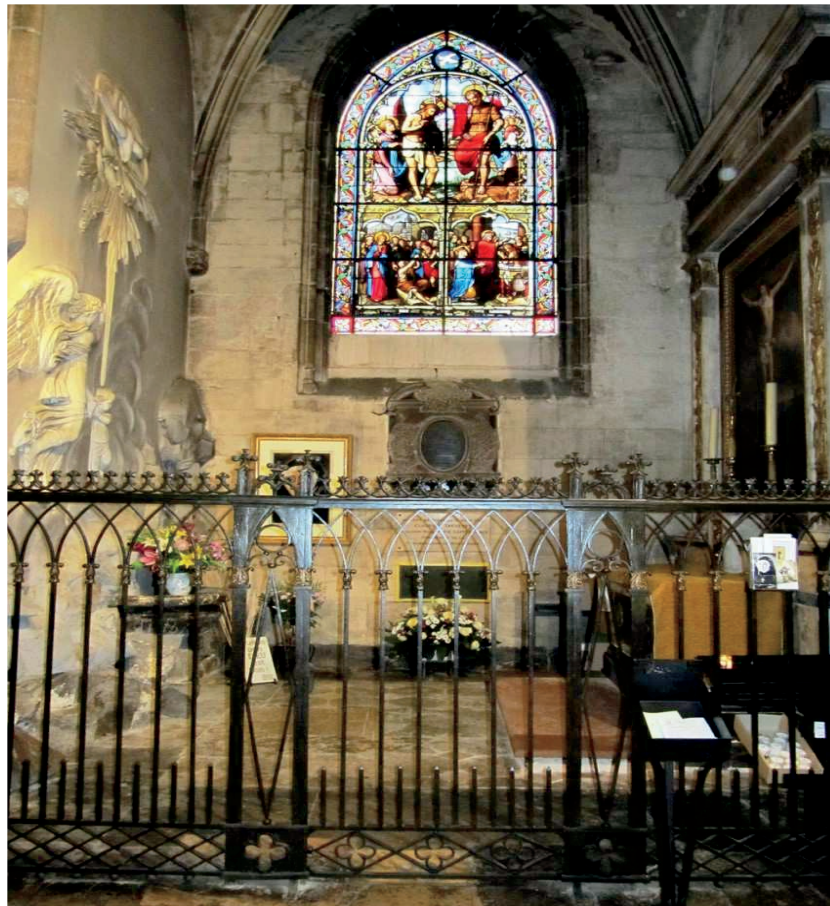
Ser cristianos bautizados nos confiere, a ti y a mí, una identidad espiritual tan profunda y radical que lo cambia todo. Dado que el bautismo nos consagra, somos en potencia la presencia de Dios en cada contexto por el que transita nuestra vida. El bautismo dista mucho de ser un simple rito pasajero para convertirse en miembro de la Iglesia. Permite la verdadera presencia trinitaria de Dios en nosotros.

⁵⁰ Citado por Norman Russell en “Partakers of the Divine Nature” (2 P 1, 4) en la tradición bizantina.

⁵¹ Artículo 2

Un descubrimiento del hermano Jean Roure durante sus investigaciones nos permite hacernos una idea de los disturbios que rodeaban el simple acto sacramental del bautismo en la Francia posrevolucionaria. En agosto de 1792, cuando Andrés tenía cinco años, el buen párroco de Saint-Nizier, el padre Lernoix, fue martirizado por los revolucionarios por negarse a dejar de bautizar. Para los terroristas revolucionarios, se trataba de un comportamiento sedicioso. Mutilaron el cuerpo del párroco, izaron su cabeza cortada en una pica y la dejaron colgada de un tilo en la plaza Bellecour, la plaza principal de la ciudad.

El baptisterio de la iglesia de Saint-Nizier, en Lyon, donde Andrés Coindre fue bautizado dos días después de su nacimiento, está coronado por una vidriera que representa el bautismo de Jesús. Nos detenemos ante esta imagen para rezar.



*Señor, mientras el Espíritu Santo
se cierne con amorosa expectación sobre Juan el Bautista y sobre ti,
haz que tu resplandor brille sobre nosotros
para recordarnos ese momento sacramental
en el que el carisma de nuestro fundador se manifestó con esplendor.
Haz que se convierta en un fuego en nuestras entrañas
que alimente a nuestro instituto
con una voluntad inquebrantable de hacer crecer su tenacidad.*

Renovación de mi consagración bautismal⁵²

*Padre celestial, me has consagrado mediante el bautismo,
don de tu amor incondicional.
Ayúdame a cooperar plenamente,
abrazando el proyecto de amor que tienes para mí.
Libérame de mis dudas y de todo lo que me impide
estar plenamente disponible para el servicio del amor en el mundo.*

*Envía tu Espíritu para que despierte en mí
formas cada vez más generosas
de expresar plenamente mi consagración bautismal
a través de mis votos.
Que las continuas gracias del bautismo me fortalezcan
para ofrecermelo por completo a tu Hijo amoroso.
Unido a su ofrenda, revísteme de los sentimientos de su corazón
para seguirle en su modo de vida casto, pobre y obediente,
y ser colmado del amor compasivo que tú me prodigas.*

Durante mi formación en el juniorado, teníamos que pasar por una etapa denominada “postulantado canónico” durante los seis meses previos al noviciado. Desde el primer día, empezamos a llevar una corbata negra, lo que, a nuestros ojos, nos confería un cierto estatus dentro del programa de formación. En nuestra primera reunión con la corbata puesta, en nuestra ignorancia, aprovechamos la ocasión para preguntarle a nuestro director de formación por qué no existía un sacramento especial para

⁵² Cf. Regla de vida, cap. IV

iniciar a los hermanos en la Iglesia. Nuestro argumento era que las parejas casadas tenían el sacramento del matrimonio. Los diáconos y los sacerdotes recibían cada uno su sacramento del orden. Nosotros, en cambio, no teníamos la suerte de tener un sacramento. Nos respondieron que el sacramento más importante era el bautismo y que, como ya habíamos sido bautizados, no era necesario. Otra respuesta que recibimos fue que las hermanas, al menos diez veces más numerosas que los hermanos, tampoco tenían sacramento. Eso no me ayudó; no me gustó nada que me compararan con una religiosa. Por esas razones, mi bautismo me interesaba más o menos tanto como el apellido de soltera de mi bisabuela. Creo que sólo vi a mi padrino y a mi madrina dos veces en mi vida. Quizá tres. Mi bautismo no era, pues, más que un vago recuerdo; lo único que me había quedado de él era mi nombre de pila, y sabía que, al llegar al noviciado, los postulantes canónicos lo perderíamos también. Mi indiferencia hacia el bautismo no me hacía sentir ningún deseo de convertirlo en un elemento importante de mi vida.

Después de que el Instituto decidiera, en la década de 1990, reconocer oficialmente a Andrés Coindre como nuestro fundador, un acontecimiento concreto me sacó de mi complacencia. Tuve la oportunidad de encontrarme con el hermano francés Jean Roure en Lyon para visitar los lugares de nuestra fundación. El primero fue Saint-Nizier, parroquia donde nuestro fundador había sido párroco. Nunca olvidaré el momento en que el hermano Jean salió de la sacristía, llevando en alto un registro de bautismos de cuero, enorme y muy gastado. Lo sostenía como un trofeo. Tras depositarlo, abierto, sobre un altar lateral, posó un dedo con respeto sobre la firma de Andrés Coindre, escrita con su caligrafía única. Jean, con ojos brillantes y amplia sonrisa en los labios, me mostró después con orgullo otras páginas en las que la misma firma adornaba el registro de bautismos de la parroquia. Me impresionó el interés apasionado de mi guía por cada aspecto de la vida de nuestro fundador. El hermano Jean se encargó entonces de la inmensa tarea de redactar una crónica completa de la trayectoria de nuestro fundador, documentando cada día de su vida con detalles precisos que indicaban exactamente dónde se encontraba nuestro prolífico fundador, quién le acompañaba y qué obras pastorales llevaba a cabo. Es un libro extraordinario⁵³ que da testimonio de la cariñosa dedicación del hermano Jean hacia nuestro dinámico fundador.

⁵³ *Padre Andrés Coindre 1787-1826. Cronología e iconografía* (Roma 1987)

Tras la Revolución Francesa, nadie sabía qué hacer con esas hordas de adolescentes rebeldes que merodeaban por los muelles de Lyon como vagabundos y gamberros. Para la población de la ciudad, resultaban aterradores. Para las clases acomodadas y los comerciantes, representaban una amenaza. Sólo se planteaban dos soluciones para deshacerse de ellos: recluirllos en hospicios o encadenarlos en cárceles superpobladas.

A diferencia de la mayoría de los ciudadanos, el padre Coindre no les tenía miedo. Miraba a esos vagabundos con los ojos de un ministro del bautismo: no como a chusma, sino como a muchachos que necesitaban ser salvados. En 1818, publicó un folleto exhortativo que tuvo una amplia difusión⁵⁴ dirigido al alcalde y a los concejales de la ciudad, con el fin de proclamar su Buena Nueva sobre esos muchachos a quienes la mayoría de sus contemporáneos consideraban repugnantes: «Se trata de jóvenes reclusos que, tras haber cumplido una condena de mayor o menor duración, se dan cuenta de que nadie quiere darles trabajo. Sin embargo, merecen una atención especial e individualizada para volver a encauzarlos por el camino de la virtud». El mensaje de este folleto es típico de Andrés Coindre, quien desafía a la ciudad de Lyon a tratar a los jóvenes delincuentes no como miserables, sino de acuerdo con su dignidad bautismal. Se erige en portavoz de Dios: «Culpables a una edad en la que se es más frívolo que malvado, más descarado que incorregible, no hay que desesperar de su cambio; hay que rodearlos de ayuda para formarlos en el bien». En pocas palabras: «Tratadlos según la dignidad sagrada bautizada en su corazón».

Este imperativo visionario, fruto del carisma de nuestro fundador, marcó el inicio de mi conversión: pasé de concebir el bautismo como una mera formalidad administrativa de adhesión a la Iglesia a ver a los niños delincuentes a través de la mirada amorosa de Dios. Con el paso del tiempo, mi indiferencia inicial hacia el bautismo se transformó en gracia, pues Andrés Coindre se atrevió a proclamar abiertamente el valor sagrado de los indeseables niños de la calle, su dignidad y las nobles esperanzas que el Espíritu siembra en lo más profundo de su alma. He comprendido que nuestro fundador desea promover a través de nosotros el valor infinito del bautismo y su potencial ilimitado para los jóvenes y los niños, independientemente de su comportamiento o de cómo les haya marcado su pasado.

⁵⁴ Prospecto de 1818

Cuando me entregaron la *Regla de vida* de 2007, conté una docena de artículos que me indicaban que nuestro estado de vida como hermanos tiene su origen en el bautismo. Además, en la Constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II, el bautismo aparece en nada menos que veintitrés afirmaciones que, tomadas en su conjunto, desarrollan la enseñanza de la Iglesia sobre el bautismo de una manera que me dejó sin aliento. Por ejemplo, ser consagrado en el bautismo significa que he sido divinizado, lo que significa que vivo en santa y sagrada comunión con Dios. Por fin comprendí que el bautismo es, sin duda, el sacramento de nuestra vida religiosa y la fuente de nuestra consagración. Mi conversión a estas verdades me llevó mucho más allá del ámbito de la rutina ritual. Al final, me condujo a un espacio apasionante y sagrado en el corazón de Dios Padre.

Esta conversión comenzó a tomar forma cuando decidí dedicar mi retiro anual de 2016 a mi bautismo. Un director de retiros ignacianos me invitó a pedir en la oración el don de una apreciación más profunda de mi bautismo. Como lecturas de meditación, eligió versículos del Nuevo Testamento y textos catequéticos relacionados que revelaban los poderes totalmente inesperados y las abundantes gracias que el Padre, en su silenciosa ternura, había estado susurrando a mi corazón desde mi bautismo, a pesar de mi ignorancia y mi obstinado desinterés durante tantos años.

A lo largo del retiro, reflexioné, me hice preguntas y, finalmente, descubrí los nombres divinos que el Padre me había dado. Tuve que pellizcarme; parecía demasiado bonito para ser verdad. Durante el retiro, empecé a anotarlos y no paré hasta haber enumerado cincuenta. ¿Qué estaba pasando? El Padre había elegido cincuenta nombres inefables que quería que yo le oyera pronunciar sobre mí. No eran los nombres arbitrarios que mis padres me habían dado. Eran los nombres mediante los cuales Dios revelaba quién soy a sus ojos. Son mis nombres más verdaderos, y los nombres auténticos de cada hija e hijo consagrado por el bautismo.

En las páginas siguientes, he dispuesto en una columna a la izquierda los cincuenta nombres de bautismo insólitos que Dios me ha dado y, a la derecha, los pasajes de las Escrituras y las enseñanzas de los Padres de la Iglesia sobre los que he meditado. El efecto global que me produjo el hecho de ser abrazado y exaltado por los nombres con los que Dios me ha colmado, me transportó mucho más allá de todas las expectativas

humanas que pudiera haber albergado respecto al favor y la ternura divinos. Tuve una fuerte tentación de rechazar las dulces palabras del Padre por considerarlas nada más que una hipérbole, pero tras dudar, seguí el ejemplo de Ezequiel⁵⁵. Él se tragó un rollo. Yo me tragué la hipérbole de Dios y tenía un sabor más dulce que la miel del panal.

A continuación comparto contigo, hermano mío en el bautismo, mis experiencias de oración: escuchar, profundizar y leer en voz alta los nombres que la voz del Padre ha hecho resonar en mí; pues, si esto es cierto para mí, también lo es para ti. Dios quiere que oigas su voz proclamando quién eres a sus ojos, en su corazón y en su promesa. Espero que encuentres en las hojas adjuntas, redactadas durante mi retiro, un recurso para tu propia oración con el Padre celestial y una cascada de bendiciones que te permita leer, orar y vivir la *Regla de vida* como una llamada a la conversión personal basada en tu bautismo. Por encima de todo, espero que te sientas conmovido, como lo he estado yo, al escuchar al Padre edificarnos con nombres personales que tocan tu corazón y te transforman en la persona por la que oras llegar a ser.

El último día del retiro, le mostré a mi director una copia mecanografiada de los 50 nombres que el Padre me había dado. La leyó con atención (la hoja se encuentra en la página siguiente). Cuando me la devolvió, la doblé con cuidado para guardarla en mi cartera, junto a mi documento de identidad. Le dije: «Ésta es mi verdadera identidad; la llevaré siempre conmigo». Durante el retiro, la desplegaba cuando daba paseos de 5 km o cuando me sentaba a rezar para volver a escuchar al Padre llamarme por esos increíbles nombres. Mi director me interrumpió: «Has recibido un regalo maravilloso. ¿Has pensado en cómo vas a responder a él?». Le dije que no lo había pensado. Me sugirió que, como continuación del retiro, escribiera mi respuesta al Padre por cada uno de esos nombres llenos de gracia. Él comentó: «Cada uno de los nombres de tu hoja comienza con Dios diciéndote: “Eres..., estás...”». Luego me preguntó: «¿Puedes hacer una última meditación para responder a Dios situándote espiritualmente ante la zarza ardiente de Éxodo 3, 1-15? Una vez allí, despliega tu hoja de los 50 “Eres..., estás...” y sustitúyelos por 50 “Soy..., estoy...”. Así, responderás al Padre y afirmarás que aceptas la identidad que Él tiene para ti en su corazón.

⁵⁵ Ezequiel 3, 1-3

El Padre habla (Eres... Estás...)

Referencia	Texto
Has sido elevado con Cristo	Colosenses 2, 12
Eres una criatura nueva	2 Corintios 5, 17
Te hago divino	2 Pedro 1, 1-4
Estás revestido de Cristo	Gálatas 3, 27
Eres mi hijo amado, mi hijo adoptivo	Gálatas 4, 5-7
Tu cuerpo es un miembro de Cristo	1 Corintios 6, 15
Llámame “Abba”, “Papá”	Romanos 8, 14 - 15
Eres mi icono, mi imagen	Génesis 1,26
Eres heredero con Cristo, para ser glorificado con él	Romanos 8, 17
Tu espíritu ha sido iluminado	San Justino 61
Eres hijo de la luz y del día	1 Tesalonicenses 5, 5
Eres la luz	Efesios 5, 8
Eres la luz del mundo	Mateo 5, 14
Participas de mi naturaleza divina	2 Pedro 1, 3 – 4
Eres eterno, inmortal	4º Concilio de Letrán
Cristo vive en ti	1 Corintios 3, 16
Estás configurado a imagen de mi Hijo	Romanos 8, 29
Ningún pecado puede borrar la marca de tu pertenencia a Cristo	CCC 1272
Tienes acceso a la vida verdadera	CCC 1282
Estás liberado del poder del pecado	Concilio de Florencia
Tus pecados han sido perdonados y sumergidos en el agua	San Gregorio Nacianceno, 40
Estás purificado	1 Corintios 6, 11
Eres santificado y declarado digno	1 Corintios 6, 11
Estás justificado	1 Corintios 6, 11
Buscas la verdad y contribuyes a la verdad	Catecismo 1260

Estás libre del poder de las tinieblas	Colosenses 1, 13
Nada puede impedirte entrar en mi corazón	Catecismo 1263
No necesitas merecer mi amor	Catecismo 1282
Estás lleno del misterio de la gracia	Catecismo de los adultos 400
Una semilla imperecedera	
te ha hecho nacer a una vida nueva	1 Pedro 1, 23
Eres mi campo, mi casa	1 Corintios 3, 9
Eres mi templo	1 Corintios 3, 16
Tienes un corazón sagrado	1 Corintios 3, 17
Eres capaz de creer y confiar	CCC 1266
Tienes una vida interior; el Espíritu Santo ora en ti	Hechos 2, 38
Tienes el poder espiritual de comunicarte conmigo	CCC 1266
Tienes infinitas posibilidades de crecer en bondad	CCC 1266
Eres un sarmiento fértil en la viña de Cristo	Juan 15, 4 - 9
El Espíritu Santo te ha marcado con su sello	
para el día de la redención	Efesios 4, 30
Eres una piedra viva para la construcción	
de una morada espiritual	1 Pedro 2, 5
Eres miembro de mi stirpe elegida,	
de mi pueblo santo	1 Pedro 2, 9
Eres capaz de superar tu debilidad	Lumen Gentium 40
Tienes responsabilidades, derechos y deberes	Catecismo 1269
Eres inteligente y libre	Catecismo 160, 307
Tienes la vocación divina	
de completar mi creación	Gaudium et Spes 22, 307
Tienes una misión en el mundo y en la Iglesia	Catecismo 1270
Eres un vínculo esencial en la comunidad humana	Catecismo 1271
Estás encargado de anunciar mi amor	1 Pedro 2, 9
Tú eres Cristo para los demás; yo actúo en ti	Filip. 2, 13; 1 Cor. 3, 16

Mi respuesta (Soy... Estoy...)

Referencia	Texto
Soy elevado con Cristo	Colosenses 2, 12
Soy una criatura nueva	2 Corintios 5, 17
Soy divino	CCC 400
Gozo de una vida nueva	Romanos 6, 3 – 4
Estoy revestido de Cristo	Gálatas 3, 27
Soy tu hijo adoptivo, tu hijo amado	Gálatas 4, 5-7
Mi cuerpo es un miembro de Cristo	1 Corintios 6, 15
Puedo llamarte Abba, Papá	Romanos 8, 14 - 15
Soy tu icono, tu imagen	Génesis 1, 26
Soy heredero con Cristo para ser glorificado con Él	Romanos 8, 17
Mi espíritu ha sido iluminado	S. Justino
Soy hijo de la luz y del día	1 Tesalonicenses 5, 5
Soy luz	Efesios 5, 8
Soy luz para el mundo	Mateo 5, 14
Participo de tu naturaleza divina	2 Pedro 1, 3 – 4
Soy eterno, inmortal	Concilio de Letrán
Cristo vive en mí	Filipenses 1, 21
Estoy configurado a imagen de tu Hijo	Romanos 8, 29
Nada puede borrar la marca de mi pertenencia a Cristo	Catecismo 1272
Tengo acceso a la verdadera libertad	Catecismo 1282
Estoy liberado del poder del pecado	Concilio de Florencia
Mis pecados han sido perdonados y sumergidos en el agua	Hechos 2, 38 y S. Gregorio
Estoy purificado	1 Corintios 6, 11
Estoy santificado y declarado digno	1 Corintios 6, 11
Estoy justificado	1 Corintios 6, 11

Anexo A

DÉCRETO SOBRE LA ADECUADA RENOVACIÓN DE LA VIDA RELIGIOSA

PERFECTAE CARITATIS

Preámbulo

1. El Sacrosanto Concilio ha enseñado ya en la Constitución que comienza *Lumen Gentium*, que la prosecución de la caridad perfecta por la práctica de los consejos evangélicos tiene su origen en la doctrina y en los ejemplos del Divino Maestro y se presentan como preclaro signo del Reino de los cielos. Se propone ahora tratar de la disciplina de los Institutos cuyos miembros profesan castidad, pobreza y obediencia, y proveer a las necesidades de los mismos en conformidad con las exigencias de nuestro tiempo.

Ya desde los orígenes de la Iglesia hubo hombres y mujeres que se esforzaron por seguir con más libertad a Cristo por la práctica de los consejos evangélicos y, cada uno según su modo peculiar, llevaron una vida dedicada a Dios, muchos de los cuales, bajo la inspiración del Espíritu Santo, o vivieron en la soledad o erigieron familias religiosas a las cuales la Iglesia, con su autoridad, acogió y aprobó de buen grado. De donde, por designios divinos, floreció aquella admirable variedad de familias religiosas que en tan gran manera contribuyó a que la Iglesia no sólo estuviera equipada para toda obra buena (Cf. 2 *Tím.*, 3, 17) y preparada para la obra del ministerio en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo (cf. Ef 4, 12), sino también a que, hermosada con los diversos dones de sus hijos, se presente como esposa que se engalana para su Esposo (cf. Ap 21, 2), y por ella se ponga de manifiesto la multiforme sabiduría de Dios (cf. Ef 3, 10).

En medio de tanta diversidad de dones, todos los que son llamados por Dios a la práctica de los consejos evangélicos y fielmente los profesan se consagran de modo particular al Señor, siguiendo a Cristo, quien, virgen y pobre (cf. Mt 8, 20; Lc 9, 58), redimió y santificó a los hombres por su obediencia hasta la muerte de Cruz (cf. Flp 2, 8). Así, impulsados por la caridad que el Espíritu Santo difunde en sus corazones, viven más y más para Cristo y para su Cuerpo, que es la Iglesia (cf. Col 1, 24). Porque cuanto

más fervientemente se unan a Cristo por medio de esta donación de sí mismos, que abarca la vida entera, más exuberante resultará la vida de la Iglesia y más intensamente fecundo su apostolado.

Mas para que el eminente valor de la vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos y su función necesaria, también en las actuales circunstancias, redunden en mayor bien de la Iglesia, este Sagrado Concilio establece lo siguiente que, sin embargo, no expresa más que los principios generales de renovación y acomodación de la vida y de la disciplina de las familias religiosas y también, atendida su índole peculiar de las sociedades de vida común sin voto y de los institutos seculares. Después del Concilio habrán de dictarse por la autoridad competente las normas particulares para la conveniente explicación y aplicación de estos principios.

2. Principios generales de renovación

La adecuada adaptación y renovación de la vida religiosa comprende a la vez el continuo retorno a las fuentes de toda vida cristiana y a la inspiración originaria de los Institutos, y la acomodación de los mismos, a las cambiadas condiciones de los tiempos. Esta renovación habrá de promoverse, bajo el impulso del Espíritu Santo y la guía de la Iglesia, teniendo en cuenta los principios siguientes:

- a) Como quiera que la última norma de vida religiosa es el seguimiento de Cristo, tal como lo propone Evangelio, todos los Institutos han de tenerlo como su regla suprema.
- b) Redunda en bien mismo de la Iglesia el que todos los Institutos tengan su carácter y fin propios. Por tanto, han de conocerse y conservarse con fidelidad el espíritu y los propósitos de los Fundadores, lo mismo que las sanas tradiciones, pues, todo ello constituye el patrimonio de cada uno de los Institutos.
- c) Todos los Institutos participen en la vida de la Iglesia y, teniendo en cuenta el carácter propio de cada uno, hagan suyas y fomenten las empresas e iniciativas de la misma: en materia bíblica, litúrgica, dogmática, pastoral, ecuménica, misional, social, etc.
- d) Promuevan los Institutos entre sus miembros un conocimiento adecuado de las condiciones de los hombres y de los tiempos y de las necesidades de la Iglesia, de suerte que, juzgando prudentemente a la luz de la fe las circunstancias del mundo de hoy y abrasados de celo apostólico, puedan prestar a los hombres una ayuda más eficaz.
- e) Ordenándose ante todo la vida religiosa a que sus miembros sigan a Cristo y se unan a Dios por la profesión de los consejos evangélicos,

habrá que tener muy en cuenta que aun las mejores adaptaciones a las necesidades de nuestros tiempos no surtirían efecto alguno si no estuvieren animadas por una renovación espiritual, a la que, incluso al promover las obras externas, se ha de dar siempre el primer lugar.

3. Criterios prácticos para la renovación

El modo de vivir, de orar y de actuar ha de estar convenientemente acomodado a las actuales condiciones físicas y psíquicas de los miembros del Instituto y también acomodado en todas las partes, pero, principalmente, en tierras de misión y a tenor de lo que requiere la índole peculiar de cada Instituto y las necesidades del apostolado, a las exigencias de la cultura ya las circunstancias sociales y económicas.

También el sistema de gobierno de los Institutos ha de ser sometido a revisión en conformidad con estos mismos criterios. Por esta razón, sean revisados y adaptados convenientemente a los documentos de este Sagrado Concilio las constituciones, los “directorios”, los libros de costumbres, de preces y de ceremonias y demás libros de esta clase, suprimiendo en ellos aquellas prescripciones que resulten anticuadas.

4. Quiénes han de llevar a cabo la renovación

No puede lograrse una eficaz renovación ni una recta adaptación si no cooperan todos los miembros del Instituto. Sin embargo, sólo a las autoridades competentes, principalmente a los capítulos generales, supuesta siempre la aprobación de la Santa Sede y de los Ordinarios del lugar, cuando ella sea precisa a tenor del derecho, corresponde fijar las normas de la renovación y adaptación, dictar las leyes y hacer las debidas y prudentes experiencias. Mas en aquello que toca al interés común del Instituto, los superiores consulten y oigan, de manera conveniente, a los súbditos.

Para la renovación y adaptación de los monasterios de monjas se podrán también obtener el voto y parecer de las asambleas de federaciones o de otras reuniones legítimamente convocadas.

Sin embargo, tengan todos presente que la renovación, más que de la multiplicación de las leyes, ha de esperarse de una más exacta observancia de la Regla y de las Constituciones.

5. Elementos comunes a todas las formas de vida religiosa

Ante todo, han de tener en cuenta los miembros de cada Instituto que por la profesión de los consejos evangélicos han respondido al llamamiento

divino para que no sólo estén muertos al pecado, sino que, renunciando al mundo, vivan únicamente para Dios. En efecto, han dedicado su vida entera al divino servicio, lo que constituye una realidad, una especial consagración, que radica íntimamente en el bautismo y la realiza más plenamente.

Considérense, además, dedicados al servicio de la Iglesia, ya que ella recibió esta donación que de sí mismos hicieron. Este servicio de Dios debe estimular y fomentar en ellos el ejercicio de las virtudes, principalmente de la humildad y obediencia, de la fortaleza y de la castidad, por las cuales se participa en el anonadamiento de Cristo y a su vida mediante el espíritu (cf. Rm 8, 1-13).

En consecuencia, los religiosos, fieles a su profesión, abandonando todas las cosas por Él (cf. Mc 10, 28), sigan a Cristo como lo único necesario (cf. Lc 10, 42; Mt 19, 21), escuchando su palabra (cf. Lc 10, 39) y dedicándose con solicitud a las cosas que le atañen (cf. 1 Co 7, 32). Por esto, los miembros de cualquier Instituto, buscando sólo, y sobre todo, a Dios, deben unir la contemplación, por la que se unen a Él con la mente y con el corazón, al amor apostólico, con el que se han de esforzar por asociarse a la obra de la Redención y por extender el Reino de Dios.

6. Ante todo han de cultivar la vida espiritual

Los que profesan los consejos evangélicos, ante todo busquen y amen a Dios, que nos amó a nosotros primero (cf. 1 Jn 4, 10), y procuren con afán fomentar en todas las ocasiones la vida escondida con Cristo en Dios (cf. Col 3, 3), de donde brota y cobra vigor el amor del prójimo en orden a la salvación del mundo y a la edificación de la Iglesia. Aun la misma práctica de los consejos evangélicos está animada y regulada por esta caridad.

Por esta razón los miembros de los Institutos, bebiendo en los manantiales auténticos de la espiritualidad cristiana, han de cultivar con interés constante el espíritu de oración y la oración misma. En primer lugar, manejen cotidianamente la Sagrada Escritura para adquirir en la lectura y meditación de los sagrados Libros “el sublime conocimiento de Cristo Jesús” (cf. Flp 3, 8). Fieles a la mente de la Iglesia, celebren la sagrada Liturgia y, principalmente, el sacrosanto Misterio de la Eucaristía no sólo con los labios, sino también con el corazón, y sacien su vida espiritual en esta fuente inagotable. Alimentados así en la mesa de la Ley divina y del sagrado Altar, amen fraternalmente a los miembros de Cristo, reverencien y amen con espíritu filial a sus pastores y vivan y sientan más y más con la Iglesia y conságrense totalmente a su misión.

7. Los institutos de vida contemplativa

Los Institutos destinados por entero a la contemplación, o sea, aquéllos cuyos miembros se dedican solamente a Dios en la soledad y silencio, en la oración asidua y generosa penitencia, ocupan siempre, aun cuando apremien las necesidades de un apostolado activo, un lugar eminente en el Cuerpo Místico de Cristo, en el que “no todos los miembros tienen la misma función” (Rm 12, 4). En efecto, ofrecen a Dios un eximio sacrificio de alabanza, ilustran al Pueblo de Dios con frutos ubérrimos de santidad y lo edifican con su ejemplo e incluso contribuyen a su desarrollo con una misteriosa fecundidad. De esta manera son gala de la Iglesia y manantial para ella de gracias celestiales. Sin embargo, habrá de ser revisado su tenor de vida en conformidad con los anteriores principios y criterios de renovación y adaptación, aunque manteniendo fidelísimamente su apartamiento del mundo y los ejercicios propios de la vida contemplativa.

8. Los institutos de vida apostólica

Hay en la Iglesia gran número de Institutos, clericales o laicales, dedicados a diversas obras de apostolado, que tienen dones diversos en conformidad con la gracia que les ha sido dada; ya sea el ministerio para servir; el que enseña, para enseñar; el que exhorta, para exhortar; el que da, con sencillez; el que practica la misericordia, con alegría (cf. Rm 12, 5-8). «Hay ciertamente, diversidad de dones espirituales, pero uno mismo es el Espíritu» (1 Cor., 12, 4).

La acción apostólica y benéfica en tales Institutos pertenece a la misma naturaleza de la vida religiosa, puesto que tal acción es un ministerio santo y una obra de caridad propia de ellos, que la Iglesia les ha encomendado y que han de realizar en su nombre. Por lo mismo, toda la vida religiosa de sus miembros ha de estar imbuida de espíritu apostólico, y toda su actividad apostólica ha de estar, a su vez, informada de espíritu religioso. Así, pues, para que primordialmente respondan a su llamamiento a seguir a Cristo y servirle en sus miembros, es necesario que la acción apostólica de los mismos proceda de la unión íntima con Él. De este modo se fomenta la misma caridad para con Dios y para con el prójimo.

Por ello, estos Institutos han de procurar que sus observancias y costumbres armonicen convenientemente con las exigencias del apostolado a que se dedican. Y porque la vida religiosa dedicada a obras apostólicas reviste múltiples formas, es necesario que en su renovación y adaptación se tenga cuenta de esta diversidad y que en los Institutos, diversos entre sí, la vida de sus miembros, ordenada al servicio de Cristo, se alimente por los medios que les son propios y convenientes.

Anexo B

Mi segunda redacción sobre la vocación, 21 de enero de 2025

Todos somos hermanos

Durante una visita que realicé a Canadá, un hermano joven me preguntó por las vocaciones en Estados Unidos. Le hablé de la nueva casa de noviciado que las tres provincias acababan de adquirir en Nueva York. Con aire optimista, también le dije que esperábamos, como primer novicio, a un joven que acababa de terminar un periodo de voluntariado de dos años con nosotros; un año en una escuela de la provincia y el segundo año en otra.

Después subí a mi habitación a consultar el correo electrónico. Descargué el acta de una reunión de los provinciales y los primeros consejeros que dirigían la estructura federal de las tres provincias de Estados Unidos. Hojeé el acta, leyendo con interés cada párrafo: la renovación prevista de la nueva casa de noviciado, las tareas de los miembros de su equipo, la aprobación de su presupuesto... y entonces la última línea me golpeó de lleno: «El único novicio que se esperaba no iba a solicitar su admisión al noviciado».

Esa frase, redactada en un estilo neutro, carecía por completo de emoción. Se limitaba a exponer un hecho, sin ninguna reacción humana. Yo, en cambio, sí tuve una. Sentí un nudo oscuro de decepción en el estómago. Me imaginé la decepción de los tres provinciales, que se habían enterado de la noticia cuando aún estaban reunidos para planificar la apertura del nuevo noviciado. Antes de recibir la noticia, estaban muy ilusionados. Habían hablado con entusiasmo de aquel buen candidato prometedor y de su alegría ante la idea de poner en marcha un nuevo programa de noviciado. La mala noticia comenzó a carcomerme justo donde yo tenía esperanzas. Me desperté un domingo cegado por la nieve, el primer domingo de Cuaresma. Un 29 de febrero sin estrella de la mañana. En la misa parroquial, el responsorio del salmo era la oración que necesitaba: «Quédate con nosotros, Señor, en este tiempo de prueba».

La provincia de Estados Unidos llevaba cinco años sin acoger a ningún novicio; sólo hay uno en todo el hemisferio norte del instituto. Más tarde

supe que el novicio que esperábamos se había marchado para unirse a una congregación de sacerdotes. Dos postulantes de Madagascar habían hecho lo mismo recientemente, al finalizar su formación en nuestro programa. En muchos países, la vocación de hermano es poco conocida o poco valorada. Por ejemplo, las estadísticas del Vaticano que estudiamos en la *Unión de Superiores Generales* no nos designan como “hermanos”, sino como “religiosos no sacerdotes”. El obispo secretario de la *Congregación para la Vida Religiosa* me había escrito recientemente una carta dirigiéndose a mí como “Reverendo Padre”; si hay alguien que debería haber sabido cómo dirigirse a un hermano, era él. El nuevo prefecto de esa misma congregación había acudido a una de nuestras asambleas para hablar de su esperanza para la vida religiosa. La esperanza que describía residía en la promesa de fundar nuevos institutos. Nosotros, los hermanos presentes, nos miramos encogiéndonos de hombros: «¿Y nosotros, entonces?»

Los hermanos son como un día bisiesto en la vida de la Iglesia, a los que quizá sólo se les presta atención una vez cada cuatro años. Llegados a este punto, tengo la sensación de que el hilo de mis pensamientos se enreda y pierde el equilibrio. Repaso en mi mente una historia que me envió el hermano John Hotstream, una historia procedente de la cultura de los indios navajos con los que vivió más de veinte años en una reserva de Arizona. Un anciano de la tribu, hablando a un joven discípulo de una tragedia en su vida, le dice: «Es como si dos lobos lucharan en mi corazón. Uno es rencoroso, colérico y violento. El otro lobo es comprensivo, compasivo e insiste en seguir adelante». El joven discípulo le pregunta a su mentor: «Dime, ¿qué lobo va a ganar?». El anciano responde: «Depende: el que yo alimente».

Tengo una elección: alimentar mi resentimiento al ver cómo la vocación de hermano queda marginada, invisible, menospreciada, considerada inferior... o alimentar mi esperanza ante sus posibilidades. Es mi esperanza la que voy a alimentar. Me topé con estas palabras de aliento del padre Coindre al hermano Borgia: «¡Cuántas flores de primavera nunca dan fruto! El agricultor debe consolarse no cosechando todo lo que esperaba, sino todo lo que Dios le da, aunque eso signifique contentarse con lo estrictamente necesario». Esto me da un punto de partida: lo que importa no son las esperanzas con las que soñamos para nosotros mismos, sino las esperanzas que Dios tiene para nosotros. Alimento este pensamiento durante un rato.

Pero, ¿cuáles son las esperanzas que Dios tiene para nosotros, a quienes ha llamado a ser hermanos? Desde Copérnico, todo el mundo coincide en que los hombres de Iglesia se equivocan cuando confunden los cálculos con la religión. Los años bisiestos son prueba de ello. Las cifras que miden la rotación de la Tierra alrededor del Sol no se corresponden con la forma en que los humanos cuentan los días de un año. Un científico griego lo comprendió en el año 46 a. C. y convenció a Julio César de añadir un día bisiesto cada cuatro años. Bien. Pero unos cuarenta años más tarde, cuando las cosechas empezaron a madurar en julio, se descubrió que los sacerdotes del templo encargados de llevar el calendario lo controlaban celosamente: añadían días bisiestos cada tres años. Al igual que ellos, nos equivocamos cuando intentamos imponer nuestras cifras a los misterios de Dios. Pero, ¿cuáles son las esperanzas que Dios tiene para nosotros, a quienes ha llamado a ser Hermanos? Quizás sea una forma demasiado tímida de convencerme de que el número de vocaciones no importa, de que las esperanzas de Dios no tienen nada que ver con la cantidad. Dios no recompensa a los buenos institutos con más vocaciones, ni castiga a los más laxos con menos vocaciones. ¿Quién sabe? Quizás la lógica de Dios sea enviar más vocaciones a las congregaciones laxas con la esperanza de que los nuevos miembros las conviertan.

Pero, ¿cuáles son las esperanzas que Dios tiene para nosotros? Sólo Dios puede renovar nuestro entusiasmo por nuestra vocación, que es nuestro patrimonio máspreciado. Llego a esta conclusión: al llamar a los Hermanos, Dios espera hacer perdurar en la tierra, para siempre, el recuerdo de Jesús vivo en nuestra carne. El Padre amó tanto al mundo que envió a su Hijo para que viviera en él. Y el Padre sigue amando al mundo y sigue queriendo que su Hijo viva en él. Y no sólo en espíritu. Quiere que su Hijo se encarne en hombres accesibles, de todas las culturas y de todos los colores de piel. El Padre quiere que su Hijo nazca en Davao City tal como nació en Belén, que sea tan casto en el Queens como lo fue en Cafarnaúm, tan pobre en el País Vasco como en Galilea, tan obediente en el África subsahariana como en Genesaret, tan activo a orillas del San Lorenzo como lo fue a orillas del lago de Tiberíades, y que sea un hermano en la Meseta Alta tanto como lo fue en el Cenáculo. La llamada a ser hermano es una vocación a ser la memoria viva y humana de Jesús.

Antes de explicarte qué es lo que alimenta mi esperanza respecto a nuestra vocación, debo hacer una aclaración sobre la vocación del Jesús histórico.

Tras la resurrección, los evangelistas y los teólogos atribuyeron al Señor resucitado títulos teológicos abstractos que nunca se habían aplicado a Jesús en vida, como “Logos” y “Aquél que está sentado a la derecha de Dios”. Es cierto que el autor de la Carta a los Hebreos califica a Jesús de “Sumo Sacerdote”. Pero el pasaje en cuestión está tomado de una sección titulada *El sacerdocio celestial de Jesús*. Habla de Cristo en su majestad en el cielo. El autor de la Carta a los Hebreos continúa afirmando sin rodeos: «Si estuviera en la tierra, no sería sacerdote⁵⁶». John Meier, en su obra de referencia, lo deja claro: «Jesús nació como judío laico, ejerció su ministerio como judío laico y murió como judío laico⁵⁷».

Quienes hoy son ordenados sacerdotes tienen como vocación hacer visible y eficaz el sacerdocio de Cristo *resucitado*. Son un sacramento de la intercesión eterna del Señor ante el Padre. Cristo sacerdote es atemporal.

Jesús, carpintero de Nazaret, predicador itinerante y taumaturgo, es un personaje histórico, un judío soltero, un hombre como nosotros en todos los aspectos. Utiliza el calendario juliano para orientarse en el tiempo durante su vida activa. Aprende estudiando. Descubrió la existencia de los días bisiestos durante el año que llamamos 8 d. C., ya que fue el primero en añadirse al calendario juliano desde que los sacerdotes romanos habían cometido su error.

Una vez aclarado esto, en los párrafos siguientes explico qué es lo que alimenta mi esperanza respecto a nuestra vocación. El Jesús histórico es un laico. Es un hecho. Quienes le rodeaban lo consideraban un laico. Incluso en la Carta a los Hebreos se lee: «Mientras estaba en la tierra, Jesús no podía ser sacerdote» (Hb 8, 4). Su condición de laico ayuda a explicar por qué, en los Evangelios, sólo se dirige directamente una vez a los saduceos, la casta sacerdotal, que siente una fuerte antipatía hacia las enseñanzas de este rabino no sacerdote. Sería erróneo hablar de “Jesús el sacerdote”».

Dios llama a otros a representar a Cristo resucitado como sacerdotes. Dios nos ha llamado para que perpetuemos la memoria de Jesús, el laico. La esperanza de Dios es que comprendamos nuestra identidad de laicos tal y

⁵⁶ Hebreos 8, 4

⁵⁷ John Meier, *A Marginal Jew*, 1, 1991, p. 345

como Jesús comprendía la suya. Al discernir su vocación, este joven, que renunció a su oficio de artesano para dedicarse a “la obra de su Padre”, hizo una elección entre las posibilidades religiosas laicas de su época: la vida familiar, los fariseos, los zelotes, los esenios, entre otras. Existe un episodio históricamente comprobado en el que Jesús tomó una decisión que nos da una pista muy importante sobre cómo podemos ser el recuerdo de su vocación laica. Al comienzo de todos los evangelios, él eligió ser discípulo de Juan el Bautista. Al elegir un movimiento iniciado por un laico, Jesús aceptó para sí mismo la vocación laica de profeta. Al igual que Juan, anunció un camino distinto al de la religión de su época. Jesús parece haberse sentido atraído por Juan porque el Bautista no temía criticar a las autoridades de su tiempo, tanto civiles como religiosas. Parte de nuestro papel como testigos de Jesús exige esa misma formidable audacia. La dimensión profética de nuestra vocación laica implica proclamar la igualdad de la vocación laica de los bautizados con las vocaciones clericales en la Iglesia. Implica apoyar la lucha de las mujeres que desean ejercer más responsabilidades en la Iglesia. Implica confiar en los responsables laicos de nuestras propias instituciones y perpetuar la visión del Concilio Vaticano II, que consiste en vivir en el seno de la cultura secular para hacer presente en ella a Jesús, el profeta laico.

Un elemento crucial de la esperanza que quiero alimentar es que a Jesús no le bastaba con ser laico; como laico, se consideraba un hermano célibe. Quiero ser, y el Padre quiere que sea, un recuerdo vivo de esta realidad, que corre el riesgo de perderse. Jesús vivió experiencias místicas íntimas en las que experimentó a Dios como su padre, lo que convirtió a los demás en sus hermanos. Estaba animado por el inmenso deseo de crear una familia histórica terrenal para su Padre⁵⁸. No buscaba entablar una serie de amistades bilaterales, es decir, rodearse de un grupo aleatorio de personas, sino formar una nueva familia que fuera un Israel más fraternal. Para ello, abandonó a su familia biológica. Paradójicamente, encontró nuevos hermanos, hermanas, madres e hijos. Pidió a sus discípulos que vivieran la misma experiencia que él. Dejaron a su padre para vivir en comunidad en torno a su Abba: «Cualquiera que haga la voluntad de mi Padre celestial es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt 12, 50).

⁵⁸ Cf. Gerhard Lohfink. Entrelaza con delicadeza la investigación histórica y la reflexión teológica, subrayando la importancia de entender a Jesús tanto como personaje histórico como objeto de fe.

La esperanza de Jesús era crear una forma alternativa de familia. Para hacer realidad esta visión, necesitaba hombres que fueran hermanos de corazón, dotados de la intuición de la fraternidad amorosa. Es como una música que forma un coro: debe hacer audiciones para encontrar personas con una voz bonita y buen oído. Jesús salió a hacer audiciones: «Vio a dos hermanos, Simón y su hermano Andrés. De allí siguió adelante y vio a otros dos hermanos, Santiago y su hermano Juan» (cf. Mt 4, 18-22). En el relato de Mateo, la gira de reclutamiento de Jesús se detiene ahí. Empezó con un núcleo duro de hermanos; hermanos que se sentían a gusto con él. El sermón de la montaña, que sigue inmediatamente después, enseña principalmente a sus apóstoles elegidos la manera de vivir una forma alternativa de fraternidad. De ello deduzco que la esperanza de Dios para nosotros es vernos constituir una fraternidad alternativa que lo proclame como Padre.

Aprecio mucho esta hermosa cita de la Carta a los Hebreos: «Porque tanto el que santifica como los que son santificados deben tener todos el mismo origen; por eso Jesús no se avergüenza de llamarlos hermanos» (2, 11). Ella constituye el núcleo de mi esperanza. Dios envió a Jesús no sólo para que se hiciera hombre, sino para que se convirtiera en el hermano de todos los hombres. La humanidad de Jesús está viva a través de la solidaridad fraterna, lo que significa que ser hermano es una condición indispensable para ser humano. Por nuestra vocación, mantenemos vivo este recuerdo: Jesús quiso definir “humano” como “hermano”. Hacemos voto de entrar en esta fraternidad laica elegida por Jesús para proclamar que el Jesús histórico era la definición misma de la fraternidad.

Os animo a alimentar vuestra esperanza en nuestra vocación enseñando estas cosas a los novicios y a los candidatos. Al hacerlo, reavivaréis el recuerdo de Jesús. Haréis exactamente lo que hizo la primera generación de discípulos. Para mantener vivo su recuerdo, se llamaron a sí mismos “hermanos”. Más tarde, los hermanos de Antioquía comenzaron a llamar “cristianos” a los discípulos de Jesús. ¡Ups! Un título teológico borró la realidad humana. Fue entonces cuando el recuerdo de Jesús como laico y hermano comenzó a desvanecerse. Antes de eso, sólo había hermanos: «Pedro se levantó en medio de los hermanos reunidos: «Hermanos, es necesario que uno de los que formaban parte de nuestro grupo cuando el Señor Jesús estaba entre nosotros sea designado como testigo junto a nosotros» (Hechos 1, 15 ss.). El criterio de Pedro para elegir a Matías fue que había sido un hermano del Jesús histórico.

Os animo a alimentar vuestra esperanza recordándoos mutuamente que el título de “hermano” y el sentido que le dais con vuestra vida hacen visible el verdadero significado del bautismo, quizá incluso más que el rito en sí mismo. El bautismo nos convierte en hijos de Dios y en hermanos y hermanas unos para otros. Nuestra fraternidad bautismal, confirmada por la confirmación, es también un signo, en la Eucaristía, de que la presencia del Señor en la asamblea de hermanos y hermanas es tan real como en la Palabra, en el celebrante y en las especies sagradas. (Instrucción general del Misal Romano: 3, 5).

Espero que nuestras comunidades locales y apostólicas se conviertan, tal y como han atestiguado el Santo Padre y los sínodos universales, en una nueva familia donde se viva la comunión, en una escuela donde se aprenda la comunión y en un laboratorio donde se eliminen los obstáculos a la comunión. Ser hermanos en comunidad es una misión para despertar en la Iglesia la Nueva Familia que Jesús quería reunir.

Mi esperanza va más allá. Jesús también reveló la fraternidad de Dios. Para dar inicio a un Nuevo Testamento, Dios podría haber recurrido a una teofanía inspirada en la antigua —utilizando tablas de piedra, reyes, templos u oráculos (cf. Heb 12, 18-24). Pero renunció a la autoridad de tipo patriarcal, eligiendo más bien la voz del hermano Jesús para hacer resonar en la historia un nuevo mensaje divino que nos enseña siempre a evolucionar hacia el nivel fraternal.

La única voz paterna que escuchamos en el Nuevo Testamento es la de la Transfiguración, que modera la palabra divina directa para que podamos escuchar a Jesús hablar como un hermano, sin recurrir a la fuerza, al miedo ni a las amenazas⁵⁹.

El nombre con el que nuestro fundador prefería referirse a Dios era “la Providencia”. La *Enciclopedia de la espiritualidad*, en 34 volúmenes, que se encuentra en la biblioteca de la casa general, dice: «La *Providencia* describe una colaboración, una “igualdad” entre Dios Creador y la humanidad». El plan de Dios consiste en preverlo todo de manera que se favorezca tanto el plan divino como el de sus hermanas y hermanos. Del mismo modo, Andrés Coindre le decía al hermano Borgia sobre el

⁵⁹ Mateo 17, 5

reclutamiento: «Forma al joven que acaba de ingresar, y la Providencia te proporcionará otros». En nuestro patrimonio, la esperanza es una colaboración fraterna por la cual nosotros esperamos en Dios y Dios espera en nosotros.

Otro aspecto de nuestro patrimonio que alimenta mi esperanza es aquel que el hermano Jean-Pierre Ribaut, especialista y editor de los escritos del fundador, describe en más de una ocasión. «El fundador parece haber tenido una visión muy moderna de la subsidiariedad en una época en la que la autoridad personal habría sido lo más natural». A imagen del Dios providencial al que invocaba a menudo, Andrés ponía su esperanza en los demás. Los delegados del capítulo general que revisaron los artículos sobre el gobierno en nuestra *Regla de vida*, codificaron una visión fraterna y providencial de la subsidiariedad y la colaboración. En una Iglesia a menudo criticada por su modelo jerárquico de autoridad, ¿no podemos proponer una alternativa fraterna?

El capítulo de la *Regla de vida* dedicado al servicio de la autoridad ya es “sorprendente”, como declaró el hermano Jean-Charles Daigneault ante las autoridades canónicas al someterlo a su aprobación. Nuestra *Regla* parte del nivel local y avanza hacia arriba, en lugar de descender desde arriba. Ya contamos con consejos provinciales y directores de formación que trabajan en equipo. Mi mayor consuelo durante mi servicio en Roma fue el espíritu de equipo del consejo general. Ya contamos con conferencias que practican un servicio de autoridad fraterna y “provincias hermanas” formadas por la unión de entidades iguales.

Hemos visto que Jesús eligió a Pedro como discípulo en gran parte porque era hermano de Jesús en lo más profundo de su ser. Hemos visto que, tras la resurrección, Pedro se autodenomina “hermano”, al igual que lo hace Jesús. El sucesor moderno de Pedro, Juan Pablo II, nos exhorta a proclamar con el ejemplo el modelo de autoridad fraterna del Señor: «No os dejéis llamar Rabí... todos sois hermanos» (Mt 23, 8). En una Iglesia que pide a los hermanos que promuevan “una mayor fraternidad en la Iglesia”»⁶⁰, que nos exhorta a encarnar formas de gobierno fraternas y atractivas, fieles a la voz fraterna de Jesús querida por el Padre.

⁶⁰ Vita Consecrata 60

Anexo C: Esquema general de la Regla de vida 2007

	1ª Parte: Estamos reunidos	
	<i>I. En el corazón de la Iglesia</i>	
Regla		Const.
	<i>A. Dones eclesiales de la Trinidad</i> <i>Las iniciativas de Dios</i>	
1	Del Padre: la salvación “Por amor ha creado ... enviado a su Hijo.”	
2	Del Hijo: la fe y el bautismo “participes de la naturaleza divina”	
3.	Del Espíritu: santificación, vocación “el deseo de consagrarnos a Dios”	
4	De la Iglesia: transmite la fe	7, 8
	<i>B. Nuestra respuesta</i>	
5	Testimonio comunitario	9, 10 a, b
6	Servicio al mundo	10c
	nota: letras (a,b.c.) refieren a la orden de las frases dentro del artículo	

II. El Instituto		
Regla		Const.
	A. El Carisma del Instituto	
11	Don: El carisma de fundación: “el impulso apostólico del Padre Coindre”	18
12	Don: nuestra tradición “antepasados” “nuestra divisa”	19
13	Respuesta: pertenecer “creer en el amor de Dios,” “evangelizar a los niños y jóvenes.	20, 21
	B. Respuesta: nuestra espiritualidad	17
	Las dimensiones del amor	
14	Amor a Cristo: “contemplación del corazón abierto”	
15	Amor a los hermanos y amor propio “espíritu de caridad”	
16	Amor a los hombres “comprensión, discernimiento, compromiso”	

III. La comunidad fraterna		
Regla		Const.
	A. La teología de la comunidad	31
22a	Manantial de la comunidad: el bautismo “hermanos de Cristo en la comunidad humana restaurada”	
22b	Modelo da la comunidad: La Trinidad: el Hijo reza al Padre en el Espíritu	
	B. Las 4 columnas de la comunidad	
23-24	Comunidad de culto “una búsqueda común de Dios”	41-46
25-26	Comunidad de caridad “la estima mutua y la armonía de las relaciones”	31-40
27-28	Comunidad de apostolado “mantener la cohesión de pensamiento y acción”	47-51
29-30	Comunidad de observancia: “su estilo de vida”	52-59

	2ª Parte: Estamos consagrados	
	IV. La vida consagrada	
Regla		Const.
	A. La materia de nuestra consagración	67
60a	Fuente: el bautismo “Dios nos consagra por el bautismo, don de amor.”	
60b	Su meta: la disponibilidad “Nuestra consagración ... nos hace más disponibles.”	Fórmula de profesión (209)
	B. Las facetas de nuestra consagración	
61a	Ofrenda: “total”	
61b	Imitación: “Él es modelo de oblación”	
62a,b	Misterio pascual: “muerte y resurrección”	
62c	Escatología: “realidades celestiales”	
63a,b	Desarrollo: “aptitudes y talentos”	
63c	Servicio: “misión educadora”	
64	Comunidad: “que estimula nuestra fe y celo”	
	C. La fidelidad a nuestra consagración	
65	Fidelidad creciente: “Dios lo puede realizar”	
66	Modelo de fidelidad: “María, la consagrada por excelencia”	

V. La Castidad		
Regla		Const.
	<i>“Realidades celestiales”: el corazón de la castidad</i>	
68	Cristo, preferido a todo. “Entregamos nuestro ser a la persona de Cristo.”	75
69	Testigos de la salvación ya realizada. “Prefiguramos el mundo futuro.”	
	<i>B. “Realidades” humanas: tensiones del celibato</i>	
70	Entre la <u>indiferencia</u> y la <u>afectividad</u>	77
71	Entre las <u>dificultades</u> y la <u>renuncia</u>	76a
72	Entre <u>las condiciones del ambiente</u> y el <u>retiro</u>	78b
73	Entre la <u>soledad</u> y la <u>comunidad fraterna</u>	79
74	Entre <u>las impulsiones</u> y la <u>transfiguración</u>	76

	VI. La pobreza	
Regla		Const.
	A. Motivos espirituales	
80	Para unirnos al amor de Cristo por los pobres “Nos invita a servir a los pequeños y los pobres.”	
81	Para amar a nosotros mismos. “Porque nos sabemos amados en nuestras limitaciones y fracasos.”	
	B. Nuestra respuesta:	87
	Las espinas de la pobreza	95-98
82a	El <u>compartir</u> espiritual y material	89-91
82b,c	<u>Conciencia</u> de la miseria de los pobres	93a
83	El <u>trabajo</u> cotidiano	88,92,95
84	<u>Solidaridad</u> con la iglesia local	93b, 94a
85	<u>Contestación</u> a la injusticia	94b
86	<u>Accesibles y acogedores</u> hacia todos	

	<i>VII. La obediencia</i>	
	<i>A. El Padre revela su voluntad</i>	
99	Por Jesús, que es ejemplo “Vino a este mundo para cumplir el designio del Padre.”	107b
100	Por el Espíritu que nos habla “Nos hace receptivos a los deseos de Dios.”	107 a, c
	<i>B. Nuestra respuesta:</i> <i>La cruz de la obediencia</i>	
101	Servidores unos de otros.	108, 110a
102	Obedecemos a las decisiones del superior.	109, 110b, 111
103	Somos responsables	cf. 210
104	La obediencia exige una conversión continua.	
	<i>C. Las frutas de la obediencia y conclusión de “Estamos consagrados”</i>	
105	El desarrollo humano	
106	Reproducimos la imagen del Hijo	

3ª Parte: Estamos unidos y consagrados en el corazón de Jesús.

VIII. El Corazón de Jesús

Regla		Const.
	A. Un don del Corazón	
112	El misterio de Amor	120,124
113	La manifestación del amor eterno y humano	
114	El acontecimiento “Sagrado Corazón”	
	B. Nuestra respuesta	122,123
115	Celebraciones del amor	121
116	La eucaristía	125
117	Amor por Amor	
118	Amor a los hermanos y a los jóvenes	125, 126, 127
119	El Corazón Inmaculado	

IX. La vida de oración		
Regla		Const.
	A. Acción de la Trinidad	
128	Dios se manifiesta. “en el corazón de nuestra existencia concreta.”	
129	El Hijo reza sin cesar.	
130	El Espíritu nos impulsa, nos transforma, nos enseña. “Y traduce ante Dios la oración inexpressada de nuestros corazones.”	140
	B. Nuestra respuesta personal	
131	Silencio y ascesis: buscar el tiempo.	139
132	Meditación y la Escritura	141
133	Perseverancia en la oración.	146, 147
134	Examen: 4 etapas: descubrir, discernir, examinar, arrepentir	145
	C. Nuestra respuesta comunitaria	
135	Tres características de nuestra oración comunitaria: “el compartir, la espontaneidad, la creatividad”	142, 148
136	La Eucaristía y los sacramentos	143, 145b,
137	La Celebración de las Horas	144
138	D. Conclusión: Nuestra oración a María	

<i>X. La vida apostólica</i>		
Regla		Const.
	<i>A. Principios de nuestro apostolado</i>	
149	Misión del Instituto “la educación cristiana, especialmente la de los niños y jóvenes”	163
150	Adopción pastoral “a las necesidades de los tiempos y lugares”	Preámbulo
151	Competencia, un deber de justicia.	
152	Limitaciones del apóstol “la experiencia de nuestra pobreza personal”	
	<i>B. Tradición misionera</i>	
153	Espíritu misionera	165
154	Inculturación	166
	<i>C. La escuela</i>	
155	Papel de los hermanos en la escuela	162, 163
156	Escuela, comunidad educativa	167
157	Misión de la escuela	169
158	Educación de la fe	164
159	Educación moral	168
	<i>D. Conclusión: actitudes apostólicas</i>	
160	Acogida	
161	Hermanos enfermos	

**4ª Parte: Somos ayudados en
nuestro caminar hacia la perfección
de la caridad**

XI. Formación

Regla		Const.
	A. Las protagonistas de la formación continua	
170,	El Padre – que nos llama	
174		
171	Jesús – nuestro modelo del abandono	179
172	La comunidad – que nos plasma	181
173	El Espíritu – que nos lleva.	180
	B. Colaboramos con ellas:	
175	Despertando las vocaciones.	182
176	Desarrollando los candidatos	183-201
177	Integrando contemplación y acción.	202b
178	Perseverando	202a
	C. Procesos canónicos	203-208

<i>XII. El servicio de la autoridad fraterna</i>		
Regla		Const.
	<i>A. Principios básicos de la autoridad</i>	
209	Servicio	
210	Corresponsabilidad	
211	Tareas de la autoridad	
212	Las dos funciones de la autoridad	
213-214	Colegialidad	
215	Teología de la autoridad	
	<i>B. Orden de la Subsidiariedad</i>	
	1. Gobierno local	216-228
	2. Gobierno provincial	229-264
	3. Gobierno general	265-297

Anexo

1. Las estructuras
2. El sacerdocio

ÍNDICE

Introducción	4
Prólogo.....	5
1ª parte – El Bing Bang, 25 de enero de 1959.....	6
2ª parte – La conversión de Saulo, 34 d.C.	15
3ª parte – Testimonio presencial. Noviciado 1964-1965	17
4ª parte - ¡Jubileo! Aprobación pontificia 1927	21
5ª parte – Testimonio presencial – Renovación de los votos temporales 1965-1969.....	23
6ª parte – La “voz pasiva” divina.....	26
7ª parte – Testimonio presencial – El Vaticano II en el escolasticado	30
8ª parte – Testimonio presencial – Capítulo provincial 1968	33
9ª parte – Testimonio presencial – Capítulo canadiense 1968....	40
10ª parte – Testimonio presencial – Mi vocación 1959-1960	41
11ª parte – Un guía hacia la Vida: Bernabé	47
12ª parte – Conversión de Saulo en Pablo, 34 d.C.	49
13ª parte – Conversión fundacional – A. Coindre: del púlpito a la prisión, 26 junio 1821	50
14ª parte – Conversión fundacional – H. Policarpo: de la expansión a la renuncia de sí	52
15ª parte – Conversión fundacional 1966 – H. Jules: de la autoridad personal a la colegiada	54
16ª parte – Conversión fundacional – H. Maurice Ratté: del mérito a la gracia.....	57
17ª parte – Conversión fundacional 1970– HH. Jules y Maurice: de la rivalidad a la fraternidad..	60
18ª parte – Conversión fundacional – De las apariciones a la Revelación: cap. gen. 1982	68
19ª parte – El tríptico de Eisenheim	72

20ª parte – Herramientas para una lectura orante de la <i>Regla</i> ...	75
21ª parte – Finalización de la <i>Regla</i> , 1970-1982.....	79
22ª parte – Conclusión – A)- Lectura de la <i>Regla de vida</i>	82
23ª parte – Conclusión – B)- Nuestra conversión personal	85
24ª parte – Conclusión – C)- Rezar la <i>Regla</i> de corazón a corazón con el Padre .	92
Anexo A.....	104
Anexo B.....	109
Anexo C.....	117